

# SINTEISIS

DIRECTOR:  
MARTIN S. NOEL

## SUMARIO:

Comprensión de Keyserling . . . . .	EMILIO RAVIGNANI
La velocidad . . . . .	PAUL MORAND
Hermann Keyserling . . . . .	HERMANN KEYSERLING
El clérigo y la cortesana . . . . .	R. CANSINOS-ASSENS
Sobre el difunto Costa Alvarez . . . . .	AMADO ALONSO
Poemas de contemplación . . . . .	JOSÉ MARÍA MONFORT
Paz de santidad . . . . .	CARLOS COSSIO
Erotik . . . . .	NÉSTOR IBARRA
La polémica entre Alberdi y Sarmiento . . . . .	ALBERTO PALCOS
Alí Babá . . . . .	J. VIGNOLA MANSILLA
San Benito y sus tiempos . . . . .	CLARA B. DE TESTENA
BIBLIOGRAFÍA, por Cándido Semeur, L. Matharán, Guillermo De Torre, Ricardo R. Callet-Bois, Pablo Rojas Paz, Julio Fingerit, Lamberti Sorrentino y León Dujovne.	
CRÓNICAS, por Guillermo De Torre, Angel Battistessa, Eduardo Vaccaro.—	
NOTAS DE ARTE, por Néstor Ibarra y Ernesto de la Guardia.	



*Dr. Cabreré*

**SINTE SIS**

# SINTEISIS

ARTES CIENCIAS Y LETRAS



AÑO III

Nº. 26

BUENOS AIRES, JULIO DE 1929

DIRECTOR:

MARTIN S. NOEL

SECRETARIO GENERAL:

HECTOR G. RAMOS MEJIA

CONSEJO DIRECTIVO:

Coriolano Alberini \*\*\*\*\* J. Rey Pastor \*\*\*\*\* Emilio Ravignani  
Alejandro Shaw \*\*\*\*\* Guillermo de Torre \*\*\*\*\* Arturo Capdevila  
Jorge Luis Borges

ORNAMENTADOR:

RODOLFO FRANCO

Redac. y Adm.: Patricios 1750 - U. T. 21 - Barracas 0087

Concesionarios exclusivos para la venta y suscripciones:

Agencia General de Librería y Publicaciones (S. A.)

RIVADAVIA, 1573  
BUENOS AIRES

25 DE MAYO, 577  
MONTEVIDEO

COMPRENSIÓN DE  
KEYSERLING (\*)

EMILIO RAVIGNANI



UNA recia personalidad del pensamiento contemporáneo europeo, inicia en este año los grandes momentos de nuestra obra cultural. Hoy levanta pendón en esta cátedra, quien ha abarcado con su inquieta obra de pensador las preocupaciones espirituales del mundo civilizado. La presencia del conde Hermann de Keyserling, merced a la plausible gestión del Instituto argentino-alemán de cultura, es bien singular y significa todo un acontecimiento.

En este mismo sitio donde hablaron Einstein, Driesch, Langevin, Ortega y Gasset, Bouglé, Enríquez, sólo para referirme a un aspecto de nuestros contemporáneos, se congrega un auditorio cuya mentalidad necesita ser penetrada por las enseñanzas de este creador de una sabiduría.

Nuestro huésped no es un filósofo sistemático; si se viene con la mente dispuesta a escuchar la exposición de un sistema lógico de la realidad, se viene a perder el tiempo. Es un animador que expone meditaciones para ser comprendidas. El conde de Keyserling actúa en función histórica del devenir actual de la civilización humana, y ofrece un caso claro de continuidad espiritual durante más de un cuarto de siglo de vida activa. Intentaré una comprensión en el

\* Parte de este trabajo, que muestra un aspecto de Keyserling, ha sido materia de la presentación al auditorio que concurrió a la inauguración de sus conferencias en Buenos Aires. El acto se realizó en la Facultad de Filosofía y Letras, el 8 de junio próximo pasado.—N. DE LA D.

devenir de su espíritu, y para ponerme en tono con su fórmula mental, trataré de comprender, nada más que comprender.

No cometeré, por cierto, la banalidad o la osadía de exponer al conde de Keyserling en toda la comprensión de sus postulados; ellos son materia de meditación de cada uno; más vale, me limitaré al Keyserling del momento de nuestra cultura. Y en esto tiene un significado esencial: renueva, replantea los problemas, adocenados, para nosotros, por las culturas occidentales; todo en él tiene una perspectiva novedosa para quien se propone penetrarlo; su lenguaje, su presentación de las cosas pensadas, ofrecen una densa e imprevista profundidad. Comprenderlo, es imponerse un esfuerzo de acomodación, mediante un perfeccionamiento paulatino. Su presencia producirá, con la fuerza de la simpatía, una mejor visión de su panorama mental.

Keyserling ocupa como ser físico una posición geográfica en el continente europeo; no hace un misterio de su personalidad, que tiene una conductora raigambre en el mundo histórico. Y bajo este aspecto cabe recordar, además, la presentación que Schmitz hace en el *Ergo Sum*, bajo la faz de "una mezcla singular donde el espíritu europeo, en lo que tiene de universal y creador, se alía al espíritu tártaro y nómada. Los Keyserling — agrega — son de la vieja nobleza alemana. Durante siglos han sido los representantes de la civilización en las provincias bálticas. Una de sus abuelas descendía de Gengis-Kahn. Se encuentra, por tanto, entre la selva y la estepa, la voluntad constructiva y la destrucción, sin las cuales nada nuevo puede nacer en el punto donde se tocan dos edades de la humanidad."

Pero más importante que esto, es poder comprender lo que ha querido decir, buscando la significación de su personalidad, comprendiéndola, dándole un sentido en función de su mundo humano, tal como él lo piensa y cómo cree que deba salvarse, mediante un renacimiento de la vida interior.

No basta saber captar la mayor suma de fenómenos mediante nuestra experiencia; hay que comprender, hay que alcanzar la *sabiduría*, que es un poder creador y no una suma de pensamientos; sabiduría que no puede encerrarse en ningún sistema. Y he aquí cómo aparece su primer plano esencial y que Maurice Boucher — a quien seguimos en parte en esta exposición — ha sintetizado en esta frase:

"El *Logos*, para emplear el vocabulario alemán contemporáneo, no es sino una ilusión o un destierro, desde el momento que cesa de ser eficaz. Hay que rehacer la unión del pensar y de la vida: el *Logos* es *spermatikos* o no es nada." La filosofía del Occidente, llevada también a América, es racionalista y sistemática, cimenta todos sus sistemas en el *Logos*, y descuida la vida. Hay que abrir la inteligencia a las realidades espirituales; he aquí una forma de la acción. Mas uno se pregunta, ¿cuáles son las fuentes de su manera, partiendo del postulado de que en él no hay sistemas? Justamente aquí nace, para un occidental ortodoxo, la dificultad de buscar un concepto lógico en su obra, siguiendo una pauta racional; esto repugna a la esencia de su pensamiento. Por eso, con exactitud, dice Boucher, que "es menos una filosofía particular que una especie de estética trascendental que limitaría de antemano el territorio de la sabiduría, precisando las condiciones de una jerarquía."

Pero no nos adelantemos aún a la parte esencial; preparemos el espíritu para ir paulatinamente ascendiendo de grado en grado. Hace un minuto dijimos que había que rehacer la unión del pensar y de la vida. Uno se pregunta qué significa esta postulación en Keyserling. Desentrañemos el sentido de esta afirmación y habremos abierto el telón sobre un vasto y novedoso escenario.

Hace algunos años, en abril de 1911, en el Congreso Internacional de Filosofía de Bologna, el conde Keyserling presentaba una comunicación sobre *El objeto real de la metafísica*, en la que reproducía el final de su *Prolegomena zur Naturphilosophie*. Es un momento de su vida normal, anterior a la guerra, y cuando apenas había pasado la tercera década de su existencia.

Sostenía entonces que la filosofía se acerca cada vez más a conseguir la verdad desnuda. Y después de hacer conceptualmente una historia del pensamiento metafísico y un análisis del pensamiento occidental de los griegos, se preocupaba de exaltar la noción de *profundidad*. El problema para él consistía en la expresión adecuada de lo real, es decir, inteligible. Kant ha dicho el primer último término de historia de la filosofía y es el que ha planteado bien el problema de la experiencia.

Pero si uno no puede colocarse fuera del mundo fenomenal para entrever las realidades de la naturaleza, la metafísica no puede pasar del cerco de la realidad fenomenal. Sin embargo, la antigua meta-

física admite miles de realidades no fenoménicas, v. gr.: el ser, la substancia, la causa primera, la causa final, etc., y hasta con el mismo Kant, "la cosa en sí". "Pero — sostiene Keyserling — si se procede a un examen cerrado de la realidad, se descubre que existe una entidad que no puede ser parte integrante de un mundo antimetafísico, o sea cual fuere, una cosa que no puede entrar en el cuadro de los fenómenos y de las leyes; esta entidad una y única, es la Vida". He aquí la primera luz que nos arroja su posición espiritual.

¿Y cómo actúa la vida, cómo se manifiesta? 1º La vida crea sin cesar lo nuevo; 2º la vida sobrepasa el caso individual y 3º la vida es una realidad que sobrepasa la experiencia directa e inmediata. Expliquemos el sentido de estas afirmaciones. La razón no puede comprender esto sino como algo mecánico, como si la vida se formara y desarrollara por sí misma; "pero la existencia que se desarrolla desde el germen del ser a la madurez y que, inversamente, del individuo desarrollado renace en un germen, constituye una sola y única entelequia, que se expresa como cuerpo y como alma y va constituyendo un yo idéntico a sí mismo y continuo en el niño, el hombre desarrollado y el viejo; es, puede afirmarse, un solo y mismo espíritu que atraviesa la raza, la inspira, actúa en ella, y en cada una de sus encarnaciones nuevas, se manifiesta, se realiza y se cumple sin cesar, a la vez igual y superior a sí misma". "La vida posee un dominio donde la crítica kantiana no tiene acceso", aunque Keyserling no desconoce que "Kant y Bergson, los dos críticos realmente grandes que haya conocido la historia de la filosofía, han probado ya, en principio, la identidad de los términos de metafísica y de ciencia de la vida."

De aquí se comprende cómo la metafísica no es sino la vida misma, y así lo expresan los pensadores profundos de Oriente y Occidente; obsérvese, de paso, cómo ya Keyserling llama así a los dos mundos reales del espíritu, clarificándose su posición cuando rehace la unión del pensamiento y la vida.

Pero no basta concebir el principio, es necesario superar la dificultad de la expresión; hay que enunciar el concepto. Una idea, un concepto se puede expresar claramente si su contenido lo es, si se lo piensa claramente; no hay términos medios, no hay pálidas quimeras, y, por cierto, los que no han comprendido a Keyserling—o

creen haberlo comprendido—, lo han exhibido equivocadamente, dando la impresión de tal quimera.

Adentremos en lo que entiende por la vida. "En el mundo exterior — dice nuestro autor —, el fenómeno se presenta como el hecho último, y es a la ciencia experimental y sólo a ella a quien corresponde buscar las leyes de la vida; *metafísica de la naturaleza* es una idea sin contenido imaginativo". "Pero si tomamos a la vida en su totalidad, que sale ya de esta metafísica de la naturaleza, y nos referimos a la vida en tanto que vida y que hace el objeto sólo y único de la metafísica, resulta necesariamente que la *filosofía de lo organizado*, tal como Driesch la practica, la metafísica según Eckner o los hindus, y la filosofía del espíritu de un Hegel, se refieren todos a un mismo objeto, tienen la misma significación". De todo esto se deriva que hay un error de razonamiento y de método en la manera de plantear el problema estético, ético y de los valores, por cuanto se los vincula a la fenomenología y no a la metafísica.

Por ello se comprende que "el objeto propio de la metafísica, según Keyserling, la *realidad metafísica*, es la vida, la vida en su totalidad. Si, pues, la ética y la estética se encuentran en lo cierto con sus exigencias absolutas, es necesario que la vida misma sea calificada, desde su origen, estética y éticamente"; o en otros términos: que lo Bueno y lo Bello no tengan fundamento empírico, porque de lo contrario llegaríamos a admitir que la verdadera metafísica "no sería sino la ciencia de la vida orgánica".

A mi entender, el problema está planteado con precisión, con nitidez. ¿Cómo lo resuelve, en su creación de filósofo? *Comprender*, esto es, siguiendo su pauta, entrar a profundidad, no deslizarse en un plano fácil de superficie.

La vida en su totalidad: he aquí algo que nunca debe olvidarse cuando queremos acercarnos a su espíritu. La vida en su totalidad como ser, la vida en su totalidad como existencia humana sobre el *Orbe*; he aquí una doble presentación del problema, que si lo separamos para comodidad de comprensión, debemos inmediatamente reconstituirlo dando la unidad de vida que ambas manifestaciones significan.

Keyserling nunca se propone ir más allá del pensamiento. Hay etapas de la vida espiritual consistentes en superar los conflictos; hay

un conocimiento creador. La filosofía, en su parte vital, es la más alta expresión de la ciencia, armonizando con la sabiduría.

El fraccionamiento de la filosofía en lógica, en ética y en tantas otras ramas, ha hecho perder la necesidad de una síntesis viviente. El filósofo será un sabio, y que todos puedan comprenderlo; la filosofía debe construir en vez de analizar y destruir. De aquí que los filósofos no han sido sabios y los sabios no han sido filósofos. No obstante, encuentra Keyserling, en Occidente, un arquetipo en Goethe, que es nuestro más grande sabio, mientras que Hegel no fué sino un pequeño burgués.

Filósofo es aquel que ha sabido dar relieve a las *cualidades* de su espíritu, identificándose, así, sabiduría y filosofía. Sabiduría es una manera de ser donde el saber y la vida están íntimamente confundidos; la crítica moderna con Lutero, Voltaire y Kant, ha destruído las barreras del pensamiento, pero se ha minado el pensamiento religioso y la moralidad.

La filosofía, se dijo hace un instante, debe buscar la verdad desnuda, superando las contradicciones; porque para el sabio no hay saber contradictorio, y si éste aparece hay que superarlo con otro saber. El ejercicio del espíritu permite enfocar con precisión y descubrir el sentido de cada forma del devenir; sólo así se acerca a la verdad, naciendo un universo coherente, un cosmos espiritual, convirtiéndose nuestro ser en un pensador del mundo y en un creador de la homogeneidad humana.

“El verdadero dominio del espíritu está más allá de las formas — nos dice textualmente — en que creéis circunscribirlo. No está en las ideas, pero sí en el peso específico que le da la conciencia de cada uno, en la densidad del pensamiento, en lo que yo he llamado el *sentido*.” “La sabiduría — continúa — es una orientación espiritual que permite aumentar el grado de transparencia de los fenómenos; no separa a los hombres, sino los une. . .”; “el Oriente y el Occidente, cada uno de su parte, han llegado a una sabiduría parcial o a la negación de la sabiduría. Creo que estas dos direcciones principales pueden, desde ahora, volverse convergentes y formar de lo que no era sino fragmentos de personas humanas un tipo acabado de humanidad. Creyendo en la unidad latente y en el advenimiento de una cultura ecuménica, me quedo en los límites de una *filosofía*

*crítica y racional* cuyo postulado se impone más fuertemente a nuestro espíritu que el de la doctrina contraria”.

Hay que alcanzar la más alta modalidad de la conciencia; no hay que saber lo que dijo Jesús, sino la esencia de su doctrina, su verdadero aspecto metafísico, comprender la verdad eterna que expresa, todo lo cual se logra mediante la profundización del yo; hay que *comprenderse* a sí mismo.

El espíritu es un dato, y hasta cierto punto, de la conciencia, un dato inmediato: el ser y el conocer, el pensamiento y la existencia, no son más que uno; su apercepción modifica inmediatamente la existencia. Pero esta síntesis no la da la razón, sino que es fruto del espíritu cuando se lo ha captado, consiguiendo una unión de la *inteligencia* y del alma.

Mas no prosigamos sin explicar como se comprenden las fuerzas espirituales, por cuanto admitidos varios planos de existencia, el conocimiento puede ser de diferente naturaleza.

“Hay un conocimiento *discursivo* que sigue el tejido de los fenómenos y analiza la trama, y hay un conocimiento que une éstos al espíritu y los hace participar de una energía espiritual, de donde reciben, con su significación profunda, su cualidad y virtud.” Este es el conocimiento creador.

Pero no olvidemos que todo existe en función de la vida, y la esencia de la vida es, ante todo, la conciencia y la inteligencia clara, aspectos estos últimos que se identifican a ella desde el momento que son sus manifestaciones. Un postulado esencial en su filosofía consiste en la existencia de un espíritu subyacente a los fenómenos y que les da un valor proporcionado a su grado de transparencia.

Hay a mano tres clases de ejemplos para hacer comprender lo que es espíritu o tenor espiritual, examinando la historia, las artes y la personalidad de los hombres. La inteligencia es dominante; por un acto de la misma, se sobrepasa la consistencia de los fenómenos, para alcanzar a través de ellos el espíritu que los soporta; o en otra forma, *llegar a comprender o discernir significaciones*, o plena conciencia del sujeto que percibe.

Por la apercepción del *sentido*, la inteligencia penetra más allá del fenómeno y es en ella que se logrará la unión del pensamiento con la realidad metafísica. Pero se ha hablado de tenor o contenido espiritual, en la historia, en las artes y en la personalidad de los hombres.

Los hechos de la humanidad tienen un contenido espiritual que les da sentido, aunque no admite Keyserling leyes históricas, por cuanto la vida constantemente nos da sorpresas. La humanidad, en función histórica, es en esencia una fuerza creadora. Los hechos en la historia son la consecuencia de las conexiones espirituales; si se comprende esto, se comprenden los hechos. Estamos en presencia de un sistema de relaciones espirituales en las que el espíritu se explica por sí mismo y no por los hechos.

Una época tiene tanto más grandeza cuanto mayor es el número de individuos que tengan conciencia del espíritu que la conduce. "El grande hombre es aquel cuya personalidad se presenta naturalmente como un soporte del devenir espiritual. Pero este contenido espiritual no es, en último grado, sino la vida misma."

En cuanto a la colectividad y su alma, siempre la revelan los artistas, porque el arte es el registrador más sensible de los estados espirituales. Una época aparece a la superficie expresada por medio del arte, la filosofía y la religión. Para que se caracterice una época, debe manifestarse coherente, y esto se atestigua por un espíritu que se afirma en diferentes modos de expresión. Es necesario que lo subconsciente se corresponda de uno a otro, formando una homogeneidad con la que se crea la unidad de espíritu de esa misma época. "La historia así concebida es un movimiento ininterrumpido de subconsciente que varía según el sentido que los hombres dan a la vida." Ahora bien, el progreso, aspecto esencial de la historia, existe en profundidad, o sea mediante la apercepción del espíritu.

En lo que atañe al arte, éste y la vida tienen un punto común: son expresiones de un más allá espiritual; en uno y otra se propone el problema de la materialización del espíritu.

Más donde el grado de comprensión se eleva es en el aspecto del contenido espiritual de los hombres; sus pensamientos son como el alfabeto que puede combinarse hasta el infinito. Indudablemente el universo es motivo de una interpretación subjetiva, sin desconocer la existencia de jerarquía de *cualidades*; y el mismo individuo inferior, a menudo hace un esfuerzo para alcanzar los espíritus superiores, lo que una vez logrado, se traduce en un progreso espiritual de su persona.

Este nivel de cualidades es difícil reconocerlo exteriormente; pero

si es posible admitir un rango cualitativo del espíritu que lo conduce a un estado aristocrático.

Si el espíritu tiene un contenido de pensamiento, se infiere que éste es su substancia, su tenor o significación superior. Pero no todos los hombres del universo se cifian a un mismo fin. Los occidentales sujetan su pensamiento a un fin diferente del pensar mismo; de aquí su inferioridad.

En cambio los orientales no buscan la exactitud en el saber. De aquí que debe procurarse la conjunción de la *sabiduría* del Oriente, inexacta, con el *saber* del Occidente, superficial. El Occidente no ha admitido la posibilidad del pensar metafísico, que por cierto es la fe.

Keyserling procura enseñar una filosofía nueva que postule la resolución de la antinomia de Oriente y Occidente. Es una filosofía que tiende a conocer el tenor o contenido espiritual de la vida, por cuanto no es más que un símbolo. Opera en las capas más oscuras, más profundas y de la que nace otra especie de potencia que la nacida en las fuentes límpidas de la inteligencia discursiva, vale decir, de la filosofía occidental.

Se inspira en Grecia (sobre todo en Platón) y en Kant, pero, siguiendo las orientaciones irracionalistas, adopta su posición frente a los maestros. Kant ha interpretado la significación de la experiencia con relación a nuestra facultad de conocer, pero esta no es la última forma de plantear la cuestión. Todavía falta un *sentido*, nacido de conexiones profundas, por cuanto el espíritu reside en otra dimensión que en la que se inscriben los fenómenos: el espíritu es independiente del tiempo y no está ligado a la cantidad. El tenor o contenido espiritual es indefinible, porque habría que dominarlo, pero es la instancia suprema, un grado en el que no hay la posibilidad de una apercepción más. El tenor espiritual no es una substancia metafísica ni una construcción lógica; no se identifica con la razón, que está en otro plano de existencia y que sólo tiene coherencia de expresión.

Sin embargo el pensamiento tiene necesidad de venir al exterior, emerger a la realidad exterior, pues no basta que se lo tenga presente. Hay que difundir la sabiduría, hay que buscar las técnicas apropiadas que la misma civilización occidental puede darnos y mediante las cuales nos será posible insinuar el alma en el Mundo. Las técnicas perfeccionadas deben estar subordinadas a esta necesidad.

Pero de lo dicho surge otra cuestión. ¿Cómo puede apercibirse el espíritu? Sólo mediante la admisión de una jerarquía: la de la cualidad. Hay que trabajar la conciencia en forma que sea sensible a niveles cualitativos cada vez más elevados. Debe practicarse una doble operación: la 1ª, una revolución mental, a operarse sobre los occidentales; y la 2ª, aplicar el espíritu a un ejercicio ininterrumpido.

Debemos constantemente *comprender*, sabiendo que hay jerarquía de *significaciones* y de términos empleados, y la perfección se alcanzará cuando la *expresión* de la *significación* profunda del sistema considerado tenga el mismo contenido espiritual que el del ser que precisa.

Este grado superior se consigue mediante una higiene espiritual, que en primer lugar nos oriente hacia el reino de la cualidad, y que en segundo término nos haga progresar en profundidad.

El Occidente quiere ser pasivo ante la realidad; por eso prefiere ver a un film antes que meditar sobre un libro, porque en esto último hay más esfuerzo de pensamiento. El Occidente vive en una fiebre de cantidad y este es su mal. Keyserling, no obstante, se siente optimista con respecto a este momento. Si ahora domina la masa, el número, época vendrá que en las sociedades humanas dominará la calidad. La absorción de la actividad humana por el mecanismo hace triunfar el mínimo esfuerzo; pero será necesario que nuestra civilización técnica se transforme en la expresión de una civilización espiritual; que el crecimiento de nuestro *savoir faire* corresponda a un enriquecimiento de nuestro ser.

Y aquí venimos a lo Bueno y a lo Bello de la vida. Es necesaria una reforma moral. Toda afectación de moralidad superior no es más que una hipocresía, cuyo único efecto es quitar a los individuos el sentimiento de su responsabilidad. Hay que alcanzar una cultura moral que modifique la persona y su *ser*, independientemente del poder material; y ello se logra transformando la vida interior, obra en que está empeñado Keyserling.

Hay que equilibrar para ello esta civilización occidental, mirando hacia el Oriente, pero ese Oriente que está más allá de la Persia, mundo al cual Keyserling ha dedicado profundas meditaciones.

¿En qué se caracteriza el Oriente? La conciencia de esos hombres está abierta a las realidades espirituales, que el europeo es incapaz de comprender. La vida del espíritu para ellos es lo que para nosotros

la vida de la naturaleza, resultándoles más comprensivas las leyendas que las historias concretas.

La cultura del Oriente es una cultura del *ser* y no del *devenir*. Los orientales no conocen el imperativo del deber; sólo admiten la perfección del *ser*. El Oriente tiene también su sabiduría que acerca a los hombres a las cosas del Universo. Las ideas y su percepción están en el plano del occidental; pero éste percibe las cosas.

Aunque los hindúes no hayan impuesto la falta de acción, sin embargo son débiles en ella, porque la ambición es una inmoralidad aun sabiendo que se tiene potencia; de ahí que la India sea apática a pesar de tener pensadores.

En cuanto a la verdad, no llegan a la verdad estática, porque hay que transfigurar el pensamiento que se tenga.

En arte, evocan lo irracional, como manera de dar una forma a lo invisible, según diría un occidental.

A los hindúes se les conoce perspicacia lógica y capacidad para construir un sistema de filosofía, pero la inteligencia discursiva no los conduce al racionalismo. Y he aquí cómo con la mente de un occidental se puede llegar a tres interpretaciones de los Vedanta-Sutra, y todas ellas ortodoxas: una monista, otra dualista y una tercera deísta.

Los orientales admiten la contingencia de las construcciones de la razón, siendo la inteligencia lógica una facultad subalterna. No hay doctrina tal como nosotros la entendemos, porque ellos, sin desconocer la diversidad, siempre aspiran a la unidad.

Su ideal es vivir en el reino puro del espíritu. Su sistema es difícil verlo en los libros bien expresado, aunque, como diría un racionalista, no se puede admitir que se piense bien lo que no se puede expresar.

La filosofía hindú no reposa como la nuestra sobre la inteligibilidad. Entre el maestro y el discípulo no se transmite el saber discursivamente; el discípulo medita por sí solo las enseñanzas del maestro; cosa difícil de comprender en nuestra instrucción. La metafísica hindu llega a expresar la intensidad espiritual pura, la vida en sí. Para ella los fenómenos le han quedado extraños a la vida profunda del individuo, de lo que se deriva la poca *amplitud* de su personalidad.

El occidental es un hombre de acción que se la ha impuesto como

un deber. En Oriente no se *debe hacer*; en Occidente siempre se *debe hacer*. El Occidente tiene una conducta inversa al Oriente: de ahí que si la cultura moderna debe ser una cultura de sinceridad, el mecanismo deberá ponérselo al servicio del espíritu.

Los occidentales vivimos, pero con un sentido de barbarie. El hombre occidental va en camino de perder su libertad. La inteligencia se está desarrollando para destruir lo que le queda de alma.

El occidental es individualista, es materialista. Lo esencial reside para él en las formas particulares. Este mal proviene de que es una civilización infantil; todo en ella está vinculado a la materia, el espíritu vive en el cuerpo; de ahí que la misma cristiandad no haya comprendido bien la doctrina de Cristo.

La cultura occidental es del entendimiento, o sea de las facultades lógicas, ese aparato de discusión y medida. Se sabe lo que es ciencia y razón, pero no se sabe lo que es alma y si se aboga por la organización de una vida interior, se le llama prejuicios. De aquí desprende Keyserling que la última guerra fué conducida como una operación del entendimiento; en Europa no hay formas de vida espiritual, y el mismo socialismo, que habla de humanidad, no pasa de la inteligencia, no penetra en el corazón.

Oriente y Occidente, en síntesis, para Keyserling, son estilos del pensamiento; pero ni en uno ni en otro hay el equilibrio de una perfección.

El hindu, como hombre, es inferior a nosotros, está en retardo con el ritmo del mundo. Para él, *bien* y *desgracia* no dependen de la acción, sino de las disposiciones internas de cada uno; y esto, en presencia de la vida, también es una debilidad del espíritu.

El occidental ha empobrecido su alma y ha visto la catástrofe que comportó la guerra mundial, que no fué sino la aparición de lo que era latente. No ha creado nada, salvo el bolcheviquismo, en amplio sentido, y le ha dado potencia espiritual.

En Europa han venido a flote los bajos fondos de la cultura, y el alma se ha eclipsado hundiéndose en un punto desconocido como en la época de la invasión de los bárbaros, perdiéndose toda estructura espiritual. La Revolución francesa, en su momento, había conservado las formas de la vida espiritual; pero hoy las masas se han separado de la tradición y la historia y ofrecen una cosa amorfa. Es una decadencia completa de la vida espiritual.

Hay que buscar formas intermedias entre el Occidente y el Oriente. ¿Cómo concretar la solución considerando los países que viven en el orbe? Francia, para Keyserling, ha creado las formas espirituales del Occidente; Inglaterra ha hecho la aplicación social. Alemania ha dado la música y la filosofía. Pero si hay una influencia de profundidad es la del alemán. Si Alemania elabora sus virtudes específicas será el refugio occidental de una filosofía de la cualidad. En Alemania el pensamiento se hizo extraño a la vida; en cambio hay que conciliar la existencia con el pensamiento. De aquí se desprende que el alemán será una mediación entre el Oriente y el Occidente.

No olvidemos que el mundo exterior no es toda la realidad, como lo dijera en la recordada comunicación de 1911. Los griegos hacían brotar sus pensamientos de lo más profundo del alma. He aquí como asoma el platónico.

Hay que restaurar la sabiduría — recordada — uniendo el Oriente con el Occidente. Aquí reside el optimismo de Keyserling, basado en una gran esperanza. Nos acercamos a una época de predominio de las fuerzas morales y espirituales; marchamos hacia una época en que se fundirán las cosas más opuestas, vamos hacia un sentido de lo Universal. Se percibe un renacimiento del sentimiento religioso; no una vuelta a la fe tradicional, sino una vuelta a la creencia que tiene el hombre de una realidad espiritual que no está sujeta al mundo exterior.

Ideales de humanidad, de justicia, saldrán de nuevo, y la riqueza será sin prestigio; será un siglo de espiritualidad. Vendrá una nueva síntesis de inteligencia y de alma.

Pero si Keyserling es un meditativo, es también un occidental, hombre de acción. Y quien diga que Keyserling sólo expresa una pálida quimera es porque no lo ha comprendido, o no lo conoce. Ha fundado su Escuela de la Sabiduría en Darmstatt para poner en acción su filosofía, en la que se admiten todas las doctrinas, creencias y concepciones. En ella se va a trabajar el alma y la cualidad del pensamiento. La filosofía no es *saber* sino nivel del *ser*.

Hay que *comprender*, y en un grado más allá está el reino del Ser o posesión de la conciencia en profundidad.

La Escuela de la Sabiduría debe actuar sobre el ser, y alcanzar así una nueva síntesis del alma y del espíritu.

El discípulo debe omitir negativo; su conducta es adquirir sabiduría, que no aleja de la vida, sino que muy al contrario, es un dominio constante del devenir.

La *Sabiduría* se liga con la Economía Política y el Sabio no es un ser aislado; es un inteligente de la vida, es un realizador que vive en contacto con la substancia de la historia. La inteligencia debe insinuarse en lo económico para manejarlo y evitar que nos aplaste. En síntesis: *dirigir lo real según el espíritu*.

Y esta norma de conducta moral es en presencia del futuro, porque la economía no podrá dejarse a bestias de carga. Todos deberán aprender a pensar realmente; he aquí unida la actividad práctica con la sabiduría.

Si se sigue en este camino económico sin espiritualidad, llegaremos a una revolución espantosa. En el mundo contemporáneo, hay un país que está llamado a resolver el problema: Alemania. "El alemán tiene lo serio, que va al fondo de las cosas; tiene el sentido de lo universal y la conciencia de sus responsabilidades." Alemania sabrá, antes que todo otro pueblo, realizar una estabilidad fundada sobre la organización de todas las fuerzas económicas y favoreciendo a la expansión autónoma de la vida. En cambio, los Estados Unidos están en los antípodas y de allí puede venir el más grande peligro. El tipo más perfecto de humanidad superior ha existido ya en Alemania; fué Goethe.

La mentalidad humana, después de la guerra, ha pretendido llenar los claros que ha dejado el deseo de olvidar lo que se había pensado hasta entonces. El hombre busca una solución permanente a su vida, un descanso a su alma, algo que la separe un poco de este mundo de infinitos; es decir, una nueva ética que no sea la imperante, que le ha traído tantas desgracias. Busca una fresca fuente de vida que destruya este pesimismo europeo de la razón, un nuevo ideal de justicia finita, algo que anule, al mismo tiempo, este tedio byroniano de la vida y que permita hermanar eso que ahora aparece contradictorio: la acción y la vida meditativa.

Estamos en un momento de revaloración histórica; las cuestiones planteadas postguerra no significan otra cosa que la *mise au point* de este instante en que la humanidad medita el problema central del progreso. Nunca la humanidad creyó haber llegado; sólo hay intereses individuales en mantenerse, pero también hay fuerzas sociales

que se reelaboran. Y si se sigue con Keyserling en una visión ecuménica, percibimos mejor el Oriente y el Occidente, América y Europa, y, ¿por qué no?, también el África.

Y ahora que traigo a la mente de ustedes esta posición, recuerdo una de las más hermosas conclusiones de Renouvier, en su Filosofía analítica de la historia, cuando a fines del siglo XIX vaticinaba un resurgimiento religioso, y sostenía que ello no sólo "interesaría a este mundo cristiano, cuyo aislamiento moral con el mundo oriental pareciera acercarse a su término", sino a todo el Universo. "La situación moral del mundo presente — proseguía Renouvier — tiene analogía con aquella que ofrecía la civilización helénica en los tiempos de su decadencia, no sólo a causa de la disolución visible de la antigua fe y de las antiguas costumbres, sino también por un acercamiento espontáneo entre la filosofía general descristianizada de las naciones cristianas y el espíritu de las doctrinas filosóficas y religiosas que solas, después de tantos siglos, han respondido a las creencias populares de la mayor parte del viejo continente, desde Persia (excluida) hasta el océano Pacífico. . . . Entreveamos la unidad de comunicaciones y de relaciones de un mundo que comprende el globo entero y la formación muy posible de un nuevo sincretismo donde se unirán esta vez los métodos racionales y científicos de la tradición europea y las creencias fundamentales del Oriente brahmánico y búdico, bajo el principio filosófico común de la evolución de la Naturaleza, emanado de lo incognoscible".

Señores:

Escucharemos esta tarde no a un filósofo sistemático, no a un filósofo que se le pueda exponer con un paradigma lógico.

El mismo nos dice: "Cada vez que hablo, digo exactamente lo que siento saber, y nada más". Y así es como puede decirnos algo nuevo. A él le interesa poseer la realidad penetrada de pensamiento; la sabiduría comienza cuando se separa del saber puro y se penetra en la comprensión viva.

Su filosofía es afirmativa. A semejanza de uno de esos maestros de la India, quiere que el discípulo aprenda sus máximas, medite sobre ellas, utilizando su inteligencia.

Keyserling no desprecia la inteligencia; pero ante todo hay que

emplearla en función de un sistema de coordenadas que defina una manera de ser del sujeto; ahora "si éste modifica su manera de ser, dará un sentido diferente a lo que había comprendido en su estado anterior", como dice bien Boucher. El paso de un estado de conciencia a otro no quita homogeneidad.

Su propósito en la acción es renovar la conciencia contemporánea, pero sin radicarse en el pasado. Su obra es una crítica al sistema presente, que tiene la ilusión de potencia que le da la técnica y ha perdido todo respeto al espíritu que se ha diluido en superficie y olvidado la perpendicularidad. Hay que volver a lo cualitativo sin abdicar de la vida, ni renunciar al bienestar material. Quiere que la vida tenga un sentido. Su filosofía no es sólo una filosofía de la vida, sino que quiere reforzar la trabazón espiritual que el abuso del entendimiento habría desarticulado.

La razón del Occidente, mediante el análisis ha valorado sólo la cantidad, y el espíritu se ha visto como dominado por la fatalidad de los sucesos; en cambio el espíritu debe volver a dominar los sucesos, porque tiene unidad, homogeneidad; debe cimentarse sobre sí mismo y no sobre las cosas; sólo así hará cambiar de aspecto a éstas.

La personalidad humana es entre las cosas un instrumento más, destruyéndose la autonomía de la meditación.

"La filosofía de Keyserling quiere restaurar la hegemonía de la vida interior — afirma Boucher —, darle una armadura: la sabiduría", sin renunciar a la acción, movida por la fuerza interior que se llama la esperanza.

El conocimiento será en adelante creador, pero hay que penetrar en las significaciones, y cada día en mayor profundidad, hasta identificar nuestra voluntad con las fuerzas inductivas de la vida. Con esto Keyserling se aparta del renunciamento del Oriente; es siempre un occidental optimista. El Occidente necesita alcanzar una cultura superior, con lo que se acercará a la edad de oro del Oriente, sin revivir la vida de éste, porque ese no es el pensamiento de nuestro filósofo.

La vida no reacciona, marcha siempre adelante hacia nuevos destinos; no hay que negarla; la sabiduría la afirma, dando cohesión a todas las fuerzas interiores. Lo que la humanidad industrial ha creado hay que usarlo, pero es nuestro espíritu que debe fijar su uso.

Señor Conde de Keyserling:

La Argentina, que ahora comenzaréis a comprender, se sentirá sacudida por vuestras meditaciones. Somos occidentales exagerados y necesitamos que alguien nos conduzca a meditar sobre nuestra espiritualidad y nuestro ser. Aun no hemos definido nuestra homogeneidad. Sabemos que no sólo vivís de impresiones, sino que la vida siempre os estimula a verla cada vez mejor en su desnuda verdad. Vuestra vigorosa mente preocupa hoy las meditaciones de este auditorio. No es un misterio que estais expuesto a la contradicción y que muchos de los presentes se preparan a alinearse en fila de tiradores. Estais en un ambiente un tanto incoherente, de amarga discusión y de profunda admiración. Os lo entrego a vuestro magistral dominio, y por razón de jerarquía, en esta casa, os pongo en posesión de la cátedra mayor. Con sólo ocuparla queda honrada por la eminencia de vuestra autoridad.





A velocidad tiene cien años. Hoy, las teorías científicas, las artes, los sentimientos, están dominados por esta noción que aceptamos sin analizarla porque nos parece, en resumen, clara y sencilla. "Si el mundo va demasiado ligero a nuestro parecer—decimos—es que aún no estamos adaptados, pues la velocidad no es desorden, sino un orden nuevo al cual va a ser preciso que nos acostumbremos." Examinemos de cerca este lugar común.

Se ha dicho a menudo que soy un adorador de la velocidad. Mucho la he amado, es verdad. Después, menos. Tratando de comprenderla mejor, he notado que dista mucho de ser siempre un estimulante; es también un elemento depresor, un ácido corrosivo, un explosivo peligroso de manejar, capaz de hacer saltar, no sólo a nosotros mismos, sino también al mundo entero con nosotros, si no aprendemos a conocerlo y a defendernos. "Hay en la velocidad, dice uno de mis personajes que ha probado el ritmo más lento de la vida oriental, algo irresistible y prohibido, una belleza trágica de incalculables consecuencias, una necesidad y una maldición. Todo nos conduce hacia ella, el placer y el hastío, la riqueza y la pobreza, y sólo resultan crecientes decepciones, necesidades crecientes, accidentes, suplicios, nuevos abismos. . ."

La noción de velocidad nació de la noción de progreso. Para los norteamericanos, ambas no van una sin otra. *To progress*, adelantar. Ahora bien; la noción de progreso es, lo sabemos, una de las características del Occidente.

"La condición del progreso es la actividad, escribe M. Masahru Anesaki, de la Universidad de Tokio—su compañera es la libertad, su símbolo la electricidad y su manifestación la velocidad. Los hindúes concibieron una velocidad bastante hermosa, *mano-java*, que

es la velocidad de la idea atravesando en un momento el universo, pero era solo un ideal. . .”

La velocidad es función del menor esfuerzo. Se hace lo más rápidamente posible las cosas aburridas o penosas; he aquí porque se inventaron las máquinas; pero—y esto es uno de los errores del mundo moderno—, en vez de gozar de los momentos de ocio conquistados así, los hemos consagrado a trabajar más, a sobreproducir; es uno de los efectos de esta ley humana,—demasiado humana—, de la cual habla Gobineau, que nos hace perder siempre de un lado lo que ganamos del otro. ¡Diabólica superchería de la naturaleza! El ruido del motor es la base continua de nuestra existencia, y quien dice motor, maquinismo, dice velocidad; la velocidad engendra la sobreproducción.

Gobineau, a quien acabo de citar, afirma que las razas, como los hombres, son desiguales ante el Creador; que hay una escala de colores, que va de la sangre negra a la sangre blanca; que la mezcla de sangre es, para una raza superior, un verdadero suicidio. Ahora bien, ¿qué es lo que causa esta mezcla sino la facilidad material que tienen los pueblos para acercarse unos a otros, y a qué se reducen estas comunicaciones que encierran la tierra en una red de caminos, de rieles y de alambres eléctricos, si no, en último análisis, a la máquina, a la velocidad? Léanse los relatos de viajes de hoy: ya no son viajes, sino raids. Abro un reportaje muy característico, publicado meses atrás: *La travesía de Europa en avión*, por M. Claude Blanchard; los países, los pueblos, las costumbres, bailan, frenéticos, ante nuestros ojos. Mirad en qué términos sucintos, el autor nos cuenta, desde lo alto de los aires, que deja a Rusia y llega a Praga: “Esta mañana, costaba a unos Rusitos, y ahora las candilejas se encienden sobre un nuevo panorama: ¡pif, paf, puf: he aquí Tcheco-Eslovaquia!” “La era de las patrias está acabando—escribe Drieu la Rochelle en *Genève ou Moscou*—, porque la velocidad recorriendo la urbe derriba su inexorable paso todos los horizontes; cien influencias macizas rompen la frágil pantalla de los paisajes.”

En verdad, somos unos niños: la novedad de este juego nos deslumbra; este espectáculo feérico aún no deja de conmovernos. “¡Más ligero! ¡Más ligero!” oímos exclamar en Alice in Wonderland. ¿Acaso esto ha de durar? Nos acostumbramos a esos excesos, sobre todo cuando somos sólo espectadores; intoxicados, nece-

sitamos cada día mayor dosis de la droga. (Por lo demás, en este dominio especial, ha penetrado también la celeridad: las drogas lentas, contemplativas, de antes, opio, haxix, son plantadas por estos productos fulminantes: cocaína, heroína).

Cuando partimos en un coche nuevo, pensamos: “Que la aguja del contador alcance una vez 100 kilómetros por hora, y estaré contento”; pero a la vuelta, después de haber tocado veinte veces el número prestigioso, no nos sentimos más dichosos; el máximo soñado, alcanzado luego, ha llegado a ser un tren monótono y habitual.

Hay en la atracción de la velocidad el noble deseo de obrar mejor, que ha elevado la raza aria por encima de las demás y de sí misma; pero hay también una excitación terrible que empieza a embriagar la humanidad, y no sólo los pueblos-niños, como los Negros, sino los pueblos hasta entonces inmóviles, como los Amarillos. “En el Asia moderna,—hace notar un japonés—, es corriente encontrar a un abad budista rodando en auto a 90 por hora.” La afirmación moderna del poder temporal, ya no es los territorios; es los rieles. Es lo que ha comprendido Mussolini, al ofrecerle últimamente al Papa, no un Estado, sino un tren. Ved la congestión de las ciudades, y el campo desierto. Ya nadie soporta la soledad, ni permanecer en el mismo lugar. Permanecer en el mismo lugar nos causa un estreñimiento sobre el cual la velocidad obra como un purgante. Sí, como lo escribe Buffon, “la velocidad de un animal sólo es el efecto de su fuerza empleada contra la gravedad”, parece que todas las fuerzas de los hombres están hoy empleadas en vencer esta carga. ¿Para qué? Este es uno de los aspectos de este miedo de morir, error materialista del mundo occidental, que será, quizá, causa de su perecimiento.

Mientras los médicos quieren alargar la vida, los hombres quieren ensancharla, haciendo caber en ella más y más cosas: vivir ligero es engañar la muerte, es vivir varias veces.

La gente reacciona así: ya que la muerte es inmovilidad, el movimiento es la vida; de allí muchos concluyen que la gran velocidad es la gran vida. “Las vacaciones de antaño,—me escribía una amiga—, ¡recuerde usted estas partidas para el campo, con pesados fardos de ropa, cajones de vajilla!... con todo el personal que Mme. de Sévigné, cuando se iba a los Rochers, llamaba su “in-

fantería". Hoy, gracias a mi cochecito: un mes a orillas del mar, un mes en la Isla de Francia, un mes en el Mediodía, un mes en Italia; tengo cuatro veraneos en vez de uno". Sí; en la hora actual, vivimos cuatro veces más que un siglo atrás; pero quizás vivamos cuatro veces menos bien, cuatro veces menos fuerte. Quizás haya una depreciación de nuestros placeres, lo mismo que hay una depreciación de la moneda. La movilidad es el inestable principio de la vida de hoy, que quizás no tenga otro. Vagancia particular a nuestra época. *Nomadismo* del dinero y del espíritu. Todos estos son hijos de la velocidad. ¿Con qué fin apresurarnos, ya que la tierra viaja para nosotros?

Se ha dicho a menudo que las carreras de autos habían reemplazado en el pueblo las revoluciones políticas. Las primeras son la revancha que se toma sobre el espacio, y las segundas una venganza ejercida contra el tiempo. Waldek Rousseau decía: "Suprimanse los hipódromos, y París volverá a hacer la revolución".

M. Masaharu Anesaki, por su cuenta, ha escrito sobre estos tópicos algunas líneas que van más lejos: "El frenesí de la velocidad — dice —, es una manifestación del espíritu de rebeldía, una fase de conflicto entre la inercia y el movimiento. La inercia de las costumbres, las herencias de raza, las tradiciones sociales trabajan contra la velocidad. De allí resultan nuestras corrientes opuestas y nuestros torbellinos de excitabilidad y de impaciencia". La velocidad es la forma última y más reciente de la fuerza.

Catherine Mayo, en su libro sobre la India, explica que les costó mucho a los ingleses conseguir que las hijas de los brahmanes jueguen hockey. Contestaban que un ser de casta superior no debe correr. Esta tradición tiene seguramente un sentido oculto que ellas ignoraban: la velocidad es la democracia. La idea de movimiento, unida, como lo decía ahora, a la idea de progreso, ¿no ha nacido acaso en la época del Renacimiento, madre de las democracias? Se opone a la idea medieval de una perfección inmóvil.

Bonald, que en tantas cosas recuerda a los brahmanes, define la voluntad como "la inteligencia servida por unos órganos". Ahora bien; en los fenómenos de velocidad, como en los otros fenómenos del maquinismo, los órganos tienden a avasallar la inteligencia; ésta se deja sorprender. Los descubrimientos científicos del último siglo fueron tan fulminantes que todavía estamos estremecidos. Mirad:

Oerstedt inventa el electromagnetismo, es decir, la identidad del magnetismo y de la electricidad; el 11 de septiembre de 1820 París se entera de este descubrimiento; ya el 18, o sea siete días después, Ampère exponía los principios de la electrodinámica. Algunos días le habían bastado para inventar la telegrafía electromagnética, trazar de nuevo la acción del magnetismo terrestre sobre los circuitos móviles, descubrir la hoja magnética, el solenoide, el electroimán, etc. El mundo de hace cien años, entorpecido por sus antiguas leyes morales, por sus principios sociales penosamente adquiridos, sus tradiciones milenarias, ¿cómo podía seguir el juego de semejante magia?

"El espíritu europeo — dice Emil Ludwig — siente lo peligroso que es el nuevo espíritu *técnico*. Pasó largo tiempo antes que los monarcas europeos admitiesen que un automóvil es digno de ellos. El anciano emperador Francisco José de Austria-Hungría no entró jamás en un automóvil, no escribió nunca a máquina, nunca habló por teléfono. Cuando los reyes hacen una entrada triunfal en una ciudad, todavía están sentados en un carruaje arrastrado por cuatro caballos; y en cuanto a los funerales en automóvil, son aún más contados en Europa." "Ruskin — continúa Ludwig —, ¿acaso no se paseaba a través de Inglaterra en *mail-coach*, para protestar contra el absurdo tranvía? ¿Y acaso no existe todavía hoy una sociedad que organiza unos paseos en coche con caballos a través de Francia para que los franceses y los extranjeros puedan ver el país despacio, verlo realmente, en una palabra?" (Estaría perfecto, pero creo que Ludwig se equivoca. No hay nada semejante en Francia. Esto sólo existe en Inglaterra, donde se ha restaurado, para agrandar a los turistas norteamericanos, hastiados de su frenesí, el antiguo servicio de *mail-coaches* de Londres a Brighton.)

La noción de que una cosa hecha ligero es una cosa mal hecha está profundamente arraigada en los espíritus europeos. La expresión "a la norteamericana" significa para nosotros una mezcla de velocidad, de grosería y de *bluff*. Hay en eso cierta parte de verdad. "La velocidad con que atravesamos cada cosa — dice todavía Ludwig — y con la cual cada cosa nos atraviesa, daña seguramente la intensidad de nuestra percepción; la perfección y la rapidez de las noticias traídas a nuestro cerebro ya sólo necesitan un pensamiento inferior. El cine, al presentar una serie no interrumpida de imágenes precipitadas muy rápidamente, es un símbolo de nuestras impresiones, hoy

que la velocidad se ha vuelto el dios de la nueva era. Goethe adivinó lo que sería nuestro siglo, cuando llamó *velociférico* al porvenir. Puso al género humano en guardia contra una sucesión demasiado rápida de ruidos e impresiones. Más de cien años atrás, cuando los periódicos sólo salían una o dos veces por semana, Goethe escribía que preveía unos días terribles en que esos periódicos saldrían tres veces al día." Sí, somos verdaderamente *velociféricos*. Hay en Estados Unidos veinte millones de autos. Los trenes y los coches de lujo se llaman *flechas*. Allí, los *babys* viven en la guía de la bicicleta o en el canasto de la motocicleta; los chicos van a la escuela en un Ford; se arreglan los noviazgos en un Buick, y en un Packard os llevan al cementerio.

Miremos hacia atrás, una vez aún, con el modo de ver de un europeo a la antigua, y juzguemos los trastornos que la velocidad ha traído en nuestras costumbres. Cada cual puede leer en su diario que se cruza el Atlántico en veinticuatro horas, pero ¿cuántos perciben, a través de estas afirmaciones brutales, la evolución más matizada, pero no menos inmediata, de los sentimientos, bajo la influencia de lo que yo he llamado en otra parte "el único vicio nuevo"? Acaso no es por apresuramiento que tiramos por sobre la borda, una después de otra, las lentas herramientas de estaño, los caballos, la vela, la cocina a fuego lento, la cortesía? En las grandes ciudades, ¿quién se toma todavía el tiempo de comer, de dormir, de acompañar a pie los muertos al cementerio? Es la velocidad la que agrieta y desune nuestro viejo mundo; construido sobre profundos basamentos por lentos arquitectos, está entregado a unos mecanismos impetuosos que sólo trabajan en la superficie. La naturaleza, eso sí, cuando trabaja bien, trabaja lentamente; sólo necesita un día para hacer una larva, pero demora veinte años en hacer un hombre; resulta que ya no la comprendemos; la belleza de las germinaciones y de los floreceres sólo nos conmueve en el cine, donde está acelerada milagrosamente.

Es también el cine el que, por sus proyecciones de películas de antes de la guerra, nos hace medir mejor el espacio que medía entre ayer y hoy. La ridiculez de los vestidos pasados de moda<sup>1</sup>, que

<sup>1</sup> Una mujer de 1890 llevaba veintidós prendas de vestir; hoy, en verano, una mujer lleva tres; la primera se desvestía en veinte minutos, la otra se desnuda en treinta segundos.

estorban el movimiento, la grandilocuencia caduca de unos gestos que se atrasan en la mímica convencional, nos hacen estallar de risa. Intentemos un experimento análogo en literatura y veamos si, como dicen nuestros padres, "el amor es siempre el amor y el corazón permanece eterno". He aquí una escena de seducción de cuarenta años atrás, tomada al azar en la obra de Paul Bourget. Cito:

"Una mesa de té de Leuchars. . . La lámpara arde bajo la tetera. Madame de Gesvres, cuyo nombre de pila es Jeanne, está sola en este salón: treinta años, rubia, con unos ojos negros muy suaves. Vestido de. . . Se pasea a lo largo y a lo ancho y mira de vez en cuando un reloj microscópico engastado en su pulsera. "Las 5; estará aquí en unos minutos. . . ¿Qué me va a decir?. . . Desde la última vez que vino a este salón, pasaron quince meses, quince mesecillos. . . ¿Este silencio de más de un año, e inmediatamente después de su regreso, esta carta para pedirme una cita en mi casa?. . . Esto no me dice nada bueno. . . Por ejemplo, ¡si este señor vuelve con esas intenciones, encontrará con quien hablar! (Largo ensueño. . .) Y debe ser con esas intenciones. Este instinto no engaña a una mujer. . . Ya veremos." Un coche. . . Se detiene. . . Dos campanillazos. . . "Es él." (Se sienta sobre el diván, junto al cual está una mesita guarnecida con estuches antiguos, cajitas en miniatura, frescos cincelados y retratos. Coge un libro en una funda de seda briscada, etcétera. . .) La puerta se abre; el criado introduce al señor Raúl Garnier; treinta y cinco años, apostura elegante, fisonomía varonil y fina. Las sienes canosas (¡a los treinta y cinco años!), los ojos tirantes, la expresión de todo el rostro, revelan grandes pesares. Está visiblemente conmovido; se adelanta hacia madame de Gesvres y le besa la mano, diciendo simplemente, con voz ahogada: ¡"Señora!"

Volvamos al presente: *Les onze devant la porte dorée*, de Montherlant:

"—¡Pero nunca como en esta hora he necesitado de ti! ¡Ah, con un estremecimiento, reconozco sobre tu rostro los signos del mismo trastorno que me causas! ¡No agregues nada! Has dicho que sí. Todo está borrado. Todo está desatado.

"—Con una condición.

"—Está aceptada. O dicha de cubrirte con injusticias. La alegría me asalta como una fiera.

—“Que batas a Lassalle en el 100 metros.

—“¿Dices que si bato a Lassalle nos veremos el lunes? Si no es el lunes, serás mía el domingo si bato a Lassalle. Se logra todo, sabes. Me gustas, eres mi presa, te he de lograr a cualquier precio. . .”

Como una música antigua, escuchamos cómo se analiza Ernestine, la heroína de Stendhal:

“Me parece — dice — que descubro siete épocas completamente distintas en el nacimiento del amor.”

Los amantes modernos están bien lejos de esta casuística. Son unos pugilistas:

LEWIS.—No hay nada sutil entre nosotros, ¿no?

IRENE.—¡Oh! No, ¡Dios mío!

LEWIS.—Era mi parecer.

Hay allí un pudor sentimental nuevo, hijo del sport y de la velocidad.

“La agarró por los puños, pero ella dijo: “No, aquí no, me hace daño.” Y ella misma subió las manos ávidas un poco más arriba. . .”

Recuérdese a Elvira, defendiéndose contra Tartufo:

Quoi, vous voulez aller avec cette vitesse!  
Et d'un cœur tout d'abord épuiser la tendresse!

Con Philippe Soupault, el ritmo del amor se acelera aún, y poco le importa, a él, “agotar en seguida la ternura”:

“El taxi se detuvo ante la puerta de su casa. Tiritando, o casi, pagó al chauffeur, tomó a Maud por el brazo y, como un torbellino, entraron. Tiró su sombrero y su bastón al suelo y con unos gestos que mandan ayudó a Maud a quitarse el sombrero, el abrigo. Sin decir nada, tomándola por los hombros, la empujó a su alcoba, donde sorprendió unos rayos de sol. Julián estaba ciego y sordo. Le tenía miedo a sus pensamientos. Arrancó el vestido de Maud y la tomó en sus brazos. Ella susurró despacio: “¡Mi marido me espera a las siete en el Fouquet's!” El no contestó. Le molestaban sus ropas, la luz demasiado viva que entraba por las ventanas. . . Maud abrió la boca y Julián contestó: “Son las seis y treinta y cinco.”

La hora desempeña un papel importante en los amores de hoy.

Montherlant escribe cómicamente: “La presidenta de Tourvel, de las *Liaisons dangereuses*, cuando cede, es la presidenta de Tourvel menos seis meses de espera, es decir, de desgaste; a usted le corresponde juzgar si en estas condiciones vale siempre la pena.” Los amantes modernos ya no se escriben: se hablan por teléfono o mandan telegramas; apenas se hablan; esta es la razón por la cual las escenas de amor en el teatro nos parecen hoy tan verbosas y tan falsas. En Inglaterra, en Estados Unidos, se hace el amor en auto. En cuanto a la amistad, se traba rápidamente, según el voto impaciente de Oronte, que tanto escandalizaba a Alceste. Cuando éste contesta que la amistad requiere “un poco de misterio”, significa un poco más de tiempo. Pero no nos alcanza el tiempo para nada, ni siquiera para nuestras revoluciones, que se llaman ahora “putsch” y duran unas horas, como los huracanes.

Elijamos ahora un tema literario único, y esta vez tomemos nuestros ejemplos en la literatura anglo-sajona; examinemos cómo se desarrolla el tema poético de la primavera a medida que se adelanta del siglo XIX al siglo XX. Wordsworth lo trata con 1.200 palabras, Tennyson con 800, Robert Browning, en el poema célebre:

O to be in England now that April's there,

en 116, y E. E. Cummings, el benjamín de los poetas norteamericanos, el año pasado, describía la llegada de la primavera con 71 palabras.

La velocidad ha modificado hasta el mismo Arte. Las obras maestras que nos son necesarias fulguran: *Le sacre du Printemps* no dura tres días, sino veinte minutos; nuestros mejores pintores hacen tres cuadros al día; más allá de doscientas páginas, la novela de mañana estará hecha con puro relleno; todo lo que es largo se vuelve imposible de leer, imposible de representar o de vivir. Las *vies romancées*, tan de moda, ¿acaso son otra cosa que la historia de éxitos lentamente logrados, genios, largas paciencias, interminables calvarios, resumidas vertiginosamente, como esta película de su propia vida que se desarrolla, según se dice, instantáneamente ante los ojos de los que se ahogan?

La velocidad acarrea la renovación de las imágenes, y en primer lugar de las imágenes que la designaban hasta entonces. ¿Qué vienen

a ser en nuestro siglo expresiones como: "a mata caballo", "a rienda suelta", "aprisa y corriendo", "correr la posta"?

En los dominios plásticos, es el triunfo del esbozo, de la primera impresión. En literatura, diremos al pasar que muchos están equivocados al confundir la brevedad con la velocidad. A menudo somos contraídos más bien que rápidos. Es frecuentemente porque se ha escrito tal página cinco o seis veces que parece tratada con rapidez. Es la ley de la economía de las fuerzas. Las épocas, las gentes prolijas, son los que no tienen nada que hacer. Un orador, particularmente si es de Marsella, exclamará: "Allons enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé!" Un capitán: "¡Marchen!"

¿Acaso la ciencia moderna no está trastornada por el ensayo de Einstein sobre la relatividad, que tiene tres páginas, y por su nuevo trabajo sobre las relaciones de la gravitación y del electro magnetismo, que tiene cinco? Pero se nos olvida que demoró diez años en concebirlos.

El estilo se reduce, se aligera, hasta llegar a ser, como se dice, telegráfico. Lejos de incurrir en el reproche de ser pagado por palabra, parece que las palabras le cuestan caras al escritor; tan avaro se muestra. ¡Qué error, sin embargo, para el artista creer que la velocidad pura lo enriquece! Va a ser una de sus primeras víctimas. Hoy saca más bien provecho del contraste que hay en las velocidades distintas con que dan vuelta las diversas partes del mundo; pero lo mismo que para las ideas, los países más lentos tienden a alcanzar los más rápidos; mañana ya no habrá diferencia entre Pekín y Nueva York, Amsterdam y Tahití; la velocidad aniquila los climas y falsea las antiguas teorías del medio.

¡Artistas! La velocidad mata la forma. De un paisaje visto a 300 kilómetros por hora, ¿qué queda? Nada; los primeros y segundos planos están suprimidos; más allá del 300º de segundo, hasta los aparatos fotográficos fallan. Nuestro ojo no goza con la trayectoria de un obús, pues ya no la ve. El movimiento no "traslada las líneas": las aniquila. La tierra pierde su variedad; en avión, ya no hay, bajo nuestros pies, unos álamos o castaños; hay el Arbol... He dicho que la velocidad, para los orientales, equivale a la democracia. La gran velocidad equivale al comunismo en esto: mata lo individual. Llama y exige lo anónimo. Llegamos al reino del símbolo. La velocidad acostumbra al espíritu, por la sucesión

infinita de las imágenes, a síntesis nuevas. El sociólogo se alegrará quizá, pero no el artista. El artista es un aristócrata (hasta cuando cree hacer arte para el pueblo), y trabaja lentamente. ¿Qué decir de la arquitectura? Si es una lucha contra la gravedad y la resistencia, ¿acaso no se puede pensar que la velocidad es una especie de arquitectura nueva donde una proyección vertical y estática se ve reemplazada por el impulso, horizontal y dinámico? La velocidad mata también el color: el giroscopio, cuando gira a la velocidad máxima, ¡hace gris! Miremos la pintura moderna: gris, cardenillo, gris-negro. Braque, Picasso, Juan Gris, Derain, Vlaminck: color de torpedero, de tren blindado, de chasis. (Por lo demás, esos pintores viven en coches rápidos, lo que no deja de influenciar su arte.)

He aquí la descripción llena de *humour* que Jacques Blanche hace de un esteta contemporáneo: "Su escasa paciencia lo hacía juzgar con extremada nerviosidad y dureza todas las obras cuya duración pasaba de cinco minutos. Tenemos demasiado apuro — me dijo —, para escuchar discursos. Ya nada duran. Un matrimonio es antiguo después de un año; si todo es tan rápido, ¿cómo quiere usted que se escuche una obra teatral en cuatro actos, una ópera, una sinfonía de Beethoven?" Uno de los hombres que conozco que vive más rápidamente, verdadera estilización poética del industrial moderno, me decía el día en que cumplía cuarenta años: "Ahora, viejo, pueden suceder accidentes, la revolución, la muerte, lo que se quiera, no me importa; todo lo he tenido en cinco años; desde hoy en adelante, juego ganando." Nuevo modo de vencer la muerte. Este frenesí de gozar ligero es el indicio de nuestra civilización.

Un escritor americano ha inventado una palabra excelente para definir a nuestros impacientes, a nuestros grandes ansiosos; los llama *time-snobs*, los snobs del tiempo. De tanto violentar su naturaleza, la gente de más allá del Atlántico sucumbe; mirad los suicidios y los descalabros prematuros para los cuales su vocabulario tiene tantos términos: *nervous breakdown*, *mental collapse*, etc. ¿Qué salvaje es éste, recostado en la arena, que sólo come frutas y está condenado al silencio absoluto? Es un banquero de Nueva York que hace una cura de descanso. Tendidos hacia el porvenir, como la pitonisa, en sus zozobras, este porvenir no lo imaginan, lo inventan. Lentos por naturaleza, los anglo-sajones han corregido esta lentitud con la máquina. Deportivos, profundamente, la máquina ha llegado a ser

una imagen ideal de ellos mismos, un animal cuyo corazón jamás fallará y que será siempre capaz de paroxismo. El otro elemento que contribuye a hacer de Norte América la patria de la velocidad es el elemento israelita. Esta celeridad del cuerpo y de la inteligencia, esos reflejos hereditarios de huida, este gusto por las mudanzas sociales, estas costumbres de campamento, este acostumbamiento a los pánicos económicos y a las evasiones metafísicas, que transforma a cada judío en un Tobías siempre pronto para partir y en un bolsista que cavila entre vender o comprar, se ha transmitido a toda América, país cuyo ritmo se reglamenta ahora sobre el ritmo del mismo Stock Exchange. Lo que da a Nueva York su incomparable acento, su aspecto de campo de batalla, de aeródromo y de Luna Park; Nueva York, donde la cantidad y la velocidad con que se consumen placeres y trabajos (más bien que la calidad) ha alcanzado proporciones que la humanidad desconocía todavía. No se trata siempre, como se cree generalmente, de una carrera del dólar, de una *rush* hacia el oro: la mayoría de esos norteamericanos que tanto se han apresurado a realizar una fortuna, la reparten en cuanto la tienen. Se empieza a notar hoy — y el psicoanálisis no ha dejado de contribuir a este descubrimiento — que si un continente entero es así víctima de la velocidad, es que se huye a sí mismo, y que busca, más que el dinero, la velocidad en sí, como medio para no pensar y para evitar cierto número de problemas dolorosos inconscientes y de *complejos* ocultos. Delito de huida. A menudo he tenido la impresión, allá, no de una civilización en marcha hacia el progreso, sino que huye ante unos espectros.

Le escribía un día a Montherlant que sólo cuentan la gloria y los placeres si se consiguen pronto. Olvidando quizás que un capítulo de *Aux fontaines du désir* está intitulado "Su siniestra paciencia", me reprochó precisamente de exaltarme sobre esta velocidad *en sí*, a la cual opuso la calidad. ¿Acaso esta sabiduría le ha venido frecuentando el Oriente, cuando afirma: "Llegará un día en que, por la banalidad de la velocidad y la facilidad de acrecentarla más y más, la lentitud aparecerá como el modo más natural para expresar cierta delicadeza"? Estoy en toda forma de acuerdo con él, ya que, un año antes, yo escribía en *Bouddha vivant*: "El verdadero lujo, y que a nadie se le ocurre gozar, es no apresurarse." Como se ha notado a menudo, todas las nuevas doctrinas nuevamente aclima-

tadas entre los anglo-sajones: Chrstian Science, Yoghis o Vedentas, las ideas Shinto para el Japón y hasta, quizás, el neotomismo para Francia, viene a oponerse al culto de la velocidad.

Veo muchos otros síntomas de esta reacción. M. Paul Souday (que desempeña aquí un papel de reaccionario), reprendía últimamente a Mac Orlan por haber escrito: "Sólo cuenta una cosa: la velocidad", y lo censura así: "No hay que equivocarse los motores con unas linternas. Todo este material es útil a la gente de negocios. . ." (M. Souday podría añadir que Mercurio es a la vez el dios del comercio y el de la velocidad, y sin duda el inventor del arbitraje en asuntos de Bolsa). "Pero el pensamiento que importa ante todo no exige esta aceleración. Hasta le conviene mucho el ocio, y cierta sabia lentitud."

Ne vous piquez pas d'une folle vitesse.

enseña Boileau antes que M. Souday.

No se nos olvide que la velocidad debilita; van repitiendo los neurólogos. Ya no tenemos tasa ni medida, ni distinguimos entre ir ligero e ir lo más ligero posible; el record es rey. Ahora bien: el paroxismo mata. Los coches con tubo-compresor viven poco. Este todopoderoso prestigio deportivo es absurdo, ya que los progresos mecánicos los vuelven a poner constantemente en cuestión. El record es menos una afirmación que la negación de lo que precede. Es infinito y sin objeto. 103 metros por segundo sobre la tierra: mañana nos reiremos de esta lentitud. Al ver pasar este bólido, ¿usted imagina que nada puede resistirsele? Este invierno, le preguntaba a Chiron, nuestro campeón del mundo en auto, al regresar de Indianópolis, qué era lo que temía más. "Son — contestó — las bolsas de aire." La velocidad ha llegado a ser, para estos atletas, algo tan preciso, tan agudo, que una corriente de aire puede hacerlos caer, como a un niño. La fuerza extrema alcanza en eso la suma debilidad.

La velocidad es la juventud. Las épocas, los países rápidos, están hechos para los jóvenes. Los ancianos artesanos son apreciados sólo en épocas en que los oficios constituyen una tradición. Las pruebas (tests) americanas señalan una disminución del rendimiento en el obrero, después de los cuarenta años, y las últimas estadísticas de los Estados Unidos muestran que las grandes industrias *estandarizadas* consideran que en adelante el obrero de cuarenta y cinco años

“servirá a lo más para barrer la fábrica”: Norte América es el país más rápido del mundo; esta es la razón por la cual los jóvenes son allí tan dichosos, y es por eso que la gente de edad la aborrecen.

Se esperaba quizás de mí un elogio de la velocidad, y he aquí que parezco condenarla. No, absolutamente. No soy como un crítico que rehusa reconocer un elemento nuevo, o como Thiers considerando el telégrafo únicamente como “un entretenimiento para las personas que se interesan por la física”, o afirmando en la tribuna que el ferrocarril no tiene porvenir, “porque las ruedas se deslizarán sin adelantar nunca”. Trato de medir la velocidad, de medir mis fuerzas con las suyas, de domesticarla. “Teléfono, telégrafo, radio, han hecho posible, hasta el punto de causar inquietud, el cambio rápido de las comunicaciones — escribe M. Anesaki —. ¿Pero qué tenemos que comunicarnos? Cotizaciones de bolsa, unos resultados de football e historietas de alcoba. ¿Acaso resistirá el hombre al formidable acrecentamiento de poder del cual lo ha dotado la ciencia moderna, o acaso se destruirá manejándolo? La ciencia no sabría contestar a estas preguntas. ¿O será el hombre bastante *espiritual* para saber usar su fuerza nueva?” Somos una raza equilibrada, y no debemos temer este monstruo más de lo que hemos temido los otros. Oía, últimamente, a una mujer espiritual, durante una representación de *Don Juan*, decir de los personajes de Mozart esta cosa tan justa: “Van muy ligero, pero, si quisieran, podrían ir lentamente”. Seamos como ellos, dueños de regular nuestra velocidad. Hay que ser rápido, pero con la condición de llevar en sí un contrapeso. ¿Para qué, mostrándonos tan impacientes contra toda autoridad, aceptar sin examen la más reciente de las tiranías? Formulemos una ley nueva de resistencia a la velocidad. No sigamos más pendiente que la de nuestra voluntad. “Verificación del equilibrio por el movimiento”, escribe Claudel. La posesión de las riquezas no desorganiza al hombre que sabe conservar el sentimiento de la nada. La religión nos lo ha enseñado, y todas las morales. El sabio se esfuerza en no ver los primeros planos inmediatos que huyen, pero fija sus ojos sobre las lontananzas, que permanecen inmóviles.

Amemos la velocidad, que es lo maravilloso de la vida moderna, pero verifiquemos siempre nuestros frenos.

(Traducción de Marcelle Auclair.)

HERMANN KEYSERLING

CONDE HERMANN  
KEYSERLING



O me parece nada natural mirar hacia atrás a los cuarenta y dos años, cuando por los cuarenta precisamente está en su período de mayor actividad todo hombre que no haya envejecido prematuramente; y siempre el que es activo mira hacia adelante, como se lo manda su inclinación. Al hombre de cincuenta, en todo caso, le toca hacer examen de conciencia, hacer aquí alta y mirar hacia atrás críticamente, porque a esa edad cae la tercera cesura de la vida del hombre: está determinada fisiológicamente, como las otras, las cuales son la crisis de la pubertad, que es la primera; y la segunda, no menos decisiva, pero de pocos advertida, la que sobreviene con los treinta años, cuando el egotismo de la juventud acaba de perder el fundamento natural que lo justificaba, y el hombre, justamente para continuarse, coloca su objetivo fuera de él, aun en los otros, para cuyo mayor bien así se afana; y la vejez sólo puede ser el tiempo de cosechar, para aquel en quien estuvo consciente y presente el proceso de su devenir, como si fuera una meta propuesta. Pero yo cuando esto escribo (diciembre de 1922) sólo tengo cuarenta y dos. Por eso para mí sólo tiene sentido afirmar en un sobrio boceto la movilidad de mi vida, tendida hacia adelante. Precisamente para mí este es el problema, porque aunque filósofo, soy todo lo contrario de un erudito. La síntesis fundamental de mi naturaleza no es, pues, la de un teórico, mas antes la de un condotiero; y mi relación con el mundo se establece por la contextura nerviosa de un artista supersensible. De manera que esta exposición personal no cuadrará en este volumen, si no fuera que el

concepto de filósofo, ahora últimamente también se ha dilatado entre los profesionales, hasta un grado que hace veinte años no se pudiera soñar. En su *Psychologie der Weltanschauungen* (Psicología de las concepciones del mundo real) presenta Jasper el tipo del hombre daimónico; y le pone junto a otros como si tuviese los mismos derechos. Pues a este tipo pertenezco yo en la expresión más extrema que de él se pueda imaginar. Cuando leí tales capítulos de aquel hermoso libro, creí reconocerme una y otra vez en mi más personal modo de ser. Así que aquí hablaré del destino de mi demonio; todo otro planteo de este problema caería fuera de mi ser y de mi tarea. Aquí trataré de mostrar cómo un hombre dotado de manera múltiple y extraordinaria, mas sin armonía y contradictorio, sin ninguna disposición primordial para llegar a ser un filósofo; con todo eso, al cabo llega a ser un jefe espiritual, sólo porque la voluntad de conocer le fué una luz y le orientó como una estrella. Con lo cual demostraré hasta qué grado está en el poder de cada cual el sobrepasar su aparente destino, por más firmemente trazado de antemano que parezca. Así queda dicho que con este escrito no miro a un objeto histórico, sino pedagógico. Pero con este ejemplo no quiero tampoco mostrar en qué medida todo aquel que quiera sobrepasarse a sí mismo, debe abandonar de raíz el terreno en que se plantee el problema de su posible vanidad. Hay que confesarse a sí propio sus cualidades, exactamente con la misma naturalidad que sus defectos. Sólo si se tiene veracidad para consigo mismo se alcanza a la meta. Claro está que cualquiera puede equivocarse en la estimación que haga de sí; pero si su error fué sincero, también los otros lo verán, así como todo miramiento por sus sentimientos y prejuicios.

## I

Ya en mi niñez la polaridad de mi ser acertó con la traza de la que más tarde había de resultar la específica tensión y el ritmo peculiar de mi vida, juntamente con sus designios espirituales: yo era, por un lado, el más delicado de los delicados; era intuitivo con clarividencia; era impresionable por encima de todo, y sugestible; era receptivo como una mujer; era confiado y adaptadizo; y por otro lado, era yo un ser volcánico de puro violento, de una

brutal sensualidad, con una vitalidad primitiva y desbordante. De aquí se me desarrollaron desde mi niñez unos sentimientos de insuficiencia que no me abandonaron ya en ninguna disposición y actitud; por una parte, yo me sentía, con mi delicadeza, inferior a los no quebrantados señores de mi parentela materna; por otra parte, en mi condición de fuerza animal, me sentía inferior a los Keyserling del todo espiritualizados<sup>1</sup>. Así, desde mi niñez más temprana nació ya en mí la nostalgia de emular a los dos linajes, y si fuere posible, sobrepasarlos. De niño no tuve naturalmente ninguna idea del camino que había de tomar; crecí sin comunicarme más que casualmente con los de mi edad; vivía rodeado principalmente de bestias domésticas. No pensaba más que en cazar: era una criatura primitiva de la naturaleza. En Könno, de Livonia, donde nació el 20 de julio de 1880, fuí educado por maestros domésticos, hasta que a los quince años entré en el gimnasio ruso de Pernau, donde acabé mis estudios a los diecisiete. Era mi ideal llegar a ser un explorador científico. Mis verdaderas disposiciones yo mismo no las entendía, ni tampoco los que me rodeaban; porque esa gente ni tenía sospecho de que hubiera en mí una naturaleza de artista. Pero esta incompreensión, mientras estuve en mi casa, no condujo a ningún

<sup>1</sup> Desde fines del siglo XVII casi todos los Keyserling tuvieron intereses espirituales y han estado dotados más que medianamente; yo continúo esta sangre. Como hombres representaban un insólito nivel de superioridad en correspondencia con el dial del siglo XVIII; eran concretamente un tipo de familia de rasgos bien definidos y destacados, y con notable tenacidad se transmitían y heredaban sus cualidades. Su máxima expresión está en mi abuelo, Alejandro Keyserling. Hay que leer la maravillosa pintura de su vida, en las cartas que su hija ha editado en el establecimiento de Georg Reimer. Tenía yo once años cuando él murió, y hasta allí se había ocupado mucho conmigo. El poeta Eduardo Keyserling era hijo de uno de sus hermanos, y ha iluminado con arte imaginativo su fin. En mi linaje introdujo mi padre una serie de cambios de generación. En mi padre dominaba la sangre eslava; era el prototipo del gran señor ruso con todo su crecido y constante nivel personal. Mi tipo se acerca más que todo a los Ungern-Sternberg, gente de gran corte; mi abuela venía de esta estirpe por la parte materna. Esto lo anoto aquí, para mostrar un rastro a los futuros investigadores eugénicos, a los cuales a la larga no podría escapar el interés especial de mi estirpe; porque de otro modo a ellos se les haría difícil averiguarlo bien, pues dicho linaje está por lo demás extinguido. Mucho me sorprendería si la sangre de Bismarck no viniese a lograr en mis hijos, por su parte, una nueva síntesis de la personalidad.

conflicto. Otra cosa fué cuando, teniendo yo apenas quince años, y habiéndome conservado anormalmente infantil, me hallé en la compañía de mis condiscípulos de dieciocho y diecinueve. Me sentí incondicionalmente inferior delante de ellos, a causa de mi delicadeza, la cual me hacía resentirme de toda agresividad, como de una grosería; y tan sin defensa me hallé, que experimenté un padecimiento hasta entonces insospechado. Con celo enardecido me di a reprimir todo cuanto yo sentí ser en mí menospreciable; y desarrollé solamente aquella parte de mi naturaleza que conviniera con la de los que me rodeaban. Quise ser en absoluto un hombre de fuerza. Tal hombre yo ya lo era, aunque sólo en el fondo. Con la delicadeza de mi organismo espiritual, y con la atmósfera de alta cultura de mi casa paterna, no había podido desarrollarse en mí tal condición natural, y también por mi apartamiento de todo trato con rudos camaradas. Un año después de acabado el gimnasio, y habiendo yo hecho estudios en Ginebra, aquel hombre de fuerza y de violencia que yo había cultivado asumí en mi vida la forma primitiva del estudiantón bárbaro, comilón, bebedor y turbulento. Este fué por un tiempo el que dominó de manera absoluta aun mi existencia consciente. De 1898 a 1900 fui yo sin duda el menos espiritual y el más brutal y bestial de los estudiantes de Dorpats. Pudiera yo haber sido un modelo para la pintura de Jordaens; era yo un portento de salud primitiva y de cruda fuerza. Como tal era yo reconocido de todos los que me rodeaban, y así era grande mi satisfacción. Pero esta suerte no duró mucho tiempo. Apenas llevaba yo un año de estudiante en Dorpats, cuando en un duelo recibí un puntazo que me traspasó la mamaria interna, y si no me costó la vida, fué gracias a la gran fuerza regenerativa de mi físico de entonces; pero a consecuencia de esto, caí en tal debilidad, que se me hizo por años materialmente imposible continuar concentrando el valor de mi existencia en el polo del hombre de fuerza. Este hecho exterior dirigió mi conversión hacia el hombre de espíritu. Así como fué por haber reconocido la superioridad de mis más rudos camaradas de colegio, por lo que conjuré en mí y valoricé al hombre de fuerza; así también me ocurrió con el hombre de espíritu. Al principio, claro está, no alcanzaba a comprender bien lo que en mí pasaba; sólo comprobé que de repente me sentía hastiado de ese salvaje tráfago de Porpat. Así abandoné esa Universidad de mi patria después de haber estado

allí año y medio. El último medio año ya había trabajado allí más; pero eso me dió escaso resultado entre los que entonces me rodeaban. Tenía yo apenas veinte años; pero era eso más en lo exterior. En verdad era mucho más joven que mi edad y apariencia. Así llegué a Heidelberg, para continuar allí los estudios de ciencias naturales que había comenzado en Ginebra.

Ahora estudiaba geología, siguiendo el ejemplo de mi abuelo; y, a juzgar por la apariencia, lo hacía sólo por la ciencia. En la primavera de 1902 di en Viena mi doctorado; mi tesis trató de la "piedra de las truchas" de Glorggnitz; y hasta por exceso de celo, acabé en aquel mismo año un segundo trabajo sobre geología; una investigación sobre el terreno eruptivo del Tirol meridional. En realidad, con mi partida de Dorpat comenzó para mí un expectativo período de inconsciente preparación, como el que pasa la inocente muchacha antes de venir a casarse. Con toda honradez daba yo cabo a lo que me tenía propuesto; pero de mes en mes sentía yo con más claridad que era otra la cosa a que estaba destinado; yo no sabía aún qué cosa sería esa; pero conforme con este presentimiento, yo buscaba y tanteaba, y así me volví en todas direcciones espirituales con que me fué posible acertar. Pero ningún ejemplo que en Heidelberg hallé, ninguna meta objetiva de que allí tomé conocimiento; nada allí resolvió mi afán. La filosofía tal como se hace en la universidad, es de todas las disciplinas la que menos me dice. Mi naturaleza, según yo lo sentía, me pedía otra cosa que la que podía ofrecerme la ciencia; pero yo no sabía qué cosa era la que me pedía, porque en mi medio ambiente las personas de actividad espiritual con que hasta allí me había topado, eran sólo cultas y eruditas, así como también la tradición espiritual de mi familia era sobre todo culta y erudita. Leí nuevamente los "Fundamentos del siglo XIX", de Chamberlain, que en Dorpat apenas si había hojeado. La impresión fué enorme. De golpe vi con claridad que si me encontrase con el hombre que había escrito eso, enseguida yo descubriría para qué estaba yo aquí en la tierra. Para esto me fui a acabar mis estudios en Viena. Una feliz casualidad me ofreció, por medio de un amigo paternal, que ya el primer día me topase con aquel a quien había admirado desde lejos.

El efecto de la impresión que me hizo el hombre vivo vino a ser más fuerte de lo que yo había esperado; y el efecto de su duradera influencia fué infinitamente fructífero. La naturaleza de Chamberlain tenía mucha afinidad con la mía; y así en ella tuve mi centro de polarización, del cual había yo menester, para aparejar así mi propia naturaleza, de manera que de un caos que era, pudiese venir a ser un cosmos. En él reconocí mi naturaleza de artista, y hallé así por vez primera una relación con mi propia disposición espiritual; la cual, antes de esto, yo mismo no había podido entender mejor que los que me rodeaban. De pronto aprendí a estimar de manera positiva lo que hasta entonces había sentido ser cosa digna de menosprecio: eso que había en mí de femenino y delicado, mi impresionabilidad y mi emotividad, mi flojedad nerviosa; para decirlo brevemente, todo lo que obraba en mí como término de signo negativo, frente al positivo ideal del señor y del hombre erudito, claramente superior, que fué mi abuelo. Enseguida se operó en mí una verdadera subversión de todos los valores, y de manera correspondiente una subversión interna. Mi conciencia también se concentró de manera exclusiva en el artista; así como en Dorpat se había concentrado en el hombre de fuerza, no quería ya dejar valer más que al artista. Arrumbé ya del todo aquel sentimiento de menosprecio; y se convirtió en una conciencia de mi propio valer, expresa, orgullosa, confiada, a menudo desmedida. Mi fuerza vital, que ya no encontraba un medio de expresión adecuado en mi físico debilitado, se amoldó a la índole escéptica de mi espíritu y de mi alma.

De hecho ya en 1905, cuando acabé mi *Gefühe der Welt* (quicio del mundo), me hallaba del todo apartado de Chamberlain; y Adolf Harnack tenía razón desde su punto de vista, cuando más tarde opinó que Chamberlain no había sido para mí más que una partera; pero gracias a él, he nacido yo como hombre espiritual; en esto está el toque; y por eso conservo una gratitud inextinguible por Chamberlain, el cual es como hombre mucho más grande de lo que manifiestan sus obras. Mi período vienés, de 1901 a 1903, fué gracias a él, un tiempo de vertiginoso progreso. Desde que vine a entender mi manera de ser y sospeché cuál era su centro creador, desde entonces toda actividad particular tuvo para mí su sentido. Y conforme a esto, me urgía desarrollar la diversidad de mis disposiciones; las más de las cuales hasta allí me habían sido indiferentes. Pero por

este sentido no entendía yo un sentido objetivo con referencia a un término, como le había buscado en la ciencia: porque gracias a Chamberlain veía ahora con toda claridad que, siendo yo como era, no debía aspirar a una capacidad objetiva, mas a una perfección personal. Y por efecto de esta idea, vine a tener por primera vez conciencia de las dos verdades fundamentales que más tarde habían de ser los motivos de toda mi producción: que el conocimiento es redención, y que todo reside en la manera de plantear o colocar una conexión espiritual. Antes de que yo supiese lo que debía ser, estaba yo sin dirección, y era así un caos infructuoso. Pero apenas me hube colocado con inteligencia, cuando todas mis energías se volvieron creadoras (2).

## 3

Al pronto me sentí infinitamente dichoso. Pero el período comenzado en Viena vino a ser liviano sólo gracias a la brevedad del tiempo: entonces hube de aprender sencillamente de manera objetiva, y desarrollé técnicamente mis disposiciones para progresar internamente; estaba, pues, enteramente preocupado por todo esto. Pero muy luego se desplazó mi problema. Del devenir y recibir había que pasar y hallar el camino al ser y al producir. Pero este camino, a lo que yo me figuraba, no sólo le he hallado demasiado tarde, sino que el estar en su busca y el no hallarle se me hizo cosa amarga; porque mi volcánico temperamento jamás ha tenido miramiento por el tiempo como tal, ni nunca ha acabado de entender por qué mis intuiciones y mis resoluciones, que eran como relámpagos, no podían con igual celeridad hallar su realización plenamente satisfactoria. Desde que salí de Dorpat dominó en mí el sensitivo gozoso de entregarse. Desde que me encontré con Chamberlain, esta condición efectiva se me aguzó de manera que vino a ser una exclusiva afirmación de mi polo sensitivo; y ya sólo me reconocía en lo que en Dorpat despreciaba, y al revés; y aun todo defecto, si dependía de mi natural de artista, yo lo afirmaba como cosa de excelso valor. Era tan

<sup>2</sup> Estos dos ley-motivos no han hallado su elaboración acabada sino en mi *Conocimiento creador* (1922). Pero el segundo motivo determina ya sin lugar a dudas a mi *Schopenhauer como deformador* (1909).

por todo extremo esteta, como había sido antes por todo extremo violento estudiantón; deliberadamente era enemigo de todo asunto práctico; me mostraba hostil a toda efectiva labor; estaba orgulloso de mi flojedad nerviosa. Pero el vital hombre de fuerza operaba en mí aun con más energía en lo inconsciente; se vengaba de ser desatendido con echarme una y otra vez en perturbaciones nerviosas y en quebrantos. ¿Qué podía yo hacer, sino sacrificar mi posición adoptada? Reaccioné brutalmente; era la mía, aunque escasa, una reacción a lo *condottiero*; y me satisfizo. Tan lejos fui en esto, que en los años de mi preparación, la cual duró hasta 1911, renuncié con toda deliberación a una vida realmente personal, con la excepción de unos pequeños episodios; e hice eso cada vez en mayor grado. Me puse en ello desde el punto que reconocí completamente, cómo la tendencia a conocer y a comprender exactamente, era la que dominaba entre los valores de mí ser; aquí estaba el punto de apoyo de mi propia determinación<sup>3</sup>. Desde entonces me dirigí consecuentemente hacia la meta: a transformar el órgano de mi espíritu y de mi alma en un medio de expresión tan perfecto, que al fin fuese capaz de salvar todas las vallas de la humanidad, que no fuesen objetivamente insalvables. ¿Cómo podía yo lograr esto, si no reprimía dentro mío todo aquello que podía afectar la objetividad de mi conocimiento? No debía cederle a mi yo personal ningún monopolio en el organismo de mi espíritu y de mi alma hasta que este organismo estuviese desarraigado de todo error. Así por años enteros no me permití tomar nunca una posición personal; me entregué sin ambages a las influencias que tuve por convenientes, hasta parecer un vencido; y como ningún objeto me importaba más después que lo había asimilado, y eso solía suceder muy presto; así a menudo parecía yo desleal y sin carácter. Porque ya entonces, mucho antes de que mi instinto se comprendiese a sí propio, ya partía yo de esta hipótesis de trabajo: de que el conocimiento perfecto como toda tarea perfecta no significaba otra cosa, sino la expresión de la justa relación entre el yo real y el mundo de la realidad exterior. Esta relación sólo puede alcanzarla aquel que hasta lograr su madurez, se tenga abierto completamente a todas las experiencias e influencias; así se previene toda

<sup>3</sup> Compárese con esto lo que digo del Logos como "quicio del mundo" en el capítulo "Sabiduría antigua y moderna" de mi *Conocimiento creador*.

prematura cristalización. De esta suerte las interpretaciones absolutamente justas, y los conceptos, y las formas de expresión de la vida personal de cada uno, vendrán a formarse duraderamente por sí mismas con toda necesidad<sup>4</sup>. Si ya en el período de Viena consideraba yo al hombre ideal de la misma manera como lo he descrito en mi "Quicio del mundo": sublime por sobre todas las perspectivas posibles, y tal que todo lo sepa directamente y de modo simultáneo, porque ha de estar en relación necesaria y directa con el todo mundial. Y asimismo desde temprano estuve convencido de lo que sólo en mi "Diario de viaje" halló su teórica expresión: de que el conocimiento supone antes que todo un estado correspondiente, y con solo un aprendizaje exterior nada se puede conseguir. Ahora está claro por qué aquel período, a pesar de todas las apariencias, fué harto pesado. Yo era un asceta de rara condición: a diario y a cada hora combatía en mí contra al hombre de fuerza, y le reprimía; me estuve diez años pasivo y sólo receptivo, a pesar de cuanto hiciera entretanto. En esos años veló por mí aquel demonio, que siempre, de lo profundo, ha determinado la dirección de mi vida y se me ha aparecido como si fuese otro que yo; y con tal pedantería obraba, que en rigor no debía yo hacer más que cualquiera niña de pensionado (aunque esencialmente me ordenaba otra cosa); y al revés, tenía que pasar por otras cosas, tales como solamente podían ser emprendidas por tercios hombres de deber o por audacísimos aventureros. Era una vida violentamente unilateral la que yo llevaba, con todas las miserables experiencias que hacía posibles para espíritu. El hombre que yo era antes de haber sido influido por Chamberlain, estaba ahora del todo arrumbado y oprimido. Sólo me permití adoptar de nuevo una posición activa cuando reconocí que el proceso de mi formación estaba acabado: eso fué por 1911, mientras producía mi "Diario de viaje".

## 4

Pero no quiero adelantarme. De Viena me fui (1903) primero a París, y de allí solía pasar a Inglaterra. Le fui del todo infiel a la

<sup>4</sup> Mi concepción de lo que esto significa está exactamente desarrollada en el ya citado capítulo de mi *Conocimiento creador*, en el párrafo "De la sola manera que se debe exigir en la receptividad", tercer cuaderno de mi *Camino de perfección* (1921) y en el folleto *Lo oculto*, Darmstadt, 1923.

geología, como ya lo había sido antes a la vida de estudiante. Tenía ahora conciencia de mi barbarie de nórdico; la estimaba negativamente en absoluto; me entregué en primer término a la influencia de la románica perfección formal, practicaba su contemplación y su aprendizaje; quizá no sean muchos los que hayan estudiado a Flaubert <sup>(5)</sup>, con tanto ardor como yo; ni acogido con tanta voracidad el estilo del arte y la vida del occidente europeo; y me ejercitaba en la escritura de pequeñas composiciones (cosas literarias de ningún valor): su contenido era estético, y estaban destinadas a mi correspondencia para la prensa de Munich; y también practicaba como *causer*, rivalizando en esto con los mejores franceses de aquel tiempo. Luego comencé allí, precisamente en febrero de 1904, el "Quicio del mundo" <sup>(6)</sup>. Este libro nació en mí de repente, como suele acontecer con una improvisación al piano. Verdad que, bajo la influencia de Chamberlain, había estudiado yo a Kant, Schopenhauer y Friedrich Albert Lange; hasta había tenido íntima parte en su obra sobre Kant; y después en los períodos de frenética lectura en el Museo Británico, había leído también buena parte de toda la demás literatura filosófica; pero de la filosofía crítica no había jamás oído nada en la Universidad, y hasta allí no había tenido para mí ninguna importancia especial, ni había yo esperado jamás llegar a ser un filósofo en el sentido kantiano. Porque precisamente en el pensar sistemático era yo especialmente flojo. La especie de memoria a lo casillero de que un hombre de ciencia verdadero difícilmente puede prescindir, a mí me faltaba en absoluto; y encima de esto, por causa de mi flojedad nerviosa, me era imposible concentrarme largo rato en ningún objeto con continuidad; y eso que hasta los treinta y dos años dí en practicar los métodos Yogui. Finalmente, a tal grado dominaba en mí la fantasía sobre la tendencia a la investigación exacta, que precisamente por eso me sometí de gusto en mis años de estudio a la disciplina de la química experimental y de las mediciones cristalográficas. ¡Y ahora producía yo una obra propia y era de

<sup>5</sup> El ascetismo peculiar de Flaubert ha influido decisivamente en mi autoeducación antes descripta.

<sup>6</sup> Mis obras completas escritas en alemán, en cuanto se hallan publicadas en libro, son ediciones de Otto Reichl, de Darmstadt, y han pasado a ser de su propiedad.

filosofía crítica! Si contenía verdad o mentira, eso yo no pudiera decirlo por convicción personal: porque de mí se había desprendido, no de otra suerte que un organismo independiente. Además, en el tiempo que la escribí me hallaba yo en un estado tan esencialmente receptivo y tan desconfiado de toda subjetividad, que ni aun en mi propia creación quería yo asentarme. Pero saludé mi obra alegremente, como a una muestra de fuerza creativa existente, así como a un mojón y señal surgida de dentro: evidentemente, a pesar de todo, estaba yo predestinado a ser un filósofo crítico; aun a pesar de lo que con este libro, como ya lo he dicho antes, se pudiera alegar en contra: éste, pues, sería el marco en que mi vida tendería hacia lo ilimitado. Esta convicción me duró hasta 1911; el punto de vista cósmico que mi "Quicio" quiere adoptar; el título de "el mundo desde el punto de vista de la naturaleza", que llevaron primitivamente mis "Prolegómenos a la filosofía de la naturaleza"; el específico *tout comprendre* de la "Inmortalidad": todos estos son por igual los síntomas de lo que debía llegar a ser para mí la filosofía crítica, en el camino de aquel afán mío. Así tomó mi autoeducación otra vez un nuevo rumbo: mi ideal no era ahora el comprender en general, mas el comprender críticamente, en el sentido kantiano, cada vez que había de hacer yo violencia a mi naturaleza en su persecución. Por lo demás, así como en la etapa anterior de mi desenvolvimiento, me había hallado con Chamberlain, así también ahora me hallé con el guía necesario; y éste fué Alejandro Wolkoff-Mouromtsoff, el ruso genial, para quien en el 5º cuaderno de mi *Camino de perfección* (*Weg zur Vollendung*) he levantado un monumento. El lo fué todo en verdad, antes que un filósofo; pero era en general un crítico supremo.

Los filósofos profesionales no han tenido en mi vida ninguna importancia esencial. Por 1906, es verdad que tenía amistad yo con Simmel; y por 1910 la tenía con Bergson; pero a los dos tengo menos que agradecerles, que a los muchos políticos, artistas, y sobre todo a las mujeres con quienes he tratado en mis años de desenvolvimiento. Aun en esto soy yo artista: en que lo mío yo lo hago solo, y me gusta muy poco hablar de lo que hago, y sólo me abro a la gente que tiene otra tendencia que la que yo tengo. Pero entre 1904 y 1911 no fueron estas solas obras que publiqué, todo cuanto hice: otras cosas hice en este tiempo, y otras varias me acaecieron.

Primero me enfermé, después de haber acabado mi "Quicio" (en marzo de 1905); y fué aquello tan grave, que mi convalecencia fué verdaderamente el comienzo de una segunda vida. Después, con la revolución rusa de 1905, perdí por vez primera mis bienes; aunque eso fué sólo en mi fantasía; pero para mi conciencia no fué menos real; pues por entonces yo no tenía relación alguna para con la realidad práctica; me hallaba del todo indefenso delante de ella, por cuanto desde el punto de vista que entonces tenía, sólo sabía estimar al mundo como a un reactivo; por lo cual desde el principio me avine a no intentar de ninguna manera recobrar ya nada de lo que perdiera; y cuando lo tuve de nuevo sin yo buscarlo, acepté lo heredado como se acepta un obsequio; pero así viví dos años en la imaginación de una completa pobreza; experiencia que me vino muy bien. En el año 1906 hice una tentativa para habilitarme en la Universidad de Berlín: Dilthey me asistió calurosamente; pero la cosa acabó en que fuí rechazado por Riehl con congratulaciones, pero de una manera tan cortés como decidida (\*). De 1906 a 1908 viví en Berlín; pero no sin interrupción; porque por entonces hice varios viajes, entre ellos el viaje a Grecia, que para mí fué de lo más importante. En Berlín escribí mi "Inmortalidad". Esta obra debe su creación a un impulso recibido por mí en la playa de Anzio una tarde estando yo en un estado medio visionario; recuérdese la imagen de la ola al final del libro. Todo el invierno entre 1905 y 1906 lo había yo pasado en Italia. Por esto esta obra me es la más cara entre las obras de mi juventud; porque expresa en mí el primer despertar literario del presentimiento metafísico, aun cuando sea en sí misma una labor puramente fenomenológica. En el otoño de 1907 di un ciclo de conferencias en la Universidad de Hamburgo,

\* Quizá convenga aquí recordar también brevemente las relaciones que después tuve que negarme a ir, porque ya entonces me había creado el cuadro de mi acti-Hamburgo. En 1920 fuí uno de los propuestos en las universidades de Colonia y de Kiel. Por lo que hace a la de Kiel, se me propuso de manera oficial al ministerio. Por lo que hace a la de Colonia, que yo sepa, fuí un candidato entre otros que se mencionaban. En 1921 me llamaron para que fuese a Viena; pero tuve que negarme a ir, porque ya entonces me había yo creado el cuadro de mi actividad. Desde entonces las relaciones de los profesores universitarios conmigo se van haciendo tanto más amistosas cuanto mejor entienden que nuestras respectivas actividades pertenecen a distintos dominios.

que por entonces era libre; en 1910 publiqué en libro ese ciclo, bajo el título de "Prolegómenos a la filosofía de la naturaleza". Esta obra es la única mía que responde en mi entender al criterio y principios que se deben aplicar a una labor de veras científica. Eso sin contar algunos de mis tratados breves, entre los cuales quiero poner de resalto el que he escrito hace poco "de la adecuada posición frente a lo oculto", editado en el volumen colectivo titulado "Lo oculto", Darmstadt, 1923. Por eso mis "Prolegómenos", siendo lo que son, no expresan sólo un estado temporario: resisten una progresiva mutación desde puntos de vista objetivos. La publicación de 1910 llevaba ya mucha ventaja a la de 1907; pero con ella no lo doy todo por acabado; alguna vez, acaso allá por los cincuenta, retomaré este ciclo, y añadiéndole algunos nuevos capítulos, de esos que ya en 1920 una vez aboceté, ampliaré así la obra, de manera que abarque todas mis ideas críticas filosóficas; y esa será entonces mi última palabra en lo científico. (Hasta entonces no volveré a editar este libro). En 1908 recibí el fundo heredado y me asenté en Rayköll. Desde entonces me ocupaba buena parte del año en la administración rural y forestal, y en inaugurar los cultivos. Entretanto, viajé mucho, contraí relaciones personales con aquellas personalidades espirituales de Europa, que me interesaban, o continué las relaciones que ya tenía: mis relaciones con Bergson y con Simmel, con Walter Rathenau, Gustave Le Bon, Max y Alfredo Weber, Boutroux, F. C. S. Schiller, Bertrand Russell, Haldane, Balfour, Benedetto Croce; escribí de todo; por ejemplo, los más de los trabajos breves que recientemente han aparecido juntos en mi "Filosofía como arte", "Schopenhauer como deformador", los tres tratados puramente científicos de la "Psicología de los Sistemas", la "Esencia de la intuición y su oficio en la Filosofía" (impr. en Logos 1, 1910|11, cuaderno 3, y Logos 111, 1912, cuaderno 1) y la comunicación al tercer Congreso Internacional de Filosofía sobre "La realidad metafísica" (Bologna, 1911). En febrero de 1911 di otra vez conferencias en la Universidad libre de Hamburgo; esta vez fueron sobre un tema de historia de la filosofía: el progreso de la filosofía en el curso de su problemática. En marzo propuse en Bologna la comunicación dicha, en una de las sesiones plenarias. La enumeración que aquí he hecho de mis tareas suena a miscelánea; y a mí, con todo eso, me fué dominando cada vez más

un sentimiento de descontento que no cesaba, mas antes crecía; y era en mí hasta como un vacío. Yo sentía cada vez con mayor claridad, de año en año, que todo lo que había hasta entonces hecho, y todo lo que estaba haciendo; que todo eso no era lo que yo debía hacer en verdad; que todo eso no era para lo que yo me sentía destinado, para lo que yo no sólo me había estado preparando desde hacía años, mas me estaba preparando todavía. Si era verdad que en mí el poder se acrecentaba, también era verdad, por otra parte, que cada vez se hacía más automático. Mis mejores producciones, que aun con ser tales, por lo demás, no me satisfacían, ni de lejos, me dejaban interiormente frío. Para mí no eran sino las inevitables fases de la faena de un hombre esencialmente activo, el que no podía estarse quieto mucho tiempo, aun allí donde en rigor sólo esperaba y recibía. No ofrecían en ningún caso una genuina expresión del ser. El hacer filosofía crítica estaba para mí evidentemente en el mismo plano que mi talento musical o mi talento plástico: cualidades en que mi familia cifraba allá por mi niñez esperanzas grandes, pero yo en todo tiempo me negué a desarrollarlas, pues sentía que nunca servirían a mi ser de vehículo expresivo. Mi ser. . . Pero, ¿no le había yo reprimido diez años largos? ¿No venía al cabo mi descontento, de haber yo perdido la conexión con mi ser? Muerto no estaba, seguramente; de eso daba testimonio la presión interior, la que en las honduras de mi ser, cuanto más pasaba el tiempo, más se hacía sentir o se manifestaba en explosiones, o se recogía en sí por todo extremo. ¿Era llegado el tiempo para mí, de ser yo personalmente? Una frase de Simmel, de los tiempos de Berlín, me preocupaba nuevamente: usted escribirá todavía muchos libros, y hasta buenos libros; pero no es eso lo propio de usted: eso usted solamente lo puede hacer. Su genuina tarea a mí me parece que está en ofrecer alguna vez un Ser! Un ser. . . Verdaderamente, era eso, un ser, lo que desde los tiempos de Dorpat, por lo menos no había yo expresado con conciencia; antes había yo estorbado en lo posible o desviado interiormente todo resultado maduro de mi subjetividad como tal. De repente, fué como si de los ojos se me cayeran escamas que antes no me dejaban ver: mi propósito técnico ya lo había alcanzado en la medida que yo lo podía alcanzar; ese incesante estar franco a todo de todo mi ser, hasta los treinta años de mi vida, había producido la deseada síntesis de mi diversidad

mudadiza, para la cual ninguna forma y hechura era en el fondo irrealizable, y la había dado un sentido unitario en un plano más elevado, con el cual ahora se manifestaba mi conciencia normal y unitaria. Yo no necesitaba más que volverme a mirar desde este punto de vista mi ser, mi comprender y mi obrar de los últimos diez años, para estar seguro de ello. En tales circunstancias, no era maravilla que me sintiera descontento: según yo, desde antes estaba aparejado, en mí no acontecía nada de nuevo; yo me conducía como quien continuase aprendiendo de memoria un trozo ya sabido exactamente. De esta consideración, resultó por sí sola mi nueva tarea: ahora debía yo crecerme personalmente en mi cuerpo espiritual y en mi alma que había preparado tanto tiempo y con tanto cuidado. Yo había negado al hombre primitivo de mi niñez y de mi juventud. Desde entonces, en un sentido personal, yo en rigor no había sido yo. Ahora debía regresar; y como no había sido todavía nada en rigor si no era mí yo infantil, así había de sonar ahora para mí nada menos que la hora de mi principio y origen. Sí, sólo ahora había de comenzar en mí ese proceso que para casi todos los hombres se cierra con los veintiún años. Lo demás resultó de mi esencial disposición artística, al mismo tiempo que de la extrema disposición vigilante de todo mi ser; lo que me hacía acabar deliberadamente y de grado toda mutación. Reconocí que en mi caso el camino de un principio original sólo podía ser por una creación espiritual; primero había de sacar afuera un ser, y luego conquistarlo para mí. Y presto se me ocurrió también la forma en que había de hacerse la cosa con más felicidad: había de servirme como medio de expresión de mi ser personal un viaje mundial, el que naturalmente operaría en mí registrables mutaciones. Yo sentía que mientras tomara colocación internamente con referencia a este designio espiritual, mi ser tomaría con la mayor seguridad posesión total de sus medios expresivos. En octubre de 1911 me embarqué en Génova. Al cabo del año estaba de vuelta en Rayköll. Pero no me comprende en nada el que juzga importantes estos datos, ni otro dato alguno material de mi viaje por el mundo. Claro está que no hubiera yo podido penetrar en las culturas extrañas si no las hubiese conocido; pero jamás lo que en sí me importé fué esa o aquella cultura; por la India o la China en sí jamás me interesé en particular. Mi viaje por el mundo no lo emprendí con otro sentido que con el que se

estudian los materiales para una novela que ya se ha concebido; o con el sentido con que uno se somete a una cura acerca de cuyos efectos se tiene rigurosa noticia de antemano. Lo que a mí solamente me importaba era experimentar para mí, y luego mostrar cómo un espíritu arraigado a bastante profundidad en su yo, mientras va de viaje redondo por el mundo, sólo gira en torno a su propio eje: en circunstancias dadas todas las lenguas espirituales y todas las almas le suenan naturalmente por igual. Cuando empecé estaba yo virtual y potencialmente en estado de ver a través de las diversas culturas, religiosas y filosofías, que para los más son las últimas instancias: de filósofo crítico había bajado más hondo, a ser filósofo de la significación y el sentido. Pero sólo tomé conciencia plena de mi estado después de haberme esclarecido teóricamente su sentido: sólo entonces podía mi estado tener efecto empírico y así hacerse creador. El Logos es para nosotros los hombres el quicio del mundo; sólo donde hemos comprendido, allí somos dueños de nuestra naturaleza y de nuestro destino<sup>8</sup>. Y ese estado mío no podía yo exponerlo de manera que a los otros persuadiese, si antes no hallaba la específica forma para esta exposición; porque sólo la expresión exactamente ordenada ayuda al sentido de la cosa a realizarse<sup>9</sup>. Reconocía con previsión que tal expresión sólo iba a hallarla en un posible diario de viaje. El plan ya estaba concebido antes del viaje, y determinó mi posición durante el viaje día y noche; su elaboración abarca los años de 1912 a 1918, por más que ya en 1914 todo estaba acabado, hasta los capítulos a partir del Japón. En esta obra he trabajado como no había antes trabajado en ninguna otra; he suprimido capítulos enteros, he compuesto capítulos nuevos, he entonado el todo, y lo he afinado una y otra vez, conforme a puntos de vista musicales; porque toda su diversidad debía ser para esto solamente: para expresarme a mí mismo. Así que esta obra no significa realmente otra cosa, sino el proceso artísticamente concebido de mi propio principio original. De ahí el efecto de esta obra; que de otra suerte no se explica. Sólo con esta obra he nacido yo como personalidad. En esta obra mi poder alcanzó congruencia con mi ser. De ahí también la infinita dicha

<sup>8</sup> *Conocimiento creador*, edición alemana, págs. 261, 273, 312 y 324.

<sup>9</sup> Ver la misma obra, pág. 250.

que el proceso de su creación mantuvo sin cesar vivamente en mí. Yo sentía que hasta allí había vivido en realidad y estrictamente para venir a hacer este diario de viaje. Creía haber alcanzado la meta de mi afán. Y sólo ahora comprendo el verdadero sentido de mis obras críticas de antes: debían despejarme el camino. Claro está que lo que la ciencia puede aprehender, debe ser determinado exactamente. Pero la ciencia no es nunca la última instancia, ni puede ella serlo: sólo atañe a los medios de expresión de la cosa que importa esencialmente<sup>10</sup>.

(Concluirá).

(Traducción de Julio Fingerit.)



<sup>10</sup> Este pensamiento está precisamente desarrollado en mi *Conocimiento creador*.

EL CLERIGO Y LA  
CORTESANA

R. CANSINOS-ASSENS

ANVERSO



ENTRE el torbellino de la gente, en el crepúsculo de mayo, terrible, inverosímil, la visión de aquel sacerdote de Cristo, de aquel sátiro ensotinado y viejo, con un nimbo de cabellos blancos, ornándole de santidad las sienas y un olor a incienso antiguo en sus ropas talares, de aquel sacerdote viejo como San Pedro, que seguía las huellas de aquella mujer joven, tan moderna y desnuda, fragante toda ella a las mirras profanas.

Terrible el drama clerical de aquella tentación surgiendo, surgiendo intempestiva para turbar la paz forzosa de una pobre alma de sacerdote viejo, con la complicidad de una moda que deja al descubierto las piernas recobradas de las mujeres, de una tarde de mayo, demasiado cargada de enervantes aromas y de unos cantos pueriles de inocente pasión a la Virgen María en los templos floridos.

Yo, caminando por acaso a la zaga del pobre clérigo enlutado, tras la mujer hermosa, cuyo brillo enturbiaba con su noche precoz, sentía claramente su alentar de agonizante y el crujir de sus vértebras, tronchadas cual las de un Cristo indigno en la cruz de aquella lujuria miserable.

Ella, deslumbradora, de una belleza barnizada hasta los pies, con una sonrisa de mujer experta que conoce el efecto del proyectil de su hermosura, que sabe sobre todo, qué cosa de fatal maravilla puede ser para los ojos de un clérigo viejo que bebe cada día el afrodisíaco de la continencia, dejaba que él se le acercase, que su sotana oscura

rozase un momento, eclipsándola, su desnudez de aurora, en una tangencia prodigiosa y fugaz y luego se alejaba ligera, sonriendo, describiendo unas curvas, torturadoramente fáciles para ella, pero imposibles para el pobre sacerdote de Cristo, que no podía seguirla.

El no podía seguirla como cualquier hombre; se lo impedían sus hábitos negros y sus cabellos blancos, se lo impedía aquella tonsura que, a semejanza de una luna agrandada por el tiempo, se le asomaba por debajo del chapeo clerical. La seguía cauteloso, fingiendo mirar a otra parte, mascullando palabras inconexas de hombre distraído, de clérigo que acaba de memoria su breviario, pero sin dejar de espiarla un instante, con el temor de perderla entre la gente. ¡Tortura inenarrable! Iba torcido de deseo y de vergüenza, luchando con el hechizo de aquella mujer impura a la que en otro tiempo acaso hubiera podido enviar a la hoguera y que ahora escapaba a su jurisdicción.

Y, sin embargo, irresistiblemente atraído por su hechizo, hallaba modo de acercarse a ella, maniobrando cauto entre la gente y de murmurar a su oído, sin mirarla, sin bajar la cabeza, rígido como un crucificado, quién sabe qué palabra cínica y humilde a un mismo tiempo, qué inaudita plegaria que le ponía lívido el semblante y lo envejecía definitivamente, en vez de rejuvenecerlo. Una palabra sola, ni eso siquiera acaso, que la congoja del deseo no le dejaba fuerzas; su solo aliento de agonía sobre la cara de la hembra!

Momento pavoroso aquel en que la negra sotana cubría aleteando el vivo colorín de la mujer y ésta parecía dejarse envolver convenida por aquella sombra de cruz. ¿Iría a consumarse el sacrilegio? El templo católico se estremecía en aquel instante; menguaban las áureas luces del altar, afluía la sangre a las llagas de Cristo, mustiábanse las azucenas en los grandes jarrones y la Virgen María lloraba de dolor, como una madre abandonada que fuese al mismo tiempo una mística esposa.

¿Iría a consumarse el sacrilegio? Y yo mismo sentía el impulso de interponerme entre los dos, de arrebatarse al clérigo su presa para librarle del pecado, sacrificándome por él en el rito lascivo, o de arrastrarle por un pico de su manga y llevármelo lejos de allí, hasta una plaza solitaria, donde el aire frío de los desiertos le despejase la frente y le hiciese acordarse de la misa del otro día.

—¡Sacerdote! ¿Y tu misa de mañana? ¿Cómo podrás alzar los

ojos hasta el Cristo y su madre? ¿Cómo sobre el blanco mantel del místico convite colocar tus manos impuras? ¿Cómo partir la hostia inmaculada con las mismas manos que consagraron la carne desnuda de una hembra? ¿No sabes que todo gesto tuyo es sacerdotal y cada contacto tuyo consagra?

¿Iría a consumarse el sacrilegio? Pero no; ella, clemente, piadosa, pues le conservaba, a su pesar, la santidad, sorteaba, sonriendo, sus acosos y salía siempre indemne de aquellos círculos mágicos en que su sotana la envolvía. Lo respetaba como al sacerdote, que absuelve y unge los pies amarillos de los agonizantes; era para ella una cosa demasiado grave y aunque dejándose desnudar por sus ojos, huía de sus manos que cada día inmolan al Cordero.

Comprendiva y buena, tenía piedad de él y no marcaba ese respingo que lo habría denunciado a la muchedumbre ni lanzaba ese grito de mujer ofendida y escandalizada que hubiera entregado a la chacota y el ludibrio aquella lujuria medieval del pobre sátiro ensotado y vergonzante, ministro de un culto de amor, condenado a aspirar sin embriagarse el fuerte aroma a cinamomo y a canela del Oficio Parvo.

Ella se dejaba abrasar en el inofensivo auto de fe de sus miradas y parecía comprender hasta qué punto era deseada de aquel galante Inquisidor. Sus ojos desenchajados, su cara lívida, se lo declaraban. ¡Oh, en qué mujer más maravillosa la transformaba su deseo de años! Yo lo miraba a él, para verla a ella magnificada por ese deseo de un hombre que cree, aunque por momentos lo olvide, en el infierno! ¡Qué prodigiosamente bella la veía él, qué absolutamente irreprochable, sin una mácula, sin ningún defecto! ¡Cómo la deseaba, con qué furia, con qué pasión total! Corifeo de devotos ritos, allí mismo hubiera hincado ante ella la rodilla, le hubiera besado los pies, se los hubiera lamido como un perro; si ella, para ahuyentarlo, le hubiera enseñado un paño rojo — al modo de Hipatía — él lo habría enarbolado como un lábaro. ¡Todo en aquel instante era un afrodisíaco para su deseo, en aquella falaz inminencia de la posesión!

Pero ¿y si ella, aviniéndose a oírlo, lo hubiera conducido a alguna casa de portal en penumbra y llevado al retiro discreto que su impaciencia reclamaba? ¿Qué habría hecho el pobre sátiro caduco? Viejo, lleno de timidez, desacostumbrado a la caricia, quizá toda su ansia se habría desvanecido en gesto único y torpe, en un solo contacto

que lo habría dejado exámine, caído en los umbrales del paraíso carnal, sin fuerzas ya para recorrerlo, extenuado y contrito, musitando a toda prisa exorcismos, protestas de arrepentimiento, sollozando, golpeándose el pecho a los pies de la hembra que sonreiría burlona de esa amargura del fugaz placer varonil, tan sabida de ella, que habría servido a tantos ese opio de embriaguez tan efímera.

O acaso, acostumbrado ya a esos lances, hábil en mistificar lo profano con lo divino, la habría adorado lentamente como a una Madona, haciendo una misa del acto natural, sazonando sus caricias con versículos del Cantar salomónico, hallando una latina metáfora para cada encanto íntimo descubierto por sus manos sabias en aquel cuerpo de ninfa.

Pero no; su lividez, su temblor delataban su ingenuidad y lo súbito e insólito de aquella tentación. Su placer hubiera sido explosivo y trágico; un gran abrazo torpe, seguido de sollozos y contriciones, de grandes golpes en el pecho y una prisa angustiosa por huir; y un gran pavor luego, una aprensión inconsolable de sentirse leproso y esa amargura de pensar. — ¡Ni la vejez te libra del pecado, hombre réprobo, mal ministro de Dios! — Y el recuerdo fulminante de esas palabras de San Jerónimo, surgiendo materializadas ante sus pobres ojos, subrayadas, biseladas por el espanto: *Mors stipendium peccati*.

Todo eso se adivinaba en el modo tortuoso con que seguía a la mujer, en la demudez de su rostro, en aquel miedo visible a que ella lo aceptase. Pero ella fué clemente; y, equivándolo ya de un modo definitivo cuando su paroxismo se hacía intolerable, perdióse para siempre entre la multitud. Con los ojos atónitos, él la buscó un momento, quiso recuperarla, escudriñando el gentío con su mirada de inquisidor, corriendo de un lado para otro en un revuelo azorado de sus ropas nocturnas. Pero todo fué inútil; ella se había perdido para los dos, para él y para mí, ángel de la Guarda acaso, ocasional y transeúnte. Un rato aún la buscó afanoso; luego renunció definitivamente a ella, se limpió de la frente su imagen con el ancho pañuelo, recogió los pliegues de su negra sotana y se fué él también, recto, ligero, sin mirar ya a ninguna mujer, con la tristeza y el orgullo de haber triunfado de la tentación, sin mirar ya a ninguna hembra, pues aquélla con su fuerte hechizo lo había anestesiado para mucho tiempo.

Y mientras él se alejaba del lugar del peligro, yo también me sentía triste y al par poseído de triunfal dulzura. ¡Melancólicos júbilos de la castidad!

—Esta noche —pensaba — volverá a poseerle íntegro la costumbre del lecho solitario, que le parecerá más suave que nunca y en el que lo dejarán blandamente dormido, como puras nodrizas, las preces musitadas. Dormirá con la imagen de la mujer hermosa que le sonreirá sin pecado en el sueño, transformada en un ángel o en un amigo blanco e inocente del Seminario, y a la mañana se despertará con una vaga alegría de adolescente y una filial ternura que lo conducirá dócil y fervoroso al consabido rito maternal de la Madona.

Entonces, al recordar la tentación vencida, temblará de espanto ante la idea de haber rayado el cristal de sus horas opacas con aquel diamante vivo; ¿cómo hubiera podido encajar en el pobre marco de su austera costumbre la fastuosidad de aquel recuerdo? ¿Y si el vicio se hubiera apoderado de él, incitándole a reunir un collar de tales recuerdos onerosos? Su carne cansada sentirá gratitud a la mujer clemente que no quiso arrastrarlo al pecado y acaso rece en la misa por ella, confuso y admirado de deberle su virtud a una cortesana.

Luego serán las efusiones lacrimosas, los reproches contritos y el decirse a sí mismo en soliloquio ardiente:

—Indigno sacerdote, que sirves a una Dama de celestial belleza, superior a todas las mujeres y a todas las diosas de la antigüedad, ¿cómo pudiste fijar un instante los ojos en una humilde y perecedera criatura de este mundo? ¿Qué es lo que deseas y a qué estuviste a punto de sacrificar tu castidad? ¡Al goce vil de unas caricias amargas y venales! Pero si pusieras en tu vida el fervor de los santos, ¿no podrías esperar de esa augusta Señora mercedes de un precio incomparable? ¿No podrías merecer que Ella un día te mostrase su pecho como a San Bernardo y te diese a gustar la ambrosia de su leche dulcísima? ¿Y el soñar esto solamente no vale infinitamente más que la vulgar delicia de ese opio carnal que no tiene otro encanto que el instante en que se nos ofrece en su cáliz ornado de gemas y que tan pronto hace sentir la náusea? . . . Amemos, amemos siempre hembra, pues aquélla con su fuerte hechizo lo había anestesiado con lirios vayamos a María!

## REVERSO

Tal pensaba yo y esa idea del sacerdote restaurado sobre las ruinas del sátiro vencido, me era indeciblemente jubilosa; y con triunfales acentos repetía, repetía: ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Ha salvado su misa de mañana!

Pero luego, en la noche, ya superada la congoja del drama clerical que yo había vivido por reflejo, con una complacencia misteriosa he sonreído a la posibilidad de aquella unión del hombre tonsurado con la mujer pecadora y la he visto como algo maravilloso, como la reconciliación de dos Iglesias, como la anagnórisis final de dos amantes extraviados.

Aquello hubiera sido algo fausto y magnífico; el pecado ungido con aromas de santidad, la cópula del fauno ennoblecida en rito, la anulación venturosa del veto que pone triste al eclesiástico, al pie de las aras floridas. ¡Cómo hubiera sido de triunfal la recuperación de la hembra por aquel viejo sacerdote trocado en Patriarca de la antigua ley! ¡Cómo hubiera brillado sobre el desierto rubicundo de la mujer desnuda el plenilunio de la tonsura clerical! ¡Qué aromas de incienso hubieran desprendido los manteos desplegados! ¡Qué viejos latines de sátiro o de Pontífice hubieran brotado balbuceantes y vitalmente estremecidos de los labios sacerdotales!

Toda la teología católica habría retrocedido hasta su origen, súbitamente paganizada; porque sólo la mujer es lo que separa a ambos cultos y ella es la manzana que falta en los vergeles eclesiásticos para que sean de nuevo la antigua selva pánica y florezcan y ríen y para que el ázimo de la nueva ley tenga el sabor de la carne viva!

Inmenso habría sido el instante en que el viejo sátiro tonsurado hubiera acogido entre sus brazos a aquella hermana de las ninfas antiguas y la hubiese besado con sus labios que cada día besan la Forma consagrada, reconciliándose con ella por encima de un abismo de siglos y de una montaña de vetos. Solemnidad insuperada del instante en que ángeles y amores se hubieran reconocido y abrazado.

El presentimiento de todo esto era quizá lo que asustaba, con su magnificencia agobiante al anciano presbítero; y acaso también lo que intimidaba a la pecadora, retrayéndola del alcance de aquel viejo digno del Apocalipsis, aunque pareciese complacerla su persecución

## EL CLÉRIGO Y LA CORTESANA

lasciva. Era un amante demasiado serio e imponente y acaso no se juzgase digna de ser tocada por sus sacras manos o temiese perecer en el convulso abrazo de aquel apasionado Inquisidor; no se sentía con fuerzas para representar con él aquel sumo misterio de la reconciliación de dos religiones y de dos bandos de dioses y de diosas.

Y, sin embargo, nadie más que él debía haberla atraído; él que llevaba en su tonsura un signo lunar y vestía las ropas talares de los antiguos sacerdotes paganos; él que hubiera podido hablarle en el latín erótico de las oraciones, hermano del de los madrigales y celebrar con ella una misa íntegra, consagrándola hostia viva y ázimo natural! ¡Con qué fervor el viejo sacerdote, habitualmente nutrido con el insípido pan de los altares, hubiera alcanzado la Forma carnal y sorbido aquel vino de sangre! ¡Con qué avidez habría refrescado sus áridos textos en aquel río de vida! ¡Qué júbilo indecible el suyo, al sentirse por un momento, gracias a aquel contacto, sátiro de la selva y sacerdote de la Iglesia católica, fauno asistido de poderes teocráticos!

Bien hubiera valido tal instante todas las contriciones póstumas, todas las penitencias y expiaciones, fáciles por otra parte para los recursos de su teología y para las mil argucias de su casuismo clerical. Algún ayuno, alguna maceración suave. . . y a cambio de eso ¡cuánto le habría durado la dulzura de aquel rito pagano! ¡Y el placer de sufrir bajo la tiara regia y papal de aquel recuerdo!

Pero — horror de la aventura — él era acaso demasiado viejo para afrontar lo inusitado e introducir una hora nueva, una intrusa de rostro terso en sus costumbres; demasiado viejo para reformar su breviario y alterar sus liturgias. La costumbre lo reclamaba dulcemente tiránica para una fácil santidad y fué bien que esta noche pudiera dormir como todas en su aposento solitario, en su blanco lecho, estepa de inmutado paisaje, con el placer inocente de haberse salvado de una catástrofe hipotética y repitiendo para consolar sus posibles nostalgias, esta frase terrible:

—*Mors stipendium peccati!*

SOBRE EL DIFUNTO  
COSTA ALVAREZ

AMADO ALONSO



OMO yo mismo fui quien le di el sencillo pinchazo (1) que le produjo aquel fatal estallido de globo infantil, espero no ser ahora sospechoso si me decido a salir en defensa del finado. (Una voz fantasmal: —*Los muertos que vos matáis. . .*).

Verdad que a la llegada de filólogos extranjeros aquel hombre se revolvía con el odio santo con que el curandero acoge a los primeros médicos.

En un principio aquella parecía actitud de baratero, dispuesto a cobrar el barato por el procedimiento del compadreo, habitual en tales sujetos, a todo el que se dedicara al juego de la Filología. Pero luego se adivinaba la verdadera causa, mucho más digna: lo que pasa es que Costa Alvarez era un exacto conocedor de las limitaciones propias y ajenas; y no sólo declaró modestamente que, exceptuando él, no existía ningún otro filólogo nacional, sino que, llevando su humildad más adelante, se dió cuenta cabal de que sus productos no podían competir en calidad con los extranjeros y, en consecuencia, lo único que pedía era unos aranceles proteccionistas. Sólo la ruin suspicacia ajena ha podido ver un hambre desesperada de puestos rentados donde no había más que abnegado patriotismo. (Nada desvirtúa nuestra reivindicadora interpretación de la xenofobia del finado, el hecho—por lo demás, sujetable todavía a una rigurosa investigación—de que Costa Alvarez naciera en los trópicos brasileños. Nuestra lengua, que Costa Alvarez aprendió a hablar de modo bastante pasable

<sup>1</sup> *La Filología del señor Costa Alvarez y la Filología*, SÍNTESIS, 1929.

para no ser la suya propia, le advirtió: *No donde naces, sino donde paces.*)

No se vaya esto a interpretar como debido a un propósito mío unilateral de cubrir—ahora—de fáciles alabanzas el recuerdo del finado. No. La justicia es el mejor tributo. Yo mismo demostré que en cuestiones de Lingüística y Filología, en todo el aspecto científico del lenguaje, Costa Alvarez exhibía una ignorancia químicamente pura. Es más: en Gramática, campo que por la especial pobreza de nuestros textos se presta a un facilísimo lucimiento a cualquier traductor, el pobre Costa Alvarez no hizo mejor papel. Un ágil escritor que nunca ha pensado en especializarse en estas cuestiones, José Gabriel, le dió una amistosa lección en cada uno de los puntos comentados. Ni siquiera tuvo suerte Costa Alvarez en sus ataques a la Gramática de la Academia, la cual, como todo el mundo sabe en secreto, entre muchas cosas satisfactorias introduce pedagógicamente errores conscientes a fin de que ejerciten su vocación los aficionados a la *gramatología*. (No quiero adornarme con plumas ajenas: la palabra fué fabricada, quizá traducida, por Costa Alvarez.) Nuestro gramatólogo, poniéndose a sorprender a la Academia en renuncios concretos, después de los sabidos insultos generales, le decía (pág. 270 de su libro) que no es verdad que exista en español el plural *unos* (no del numeral *uno*, sino del indefinido *un*: que no es español decir *unos hombres*, *unos días*, etc.). O se espantaba de que para la Academia un pronombre pudiera ser *adjetivo* o *sustantivo* (pág. 271). Pero no era por maldad: es que en toda su larga vida había tenido tiempo de darse cuenta de que las palabras *adjetivo* y *sustantivo* son dos adjetivos aplicables por separado a *pronombre*, como *comprensivo* e *incomprensivo* pueden aplicarse a *bibliotecario*, por ejemplo. (Si alguna vez se hubiera arriesgado a pensar por su cuenta, prescindiendo por un momento de aquella modestia que tanto le perjudicó, no hubiera dejado de extraer alguna consecuencia de la observación de que contestamos: *El "mío"*, a la pregunta *¿qué ejemplar le has prestado?*, y en cambio decimos: *Le he prestado "mi" ejemplar.*) Y así mil otras aventuras en que la suerte no le acompañó.

Concedamos también que su prosa es pecado de que difícilmente le habrá perdonado Dios. Rechinante de engranajes mohosos; eructiva, de modo que a cada paso obliga al lector a apartar la cara;

con un empleo vagamente aproximado de las palabras, cuando no enteramente errado; con una pobreza de giros sintácticos, constantemente repetidos, que hace pensar a uno en los rictus fisiológicos. (Si el lector tiene a mano una página de Costa Alvarez, recórrala con los ojos: ahí dice dos veces: *Y de ahí que.*)

Pero protesto indignado contra la acusación que se le hace de haber tenido mala fe. Si me arrojó en rostro, como la más grave de sus acusaciones, mi juventud—un defecto que espero corregir con el tiempo—es porque, a la edad que Costa Alvarez tenía entonces, se habla ya de "ese muchacho" refiriéndose a ciudadanos de 50 años.

Podía yo haberle replicado que si él me vió demasiado joven aún, yo lo veía demasiado viejo, ya "gaga". Pero ¿chocho Costa Alvarez? Lo dudo. Yo veo una perfecta trabazón entre sus pasiones (no me duelen prendas: confieso que tratándose de Costa Alvarez es impropcedente hablar de ideas): él odió a los filólogos y a los jóvenes porque no tenía juventud ni filología.

¡Protesto de que haya tenido mala fe! Si me acusó de falta total de iniciativas, no fué, no, de mala fe, sino porque nadie se creyó en la obligación de comunicárselas. Y como Costa Alvarez había oído una vez a algún filósofo idealista (él no leía estas cosas abstrusas) que los objetos no existen más que como representación de nuestra mente, dedujo en esa ocasión que tales iniciativas no sólo no existían, sino que no podían absolutamente existir, porque, en efecto, le era a su mente en absoluto imposible representárselas. Alguna vez me asaltó la duda de si sería caritativo informarle de todas y hasta esforzarse uno por enterarle, para la justa comprensión de ellas, de qué cosa es la Lingüística (el pobrecito murió sin sospecharlo siquiera). Pero, convencido de la inutilidad del esfuerzo, mis pujos caritativos desaparecieron.

No. No creo en la mala fe de Costa Alvarez ni aun la vez que aseguró que yo no daba conferencias, en el mismo periódico que anuncia todos los viernes el tema de la que ese día doy en la Facultad de Filosofía. Protesto de que Costa Alvarez haya tenido mala fe al propalar que en el Instituto de Filología no se trabajaba. A Costa Alvarez hay que interpretarle según su específica mentalidad. Y los lectores han sufrido un error de interpretación. En *La Filología del señor Costa Alvarez y la Filología* probé cómo para nues-

tro hombre una ley de lenguaje no existe mientras ejerce su imperio en el uso que de la lengua hacen los parlantes, sino que nace exactamente el día en que un gramatólogo la publica. Y no haya ahora un nuevo error de interpretación: no es que Costa Alvarez se refiriera a las fórmulas con la palabra que suele designar las fuerzas efectivas que actúan sobre el lenguaje, no. Se refería a esas fuerzas mismas que no empiezan a existir hasta el momento de la promulgación de las fórmulas y como consecuencia de ellas. Costa Alvarez creyó toda su vida que la Tierra comenzó a girar el día en que Copérnico lo dijo. Pues bien: para aquella singular mentalidad no se está trabajando mientras se reúnen y elaboran los materiales necesarios, ni siquiera mientras se batalla con la imprenta durante la difícil impresión de los estudios técnicos; para aquella cabeza se empezaba a trabajar el día en que el tomo sale a las librerías. Justamente el día en que se deja de trabajar.

No. Mala fe no pudo haber. El pobre no daba más de sí.



POEMAS DE  
CONTEMPLACION (\*)

JOSE MARIA  
MONFORT

I

VIENTO

*Clamoroso, cobarde, arrebatado,  
el bosque se arrodilla  
y en una triste imploración se humilla.*

*¡Tú, bosque! ¡Siempre tan encaminado  
al azul de la altura,  
te contraes en mueca de tortura  
y cruje en horrisono lamento!*

*Pues la ira de Dios ha desatado  
contra tu excelso, tu fecundo aliento,  
el implacable ejército del viento,  
¿cuál será tu pecado?*

\* JOSÉ MARÍA MONFORT, poeta de honda subjetividad, es autor de un libro de versos: *Por la senda solitaria*, que ha obtenido en diversos campos latente repercusión. Sin comulgar en extremistas capillas literarias, se mantiene con firmeza en la ruta que se trazara desde sus comienzos, con noble y creciente afán de perfección, no acatando más dictados que los de su espíritu y sus sinceros anhelos de arte. Aunque reside habitualmente en Sevilla, cuya alma ha sabido interpretar a través de sentidas páginas en prosa y en verso, es oriundo de Barcelona, la bella ciudad condal, toda inquietud, toda avance y toda progreso. La selección con que se inicia Monfort en nuestras páginas, forma parte de un nuevo libro próximo a terminar, que lleva por título: *Poemas de contemplación*.—N. DE LA D.

*Será aquel pino-rey que alto descuella  
y sube, sube y sube  
por ceñirse una nube,  
por prenderse una estrella. . .*

*¡Ay, que ya cae su corona rota!*

*Será aquel sauce que la cifra encierra  
del desdén al vivir y hacia la tierra  
tiende a volver, negando hasta un murmullo. . .*

*¡Cómo le hace vibrar! ¡Cómo le azota!*

*¡No del pino el orgullo  
ni del sauce el desmayo!  
Justo es del viento el imperioso rayo.*

*¡Mas no!, que allí un olivo que, tenaz  
en su ferviente empeño  
de dar su fruto y mantenerse en paz,  
nunca quiso dejar de ser pequeño,  
¡yace también en lastimoso haz!*

*¡Y un roble — paladín de fortaleza —  
es, ya caído, miserable leño!*

*¡Un álamo — canción de gentileza —  
muere al ver mutilada su belleza!*

*¡Y un ciprés — rectitud —  
ya en derrota se inclina!*

*¡Y una acacia — fragancia de virtud —  
en un despojo cruel se arremolina!*

*¡Y otro árbol! . . . ¡y otro! . . . ¡y todos! . . . ¡Ya se abrazan!,  
ya se chocan y se odian y se abaten  
y entre ellos combaten  
y en fuga de pavor se despedazan!*

*¡Hueste de paz del bosque, todo afán  
y todo elevación y todo aliento! . . .  
¡No es de Dios ese viento! ¡Es el acento  
huracanado de Satán!*

*Yo sé la sinrazón  
de ese cruento castigo.*

*Y se me hace ejemplar, en este día,  
la majestad del bosque en floración,  
hundida, en agonía.*

*¡Bosque de anhelos en el alma abrigo!  
¡Traidora, en ella entró la furia impía  
de un vendabal violento de pasión.*

## II

## LLUVIA

*Desolado, con frío de quebranto,  
el bosque gime.*

*El cielo en cerrazón  
— bandera negra que dejó Aquilón —  
le brinda un manto  
que le anuda, le oprime,  
le apesadumbra. . . mas no le da espanto.  
¡Tal vez intuye en él su redención!  
— Así también el no llorado llanto  
pesa en el corazón —.*

*El bosque pugna, implora.  
Ya, con las lanzas rudas  
de sus ramas desnudas  
rasga su cárcel negra. ¡El cielo llora  
y llora, llora, llora largamente!  
En un plural y fervido torrente,  
brozas y púas — hojas inmoladas —*

que son abrojos y eran lozanía,  
bajan por las laderas descarnadas  
por la lluvia bravía.

Del cortejo doliente  
ríe el bosque con bárbara alegría.  
Alza al cielo la frente.  
¡Espera, todavía!

¡Lluvia! —llanto de Dios por los del mundo  
crudos dolores,  
ciegos errores —.

¡Lluvia! — llanto de Dios — que hacia el profundo  
palacio del olvido  
los llevas en turbión enfurecido!

¡Lluvia! — llanto de Dios — todo lo esmaltas  
de nueva luz!

¡Más bellas son las tierras!  
¡más rubias las arenas!  
Pasaste. . . Ya ,a las testas de las sierras  
las nimba un arbol. . .

Alma, con lluvia curaste tus penas.  
Alma, con lluvia lavaste tus faltas.  
¡Por tus cumbres más altas  
florece, nuevo, el sol.

#### ¡SOÑADOR!

(Un soneto al pensamiento)

Parte mi hipógrifo mental y sube  
hacia una lid que mis querellas zanje;  
tomo un cuarto de luna por alfange  
de escudo al sol. . . ¡y el campo es una nube!

¿Adónde vamos, pensamiento mío?  
¿Dónde están las quimeras retadoras?  
¡De la real cadena de las horas  
siempre me desesposa tu albedrío!

Yo vivo, en sueños, una historia heroica.  
Venzo a la vida con mirada estoica.  
Guardo, en mi soledad, un amor fiel. . .

¿No habrá gloria más pura que mi gloria  
ni victoria mayor que mi victoria  
ni miel más perdurable que mi miel?

#### BENDICIONES

##### I

Ved cómo el sol su rayo irisa  
sobre el vaivén y el mar se encalma.  
—¡El rayo claro de la risa  
sobre el inquieto mar del alma!—

Vengan a nos, felicidades.  
¡Cómo se aquieta la pasión  
y en qué raudal de caridades  
se nos deshace el corazón!

Todo es piedad, todo es ternura  
y ¡hasta la nieve es juventud!  
Bendita seas tú, ventura.  
¡Siempre floreces en virtud!

##### II

Hay recitales de la brisa  
sobre las arpas de las ramas.  
¡Todo el espíritu es sonrisa  
y la materia toda llamas!

Vital instinto: eras dormido  
y una palabra te ha invocado,  
una mirada te ha encendido  
y un beso te ha inmortalizado.

*Se dan al ímpetu creador  
lo virginal y lo ímpoluto.  
¡Bendito seas siempre, Amor,  
porque a la vida arrancas fruto!*

## III

*Sobre la pira de aquel monte  
un día de dolor se quema  
y aquel dolor del horizonte  
se me traduce en un poema.*

*¡Piadosa y sabida lejanía!  
Se me hizo amable el hado cruel  
que fué martilló y fué cincel  
para labrar el alma mía.*

*Sobre mi pecho, con amor,  
hoy prendo el loto de lo adverso.  
¡Bendito seas tú, dolor,  
porque en la vida, eres el verso!*

## CANCIÓN DE LA RED DE PLATA

*Es la noche y es Abril.  
La luna — luz de marfil —  
uniforma tu color  
y las flores del pensil,  
de aroma revelador  
de sus nocturnos martirios.*

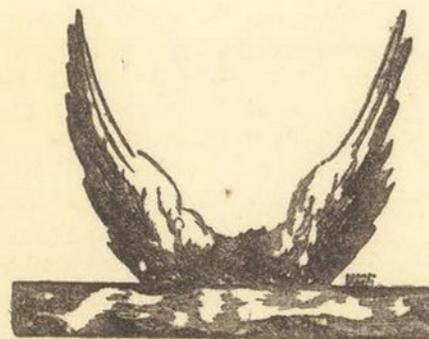
*Tus manos, como dos lirios,  
se han asomado al pretil  
jaspeado de la fuente,  
ajenas a los delirios  
en que navega tu frente.*

*Es poeta el surtidor  
y sus trovas te relata.*

*¡En tus ojos se retrata  
la varonil silueta  
que por la floresta asoma! . . .*

*La luna es hada discreta  
y ha trocado tu rubor  
en un blancor de paloma  
que se estremece y recata*

*y el agua copia el temblor  
de tu carne timorata,  
presa en esa red de amor  
hecha de cintas de plata.*



(POEMA EN PROSA)

*A la memoria de Oscar Wilde.*

N el claro de un bosque de la India oraba Teresa de Jesús, divina y desnuda. La piel, de una blancura total, descubría su seda en abundancia a través de la púdica protección de la cabellera, pues también total era la desnudez de su cuerpo. Y así Teresa toda, era una santa tentación.

¿Oraba, dije? En realidad, ya no. Suspensa en la plenitud de un éxtasis, con su alma en el transmundo metafísico, conservaba en los labios la expresión del rezo sólo como recuerdo apagado de su dulzura interior. Pero, en cambio, la mirada volaba por regiones angélicas, imperceptible y remota como el haz de la más pequeña estrella.

Por un sendero que cortaba aquel claro del bosque, apareció de pronto el Buda que, monacal y profundo en su continente, iba por allí camino del Nirvana. Franciscana nobleza en su semblante y beatitud perfecta en su corazón, trascendían de él dándole jerarquía de dios.

Y advirtiendo a Teresa en su rara inmovilidad de estatua, arrojada a la derecha del camino, no titubeó en separarse de su ruta para preguntarle:

—¿Necesitas ayuda, hermana?

Dos pinceladas de púrpura ruborizaron la desnudez de Teresa ante la figura del varón. Pero era tal la presencia de santidad en él, que, calmada la inquietud virginal, la santa expresó su confianza de este modo:

—Mucho sufro con esta rosa que se me ha clavado en las carnes.  
—Y partiendo en el pecho la caída de sus cabellos, le mostró el complicado rubí de una corola cuyo espinoso tallo hundíase desgarrando su seno hasta el corazón.

Posó el Buda sus dedos suavísimos en las carnes tibias; apartó los labios de la herida y, haciendo girar la rosa sobre el pezón moreno, consiguió desprenderla sin ocasionar el más mínimo dolor. Y como su imperturbada santidad era perfecta, preguntó:

—¿Me necesitas aún?

—Señor—repuso Teresa de Jesús con absoluta humildad—  
transfórmame la encarnada rosa en una mariposa de oro.

¿Presentía acaso Teresa su camino de salvación? Nadie podrá saberlo; el mismo Buda fué el primero en ignorarlo. Pero no había en ello inconveniente para satisfacer el cándido deseo. Bastó soplar sobre la flor, que había amarillado su encendido al contacto de su mano, para que una dorada mariposa, perfecta de elegancia, comenzara su vuelo en espiral hacia el sol. Y a medida que se hundía en la transparencia azul de la mañana, más diminuta y brillante realizaba su hipnotismo ante la santa. Dulce Teresa de Jesús, divina y amada, ¡qué pronto perderías de vista a la mariposa de oro!

Así fué. Y cuando tal ocurrió, volvió Teresa del transporte beatífico donde habían estado puestas el alma y la mirada en el objeto de su amor. Ahora era un desasosiego infernalmente sutil. Y con la vista siempre arriba, decía:

—Señor, devuélveme la rosa; no importa que me hiera.

¡Pobre Teresa de Jesús, amada y divina, sexual en su debilidad exquisita, espiritualizándose para siempre en la inmortal hoguera del sol!

Pero sintiendo el frío del silencio a sus palabras, bajó la vista; y se inmovilizó de espanto: Nunca más, nunca más se podría revertir la conversión de la mariposa de oro. ¿Quién lo haría? El Buda, tras esperar en vano nuevos pedidos de la santa, había reemprendido su marcha e iba ya lejos, por el confín del bosque, monacal y beatífico, camino del Nirvana.

Y un impulso de seguirlo, que la irguió totalmente en su magnífica desnudez, terminó arrodillándola de nuevo, con la vista tras el rastro de la mariposa de oro, fija para siempre en la hoguera del sol.

## DESPERTARES

*Tus manos, entre el díos de la joven mañana,  
y más lisos tus párpados que un perfume sabido,  
ni desigual tu boca al beso que no pido,  
y tu callar aún, indecisa y temprana.*

*De tu cuerpo incompleto una ignorancia emana;  
tu transición endeble en mi amor busca un nido,  
y tu ser se interroga, diviso y confundido,  
la gracia inaprensible extraviando lejana.*

*Mas ya filtra una guardia injusta, y a mi mano  
la vacación y el fiel estorbo cotidiano  
ha rogado el postigo que duplicó la aurora.*

*El milagro no envidia al misterio deshecho;  
corres al agua, himno profuso de la hora,  
y a la luz, nueva bendición, rindes el lecho.*

## SENOS

*Senos: oh desertor minuto y caso  
magnificado, si tras las divinas  
traiciones de la seda, en dos esquinas  
rompen de luz tu erguirte hacia tu paso.*

*Mas en sumisas noches puente raso  
de tu deseo al mío; ni culminas  
mejor, loor impar de ansias supinas,  
en el recuerdo, ni el último lazo.*

*Ante lo ajeno ministros que asumen  
tus dones, de tu ser prenda y resumen,  
oh sépanlos mis palmas demasiadas:*

*en esta estéril salvación yo juro  
fijarlos, dique de vidas pasadas  
y robo de una rama de futuro.*



## LA POLÉMICA ENTRE ALBERDI Y SARMIENTO (\*)

ALBERTO PALCOS

### I.—MOTIVO Y DESARROLLO DEL CHOQUE



En la vuelta de Chile (junio de 1852) Sarmiento mantiene una conferencia de varias horas con Alberdi. En su curso profetiza la lucha armada entre la Confederación y Buenos Aires. De común acuerdo resuelven esperar el resultado de la guerra y mantenerse, mientras tanto, neutrales en la contienda. Muy pronto, sin embargo, el nervioso vaivén de los sucesos los llevaría a romper mutuamente ese pacto.

La personalidad de Urquiza los iba a separar. Alberdi simpatizaba con ella en la misma medida en que Sarmiento la cubría de denuestos. Mientras tanto, aparecen las *Bases*. Alberdi se anota el mayor triunfo intelectual de su larga carrera. Sarmiento fué de los primeros en cantarle un panegírico (septiembre de 1852). Lo llamó el Decálogo argentino, "la bandera de todos los hombres de corazón". Pero advierte a su autor que Urquiza no se lo perdonará, como no le perdonó a él *Argirópolis*. Hizo más en la generosidad de su entusiasmo: fundó un club de argentinos adherente a las medulosas ideas expuestas por Alberdi.

Los hechos se precipitan. Urquiza prepara el Congreso Constituyente mientras Buenos Aires se separa de la Confederación. Sarmiento desea influir sobre el ánimo de Urquiza. Le escribe (13 de octubre de 1852) desde su quinta de Yungai una carta valiente

\* Capítulos del libro próximo a aparecer: SARMIENTO - *La Vida - La Obra - Las Ideas - El Genio*.

y franca, en la cual le cuenta sus errores con singular energía. La eficacia del documento es anulada por su áspero tono, especialmente por la declaración final. Sarmiento le reprocha a Urquiza el mantenimiento en el poder de los instrumentos de Rosas, el empleo de la violencia y del crimen, la convocatoria de la Constituyente sobre la base de una representación igual a todas las provincias y su tendencia a rodearse de personajes subalternos. Lo último acaso sea su mayor desazón. Aspira a que el caudillo entrerriano convoque "un nuevo congreso elegido libremente, en que entren los señores Alberdi, Guido, Alsina, Anchorena, López, Domínguez, Mitre, Lagos (el coronel), Portela, Vélez, Carril, Pico, los generales Pacheco, Pinto y Oro, Aberastain, Mármol, Sarmiento". La asamblea se reunirá en Rosario, declarado territorio federal diez leguas a la redonda. A decir verdad, el Congreso de Santa Fe no congregó figuras tan eminentes como las señaladas por Sarmiento; pero cumplió óptimamente con su misión y tuvo la virtud de descubrir algunas personalidades de insospechado valor. Termina diciendo que "cuando sepa su victoria sobre Buenos Aires, pediré carta de ciudadanía en Chile para consagrarme a la enseñanza popular, como un voto de abnegación, como un anacoreta que renuncia a la sociedad y al mundo".

Al mes siguiente (12 de noviembre) aparece la *Campaña en el Ejército Grande*, libro dedicado a "mi querido Alberdi"; en palabras duras y provocativas. Le inculpa al autor de las *Bases* que adelante en varios años la publicación de esa obra, cuyos primeros pliegos se tiraron en Río de Janeiro, como si efectivamente hubiera suspendido su publicación. Le notifica que es la tercera vez que están en desacuerdo y le formula, en fin, una observación francamente inamistosa cuando le dice que al acercarse Oribe a Montevideo desertó de la capital uruguaya. Sarmiento quería matar en Alberdi su admiración por Urquiza pintándole tal como lo vio de cerca, esto es, como un caudillo de viejo cuño, rudo y absorbente, tallado en la madera de los dictadores auténticos.

El camino escogido por Sarmiento al dirigirse a Alberdi no era el más adecuado. Este, herido por la recordada dedicatoria, se ratificó en su convicción. Preciso a contestar al desafío de Sarmiento, le remitió sus cuatro *Cartas sobre la prensa y la política militante*

en la República Argentina, escritas en Quillota durante los meses de enero y febrero de 1853.

Esas piezas epistolares pretenden ser impersonales. Alberdi declara apreciar la obra de Sarmiento. Acepta parcialmente la doctrina de *Facundo* y aplaude su labor de educacionista. A renglón seguido viene un análisis frío de la actitud de Sarmiento, a quien presenta como un caso típico de inadaptación al nuevo orden, posterior a la caída de Rosas. A fuerza de pelear contra la tiranía no sabe hacer otra cosa. Es un caudillo de la pluma, "planta que da el suelo desierto y la ciudad pequeña: producto natural de la América despoblada". "Detesta todo yugo, aun el de la lógica, aun el de los antecedentes. Libre como el centauro de nuestros campos, embiste a la Academia española con tanto denuedo como a las primeras autoridades de la República"<sup>2</sup>. El país necesita de otra cosa para organizarse: sentar principios de derecho, darse una constitución, dictar códigos. Los escritores de batalla deben ceder el puesto a los publicistas que han llevado a cabo estudios hondos y reposados en esas materias especiales que no se aprenden escribiendo periódicos. Como para Alberdi, Sarmiento no ha hecho sino eso, le niega cualidades de estadista y, por lo tanto, tacha de ilegítima su pretensión a la jefatura política del liberalismo argentino.

En la crítica a fondo que formula a sus concepciones políticas Alberdi encuentra a Sarmiento en grave contradicción. Un argumento suyo tiene mucha fuerza: así como Rosas manifestó que no constituiría la república hasta terminar con los unitarios, ahora Sarmiento pretende que no se organice el país hasta exterminar al caudillismo.

Su adhesión a Urquiza tiene fundamentos doctrinarios. El general entrerriano proclama una constitución mixta, unitaria-federal, fórmula prohijada en 1838 por la *Asociación de Mayo* bajo la sugestión, en este punto predominante del mismo Alberdi, decreta una serie de medidas por las cuales los emigrados han venido luchando veinte años. Puede decir, entonces, que él no va hacia Urquiza. El general entrerriano viene al encuentro de esas ideas y él apoya su autoridad.

(2) ALBERDI, *Obras Completas*, tomo IV, pág. 21.

Las cartas de Alberdi sacaron, como quien dice, de quicio a Sarmiento. Compuso inmediatamente después de leerlas una contestación violentísima, llena de injurias para el amigo dilecto de la víspera. "Yo me rebajaré — le dice — poniendo escritos inmundos contra usted". Lo presenta como un alma fría, interesada, calculadora. Está con Urquiza porque espera ser ministro plenipotenciario en Chile. Y ahora viene la consideración que explica la tremenda réplica de Sarmiento: Alberdi procede en connivencia con el vencedor de Caseros. Es el personaje expresamente elegido por el caudillo para demoler su reputación. Alberdi es un instrumento de Urquiza como Baldomero García lo fué de Rosas. El no se dejará derrotar. Apelará a todos los medios. Contestó al tirano con *Facundo*, a Alberdi con las *Ciento y una*.

Alberdi contrarreplicó con un nuevo escrito: *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina*. Manifiesto que examinará el fango echado sobre sus vestidos por la prensa bárbara con la calma con que el naturalista examina la escoria arrojada a sus pies por el volcán. Alberdi se propuso con este trabajo, según sus propias palabras a los amigos, "vindicarse ante la opinión y anodadar a su adversario para siempre"<sup>3</sup>. En él levanta con abundancia de argumentación, uno a uno, los cargos de Sarmiento. Con mucha gracia le devuelve públicamente una larga serie de elogios que le había hecho anteriormente y que lo colocaban en flagrante contradicción con sus mordientes juicios actuales.

Los ecos de aquel memorable choque entre los dos eminentes personajes se prolongan hasta nuestros días. Recientemente la ha comentado en forma brillante Ricardo Sáenz Hayes. Lo curioso es que los dividía una cuestión circunstancial. En la cuestión de fondo, ideológica o principista, estaban de acuerdo: de ahí el jubiloso saludo de Sarmiento a las *Bases*, donde Alberdi recogía y daba unidad a ideas maduradas en quince años de labor. Sarmiento, a su vez, veía admirablemente expresados en esas páginas algunos conceptos fundamentales de *Facundo*, *la Crónica*, *Sud América* y *Argirópolis*.

Se trataba de saber, en definitiva, si Urquiza era el agente capaz de plasmar en la realidad esas ideas de organización liberal. Sar-

(<sup>3</sup>) LÓPEZ (VICENTE FIDEL).—En *Revista del Río de la Plata*, tomo IV, pág. 711.

miento, que acababa de tratar al militar entrerriano, defendía la negativa con ardor fanático. Debió dolerle que Alberdi no le creyera y aceptara complacido ejercer la función a que él aspiró antes de tratarlo a Urquiza, vale decir, la de ser su consejero político: es sabido que el gobierno de la Confederación editó más tarde muy excelentemente las obras del escritor tucumano. Al volver a la emigración pensó seguramente Sarmiento que su amigo no podía poner en duda la rectitud de sus aseveraciones en gracia al duro sacrificio que acababa de hacer. Necesitaba en el exilio ser sostenido y alentado por sus compatriotas y se encontraba con que un club de adherentes a Urquiza patrocinado por Alberdi le hostilizaba y disminuía. Se apoderaron de él la desesperación y el desconsuelo. Huía de Urquiza y se encontraba en Chile con un escritor de inmenso talento que lo sostenía, despreciando el gesto de altivo desafío lanzado por el autor de *Recuerdos de Provincia*. ¿Cómo no estallar? Arremetió con la furia del que nota que le socavan el suelo donde se asienta y pretenden reducirlo a la nada. ¿Le enrarecían la atmósfera del destierro? ¿Lo aislaban como a una fiera curiosa? Pues él gritaría con toda la fuerza de sus vigorosos pulmones, sin dejar, en el oscuro fondo del subconsciente, palabra denigrante por decir. Al borde del abismo donde querían hundirlo arremetía, hacha en mano, contra un adversario florentino que esgrimía un artístico estileto y le vertía en su vino sutiles venenos.

## II.—CONTRASTES Y COINCIDENCIAS ENTRE ALBERDI Y SARMIENTO

Es opinión generalizada que en esta justa correspondió a Alberdi la mejor parte. Gozó de la ventaja indudable de descender sereno a la lucha. Colocó el debate en un plano principista. Su expresión es fina y galana, sustentada por un gran poder de crítica y análisis y una cultura bien sistematizada. Su adversario, en cambio, que venía poseído de una gran pasión antiurquicista y que había sufrido el vejamen de ser el único nombre anulado en las elecciones de convencionales al histórico congreso de Santa Fe, realizadas en su provincia, se lanzó a la lucha con extraordinaria vehemencia. En realidad, ya estaba hacía tiempo en la lucha, puesto que esta polémica contra Alberdi era un episodio dramático de la batalla que venía librando contra Urquiza. Es necesario comprender este hecho

y recordar el egocentrismo de Sarmiento para calificarla sin injusticia. El frío razonamiento entra en una parte mayor en la mentalidad esclarecida de Alberdi que en la fulgurante de Sarmiento, por la que cruzan, en cambio, a manera de claridades relampagueantes, atisbos geniales. Le fué fácil demostrar al primero la unidad de su conducta, la consecuencia consigo mismo, la coherencia con anteriores ideas y actitudes suyas. Pero hay una parte netamente sofisticada en el hilo de su argumento cuando acepta la conversión de Urquiza a los ideales de sus antiguos adversarios mientras proclama la incapacidad de Sarmiento para adaptarse a la nueva situación. ¿No era ultrajante en el más alto grado, máxime cuando Alberdi pretendía hablar con cierta objetividad y recordaba su cultura universitaria para ponerla en contraste con la de Sarmiento, presentar al autor de *Argirópolis* cual un gaucho malo de la prensa, como un Rosas o un Quiroga del periodismo y aceptar como un redentor de la patria a Urquiza, hasta entonces gobernante absolutista? La lógica de Sarmiento era más endeble que la de Alberdi: la lógica de la pasión, más que la puramente racional. Rasgo distintivo de toda manifestación afectiva intensa es su tendencia a la exclusividad, la omisión de cuanto no acuda a alimentarla y fortalecerla. El apasionado adivina o ve en cualquier detalle inocente elementos que exacerban su estado de ánimo. Esa susceptibilidad, exaltada por motivos muy reales, es la que lanzó a Sarmiento a extremos intemperantes. Su razonamiento — en cuanto hay razonamiento en estas reacciones que brotan del fondo de un ser — era sencillo: puesto que Alberdi quiere destruirme yo le destruiré a él, sin parar en medios. Claro está, ninguno de los dos se destruyó. Ocurre en esta clase de peleas que al instante de librarlas parece que uno de los contendientes, por lo menos, queda mal herido para siempre, cuando no muerto. Pero el presunto muerto, de llegar a tanto la lesión recibida, si tiene obra anterior y aptitudes verdaderas, resucita con mayor fuerza que antes. A Sarmiento se le daba por desaparecido del mundo político argentino en el Club de Alberdi en Chile y en algunas partes de nuestra república: contaba con la excomunión de Urquiza y Alberdi acababa de enterrarlo. Sin apoyo en la expatriación, cruzó por un período depresivo y triste de su vida.

El triunfo inmediato correspondió, indudablemente, a Alberdi. Pero Sarmiento había recordado algo gruesamente, en el curso de la polémica, que reiría mejor el que riera último. Y en efecto, Alberdi con todo el aparato de su argumentación lógica, sosteniendo el laudable esfuerzo unificador de Urquiza, no pudo torcer el curso de los sucesos que llevó a los hombres del Estado de Buenos Aires al predominio político y a la organización definitiva de la república, intrépidamente acometida por el valiente militar entrerriano. Sarmiento tuvo, en cambio, mucho antes de definirse por los porteños, un presentimiento admirable.

En 1852, cuando el poder de Urquiza parecía inconmovible, escribía su terminante vaticinio: "Una cosa es segura y es que Urquiza no será jefe de la República. Esto me parece que está escrito ya allá arriba, y siento de ello esa intuición indefinible pero firme, incontrastable, que he sentido siempre por los hechos fatales que las causas conocidas traen aparejadas".

"Es una imposibilidad histórica que nada, que nadie puede remediar. Puede triunfar de Buenos Aires; pero presidir el Estado, no. Ese rol ha pasado"... "Urquiza hace mucho tiempo que ha sucumbido" (*Obras*, tomo XIV, 355).

Nadie estudió con tanta hondura como Alberdi el problema de nuestra organización institucional. Su aspiración, que Urquiza intentó llevar a la práctica, de situar en Buenos Aires la capital definitiva de la Argentina y nacionalizar su puerto cuajó, al fin, en hermosa realidad. Es éste un título de gloria que acredita su penetración sociológica (a despecho de las contradicciones en que incurrió). Pero no acertó con el aspecto práctico de la cuestión. Y cuando los hombres de Buenos Aires fueron llamados por el curso implacable de los acontecimientos a completar la unificación del país y a rectificarse más tarde cediendo su capital histórica, no comprendió las causas profundas que arrastraron a los porteños mismos a hacer lo que él y Urquiza reclamaron clarividentemente cuando el sentimiento localista de la ciudad era extremadamente susceptible.

Urquiza entendió mejor el hecho y por eso colaboró lealmente en la obra de Mitre y Sarmiento.

◉ Alejado del teatro de los sucesos, el eminente proscrito incurrió en apreciaciones excesivas. No retornó a la república sino tarde y

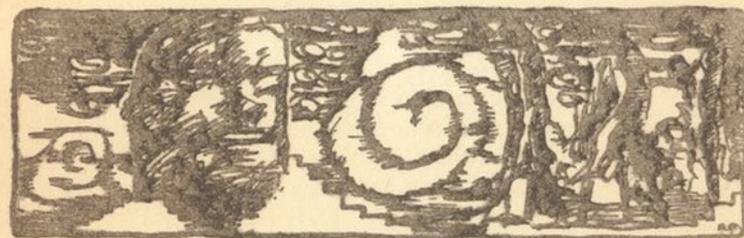
muy fugazmente. Le faltó aquella serenidad con que afrontó la polémica que comentamos. Le fué imposible contemplar tranquilamente el triunfo de sus adversarios, Mitre y Sarmiento. Su hiperesesia parecía como multiplicar las dificultades del combate. A cada rato volvía a sangrar de las heridas mal cauterizadas hechas en la refriega. Por eso los viejos enconos entre la Confederación y Buenos Aires persistían encendidos en él cuando ya habían desaparecido de las partes contendientes. Medido con un cartabón rigurosamente europeo, Alberdi es perfectamente parangonable con los mejores pensadores del viejo continente. Su obra, como la de Sarmiento, es la más universal de nuestros escritores: hecho que de día en día se aquilata fuera de nuestra república. Pero el político no estuvo, ni mucho menos, a la altura del pensador: tal es su radical diferencia con Sarmiento. No fué el ejecutor del propio pensamiento: otros lo llevaron a la práctica. Pero era tal la virtud dinámica de sus ideas que no dejó un día de hacerse presente y ganar batallas desde el destierro. Aun vivimos de su fecunda herencia, acendrada en cuarenta años de ostracismo: soledad orgullosa, heroica la suya, cuyos extravíos no empañan la diáfana claridad de sus doctrinas ni la austera y melancólica belleza que la anima. Para ser un político eficaz faltóle mayor flexibilidad de temperamento y el piadoso talento de olvidar agravios.

Este ruidoso duelo entre dos gigantes — uno delicado y malignamente insinuante como un gran señor y el otro rudo y abrupto como las montañas nativas — trajo dos consecuencias: enfrío definitivamente las relaciones entre dos antiguos amigos y precipitó el alejamiento del escenario político de uno de ellos, cuyas privilegiadas luces hubieran sido tan útiles para orientar al país.

Uno y otro sobreviven como la más alta expresión del pensamiento argentino. En la emergencia Alberdi peleó acreditando mayor gallardía y elegancia de formas y descubriendo singulares aptitudes de finura y penetración crítica. Sarmiento demostró mejor percepción de la realidad por sobrevenir, más agudo olfato político.

Sarmiento vomitó un mar de injurias contra su adversario. Una vez descargado de ese paso recobró la serenidad. Llegó la hora — como veremos más tarde — en que le hizo cumplida justicia. Alberdi mantuvo la línea: su calma fué imperturbable en el encuentro. Hasta sonreía amablemente mientras su contendiente, ciego de furia,

pegaba golpes a diestro y siniestro y gritaba malas palabras. . . Pero cuando su adversario ocupó el puesto que él tenía reservado para Urquiza y que algunos reclamaron para el autor de *Las Bases*, como un homenaje a su capacidad, cambió radicalmente. Entonces durante prolongados lustros y en múltiples ocasiones fué él quien descendió a decir envenenadas injurias contra Sarmiento y Mitre, sin reconocer como aquél, que eran eso: injurias. . . Más: hasta acarició la idea de restaurar en el poder a Rosas<sup>4</sup>, convencido que sus adversarios conducían al país al caos. . . El tiempo ha desvanecido los insultos pronunciados tanto por uno como por el otro para dejar ver lo único que queda: la obra seria, meditada, constructiva. Ni las injurias de los grandes destruyen la obra de los grandes.



(<sup>4</sup>) Pueden consultarse las cartas de Alberdi a Máximo Terrero y a Rosas en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, tomos XI y XII, publicadas por Adolfo Saldías. En una de ellas (mayo de 1866) le escribe al primero: "Lo único que me ha impresionado vivamente de su carta, es lo que me dice del estado de salud del general Rosas. Hoy es necesaria su vida, no sólo para Vds. o muchos amigos, sino para la historia, y tal vez para el porvenir inmediato de nuestro país".

## ALÍ BABÁ

*Alí Babá: y tus cuarenta  
Ladrones, ¿en dónde están?  
¿Aún dentro de las tinajas,  
Y la roja hora aguardan,  
La roja hora del puñal?*

*Alí Babá, nadie responde  
A tu señal. . .  
Alí Babá, tú lo propones,  
Pero en verdad quien lo dispone  
Es Alá.*

*Alí Babá, ya tus cuarenta  
Ladrones, durmiendo están. . .  
Tú eras astuto, cruel y fuerte  
¿Pero quién burla a la muerte  
Si nadie la ve llegar! . . .*

*Alí Babá: ¿quién no lo ha sido,  
Quién no lo ha sido alguna vez?  
¿Quién no ocultó en las tinieblas  
Impenetrables de su ser,  
A los cuarenta bandoleros  
De los pérfidos deseos?*

*Alí Babá, astuto y cruel,  
Antes que la misma muerte,  
Como esa vez ha de vencerte  
La más oscura mujer.*

## EL VIENTO

*El viento es bueno como Dios,  
Es su aliento.  
Mientras agita mis cabellos en desorden  
Y mientras se confunde con mi aliento,  
Yo me doy a pensar en las banderas  
Que agitaron los remotos vientos  
Y ya no volverán a proyectar  
Sus sombras en los muros y en el suelo.*

*El viento es bueno como Dios,  
Es su aliento.  
Mientras refresca mis afiebrados ojos  
Yo pienso:  
Juega con los papeles por las calles  
Lo mismo que un chicuelo  
Que todavía ignora las palabras  
Enormes de las cosas y del tiempo.*

*Y así en la hora del anochecer,  
Pródiga en almas atormentadas de secretos,  
Voy descifrando las inmensas palabras  
Que me insinúa el viento,  
Por entre los árboles vivos,  
Por entre los árboles muertos.*

SAN BENITO Y  
SUS TIEMPOS

CLARA B. DE TESTENA

(AÑOS DE 450 A 550 D. C.)



CON la adhesión de todo el mundo católico y en la armonía de propósitos que ensambla la Iglesia al Estado (o éste a aquélla), Italia rememora solemnemente, en este año de 1929, la décimocuarta centuria del Protocenobio de Monte Cassino, honrando el gran santo umbro que la historia considera como patriarca de las órdenes monásticas en el Occidente católico.

Acostumbrados como estamos a aceptar con indulgencia cristiana las hipérbolas oratorias de las conmemoraciones aniversarias, con más razón debemos aceptarlas cuando — en lugar de un aniversario, que muchas veces interesa tan sólo a una minoría exigua, se rememora un acontecimiento de universal alcance, como lo fué, ha catorce siglos, la fundación del convento y de la "Regla" de San Benito; sin embargo, hay límites y cercos también en el campo de la retórica y, a falta de otras, la ley del buen gusto debería impedir a quienquiera de traspasar los límites y de saltar los cercos.

Se ha dicho, alabando al fundador de la Orden benedictina, que es "el más santo de los italianos y el más italiano de los santos"; la frase, que es bonita, había sido dicha, hace tres años, por alabanza a San Francisco de Asís, durante las exaltaciones del sexto centenario. Bonita frase; lástima que histórica y teológicamente se nos antoje hueca de todo sentido, y artísticamente se nos antoje remedo de otra, mucho más bella y en armonía perfecta entre el objeto

y el sujeto: aludo a los dos versos de Carducci, inspirados por la estatua de San Jorge, esculpida por Donatello:

*"Io vo' vedere il cavalier dei santi,  
Il santo io vo' veder dei cavalieri."*

Esto, quedándonos con el pensamiento en las alturas que nos imponen el tema y los grandes personajes; pues, si soltáramos las riendas al diablillo de la caricatura que patalea siempre en algún rinconcito de nuestro pensamiento, la bonita frase: "el más santo de los italianos y el más italiano de los santos", nos sugeriría otra que no tiene nada ni de santo, ni de solemne, y como hipérbole constituye todo un hallazgo de "réclame" oportuna: "el rey de los vinos, el vino de los reyes".

Pero la hipérbole tiene ella también derecho de ciudadanía y no vamos a desterrarla por faltas tan nimias; ni tampoco intentaremos hacerle entender que cuando se afirma que San Benito es el más santo de los italianos, se arriesga una cuestión de competencia, pues hubo muchísimos italianos, ascendidos a la gloria de los altares, y bajo ningún aspecto inferiores a San Benito; y cuando se afirma que es "el más italiano de los santos", se dice una pavada doblemente repudiable, por herética y por zonza.

\* \* \*

La grandiosidad, la solemnidad y, al mismo tiempo, la popularidad de los festejos conmemorativos del décimocuarto centenario benedictino, tienen su explicación, no en una parcial predilección que se tenga para el Santo de Marcía, que nunca fué popular; tienen su explicación en la atmósfera religiosa que ha ido creándose en estos últimos años en Italia, y no sólo en Italia.

Sin que sepamos todavía si los sentimientos y las costumbres de los hombres están en camino de elevarse, acercándose un poco más a las normas de la vida cristiana, es evidente que asistimos a un refloramiento de prácticas religiosas. El fenómeno se verifica, en distinta medida, en todos los países; diríase que la humanidad, desilusionada por siglo y medio de racionalismo, y no habiendo hallado

ninguna senda espiritual que la conduzca hacia el apaciguamiento de sus dudas, quisiera cobijarse temerosa bajo las alas de la Iglesia católica, cuya doctrina ofrece una disciplina para hoy y una gran esperanza.

Igualmente ocurre en el campo político y social; pues los pueblos, cansados de ejercer directamente una soberanía que no les sirvió de nada, aceptan, no ya resignados, sino gustosos, la vuelta a los regímenes autoritarios, a la obediencia a un hombre o a una casta. ¿Es una abdicación? Sería atrevido afirmarlo; bien pudiera ser un movimiento espontáneo de la lógica realista de las muchedumbres, que casi siempre aciertan, cuando eligen una ruta.

¿Es todo esto estable o efímero y transitorio? ¿Es, por enunciarlo con una aparente paradoja, una especie de moda, o es una nueva posición de la conciencia humana, cansada de proceder a tientas?

No lo sabemos. Lo que sabemos es que la Iglesia de Roma, especialmente en lo que a la vida italiana atañe, nunca tuvo una autoridad y una influencia mayores que hoy, ni en los tiempos de su poderío político.

Las ceremonias magníficas de estos días, el encuentro efusivo en la abadía de Monte Cassino, del cardenal Gasparri y del ministro Belluzzo, lo mucho que se dice y se escribe evocando la figura del Santo, no son más, en apariencia, que hechos de crónica religiosa, política y social; sin embargo, uno tiene la intuición de que esa crónica constituye el material para la historia del mañana: son pequeños hechos, que encierran en ellos los gérmenes de los magnos acontecimientos.

\* \* \*

San Benito nació con suerte. A la verdad que merecía mucha por su fe acendrada, por la amplitud de su espíritu, por su descomunal fuerza de voluntad y por la inmaculada pureza de su vida; sin embargo, si uno piensa en las aciagas condiciones de Italia durante el período de la vida mortal del Santo, debe asombrarse frente a la relativa apacibilidad de aquella vida; pues él vió coronada su obra y hasta tuvo la suerte de no tener ni enemigos que negaran o escatimaran su gloria, ni amigos que le deformasen obra y pensamiento, como le pasó al "Poverello" de Asís.

Aun si consideráramos terminada en el año 529 la vida de San Benito, no cabe duda de que ella transcurrió en uno de los períodos más aciagos para la Iglesia católica.

El nacimiento del Santo acaeció, más o menos, en 460 y su fallecimiento, más o menos en 543; podemos considerar cierta esta fecha, pues sabemos que él murió pocos días después de Santa Escolástica, que siendo su hermana melliza, fué para él lo que sería siete siglos más tarde, Santa Clara para San Francisco; Santa Escolástica murió en febrero de 543; la Iglesia honra a San Benito el día 21 de marzo, primer día de la primavera del continente boreal. Un gentil proverbio italiano une la memoria del gran Santo con la vuelta de las golondrinas, desde los países del Africa, donde pasaron los meses de invierno:

*"San Benedetto,  
ha rondine sotto il tetto."*

Y bien; los setenta años que corren desde el nacimiento de San Benito hasta 529, son verdaderamente calamitosos para la Iglesia. En aquel período, sobre diez pontífices que subieron al trono de San Pedro, ocho fueron santificados; lo cual quiere decir que ocho papas sobre diez sufrieron, en una u otra forma, el martirio. Desde León I hasta Félix IV, el papado es el blanco de mil insidias, de mil amenazas, de mil peligros. Si es verdad que, después de Constantino, ha desaparecido el peligro de las persecuciones en gran estilo, de las persecuciones legales por parte del Estado, que consideraba a los católicos como una secta de enemigos de la sociedad, como una secta socialmente anarquista y espiritualmente atea, es también verdad que está muy lejos de ser alcanzada la unidad doctrinaria; por ende, una lucha abierta y encarnizada entre los partidarios de las distintas interpretaciones de la doctrina, y hasta de los hechos y la esencia de la personalidad de Jesús; lucha que empieza por engendrar rencillas teológicas, y acaba por transformarse en guerra de intereses internacionales o de ambiciones políticas y dinásticas que se escudan detrás de la enunciación de un pensamiento religioso o de un dogma.

El papa San León I, que reina desde 440 hasta 461, empieza su pontificado por Euxtiquio y asiste a la llegada, desde el Norte, de

los Hunos mandados por Atila; obtiene con la autoridad de su nombre y el prestigio de su vida, que el "flagellum Dei" se aleje con sus huestes, sin entrar en Roma; pero, antes de que pasaran tres años, llega hasta las puertas de Roma Genserico, rey de los Vándalos; y éste, menos respetuoso de la autoridad del Pontífice, o menos respetado por sus hordas, sólo le concede a León de no pasar por las armas a los habitantes de la urbe; pero entra en Roma y la saquea.

El papa San Simplicio, que reina desde 523 hasta 526, asiste al derrumbe definitivo del Imperio de Occidente, asiste a una ingloriosa baja de telón sobre la última escena de la tragedia de Roma Imperial. Y mientras Maniqueos y Amianos minaban desde Constantinopla, desde Antioquía, desde Alejandría, la unidad básica de la Iglesia, Odoacro con los Godos, Teodorico con los Ostrogodos, ensangrientan las tierras nórdicas de Italia: ha empezado la Edad Media.

\*  
\* \*

Salvo raras excepciones, los pontífices romanos cumplen con gran dignidad y sabiduría, con sus arduos deberes: reivindicar la supremacía absoluta del Obispo de Roma, sucesor y heredero de San Pedro, sobre todas las autoridades religiosas de la cristiandad; conservar cuanto más pueden la cohesión unitaria del mundo católico y, paulatinamente, robustecen el principado eclesiástico en Roma, substituyéndose al Imperio caído.

Pero, ¿era cristiana el alma del pueblo? ¿Estaban a la altura de su alta misión los sacerdotes? No; el Cristianismo estaba todavía en su fase heroica; el mundo seguía siendo íntimamente pagano; el mundo, o sea las multitudes, confundían principios, bases, rituales de las dos religiones; tal vez sería más propio decir que unían dos prejuicios, dos miedos; no entendía más — admitido que alguna vez los hubiesen entendido — los elementos morales y estéticos del paganismo; no entendía aun los elementos integrantes de la doctrina cristiana. ¡Qué iba a entender el pueblo en las disputas teológicas de aquellos tiempos! Y no sería atrevido agregar: ¡qué iban a entender los teólogos! Si es verdad que habían pasado más de dos siglos desde

Santo Tomás y más de cien años desde San Agustín, ni podía haberse difundido el pensamiento de aquellos dos formidables polemistas, ni la doctrina había sido sentada sobre cimientos inmutables; los doctos dudaban, buscaban, erraban; el pueblo aceptaba, es creíble, al Dios nuevo venido desde Galilea, pero lo tenía, posiblemente, en concepto de una divinidad más, más buena, más amiga de los menesterosos, de los oprimidos, de la chusma; pero en cada hogar quedaba un nicho para los Lares y los Penates; y como todavía no conocía ni veneraba a la madre de Dios, el pueblo honraba a Venus genitrix, madre de los hombres.

El Imperio romano caía en un enorme charco de sangre y podredumbre; y el pueblo romano, maculado por todos los vicios del bajo Imperio, veía caerle encima la avalancha vengadora de los bárbaros; desde los Alpes, por todos los caminos abiertos por los legionarios conquistadores y civilizadores, bajaban las hordas hambrientas de venganza y sedientas de sangre; y sólo encontraban la resistencia de otras hordas igualmente bárbaras, pues el pueblo italiano, mejor dicho, el pueblo romano que vivía en la península, no poseía la capacidad para resistir y, muy probablemente, no poseía tampoco la voluntad de defender lo que, siendo suyo, no le había pertenecido nunca efectivamente. Alejandro Manzoni esculpió en un vaso la realidad de aquel pueblo:

*"Un volgo disperso che nome non ha."*

\*  
\*   \*  
\*

Surge entonces San Benito.

De familia romana y noble, nacido en Marcía, aldea perdida en los montes umbros, cristiano, quizá no excesivamente erudito, pero mentalidad sana y equilibrada, él debió desde muy joven darse cuenta de que, en el espantoso derrumbe de la sociedad romana, para que algo se salvara hacía menester de una gran piedad y de una más grande actividad.

El comprendió que la única fuerza operante podía ser la doctrina de Cristo, la única realidad posible, la palabra de Cristo. No era, evidentemente, un místico.

De haberlo sido, hubiérase confundido entre los muchos que, desalentados y asqueados de la sociedad, se ocultaban en los bosques, escogían una gruta, trocaban en Tebaida cualquier rincón desolado de montaña, y se maceraban el cuerpo para purificar el alma y ser dignos de la gloria celestial. — "Ora" — decía el eremita. San Benito completó más humanamente el mandamiento, y dijo: "Ora et labora".

La plegaria, sí, pero también el trabajo. Debe haber una casta que renuncie a todos los atractivos de la vida y ruegue para todos; pero esa casta sacerdotal, esa aristocracia espiritual debe constituirse en molde para los demás. La piedad, si activa, es dos veces piedad.

Había curas y había monjes cristianos unidos en comunidades claustrales; pero la universal corrupción, el egoísmo, la ociosidad, el sensualismo quitaban autoridad a los sacerdotes, valor educativo a los monjes.

San Benito, hombre de voluntad y de disciplina, cuando decidió ofrendar su vida a la causa de Cristo, consideró que era urgente sanear la Iglesia, purificar la casta de los milites de la religión.

En Subiaco se inicia a la vida monástica y pasa tres años en meditación. Sus virtudes acendradas, sus prendas descomunales le merecen ser nombrado abad en un convento de Vicovaro; pero los hombres admiran la virtud abstracta, no la virtud operante; y San Benito era, más que todo, hombre de acción. Para él la vida monástica debía ser vida de sacrificio y de perfección; para los monjes de Vicovaro y para la mayoría de los monjes de entonces, la vida monástica era... una manera de vivir. San Benito empezó a cortar por lo sano, a imponer el orden, a reprimir la licencia. No hubo nada que hacer: los monjes no atreviéndose a resistir abiertamente a su jefe, intentaron envenenarlo. San Benito tuvo que abandonar el convento.

Muy probablemente seguido por los elementos mejores, fundó otro convento en la misma comarca. Los historiadores dicen que San Benito fundara doce conventos en el territorio de Subiaco; no hay pruebas. De ser verdad, deberíamos colegir que el elemento hombre se resistía a obedecerle. Entonces, un noble romano, Tertulius, padre de Plácido, que era alumno de San Benito y fué santificado él también, donó a San Benito las tierras de Monte Cassino, al confín del

Lacio con la Campania. San Benito fué a empezar de nuevo, en el nuevo territorio, su misión renovadora.

Y tuvo que empezar desde un principio, pues las poblaciones eran todavía paganas; en un torreón, que había sido fortaleza del ejército romano, estableció su asiento. Empezaron los catecúmenos, llegaron los primeros neófitos. En el cerebro del Santo tomaba formas completas, hasta en los pormenores, la norma monástica que él pensara desde los primeros días de su apostolado: la renuncia, sí, pero no la maceración; la plegaria, sí, a todas horas del día y de la noche; pero la plegaria debía ser algo así como el comentario de las obras, como el acompañamiento de un canto. "Mens sana in corpore sano", había aleccionado el educacionista romano, que ignoraba el alma; San Benito quiso que sus monjes conservaran el cuerpo sano, para que el alma pudiese eficazmente traducir en obras sus anhelos.

La "Regla" de San Benito está hecha, sobre todo, con un maravilloso sentido de la realidad; él no pide al hombre obligaciones superiores a las fuerzas humanas. Que cada cual cumpla con su deber; si entre ellos habrá un elegido por Dios, que sepa llegar a la santidad completa, mejor, y alabado sea Dios; pero el convento no puede, ni debe ser un vivero de santos; debe ser una escuela de hombres que se impongan a los demás, con la rectitud de la vida, con la sinceridad de la fe, con la alegría del espíritu. "Ora et labora".

San Benito no es sólo un maestro de santidad; es también un maestro de energía. Todo es guerra, pillaje, estrago en rededor; que haya, pues, un oasis de paz cristiana encima de aquella montaña y en los declives que bajan hacia la llanura en donde hierven los odios y las codicias de los hombres. Y que el campesino, oyendo por la noche una campana que tañe allá arriba, sepa que hay un monje despierto, postrado ante el ara del Dios verdadero; un monje que ha interrumpido su descanso y su sueño, para abogar, ante Dios, en pro de todos los seres, para pedirle al Dios verdadero el amparo de todos los hombres y de todas las almas.

Así los humildes tuvieron ante los ojos el ejemplo admirable de aquella comunidad religiosa, activamente mística, de aquellos hombres que se habían desprendido de todo lo que les pertenecía, acercándose en todo lo consentido por la naturaleza humana a la doctrina integral de Jesucristo. No era toda la santidad, era la santidad posible; no era toda la perfección, era un afán de perfección,

siempre presente. Los humildes admiraban; Totila, el gran rey bárbaro, admiró. La Abadía de Monte Cassino, violada y saqueada a los pocos años de la muerte del Santo, resurgió. Volvió a surgir seis veces de sus ruinas; y no siempre fueron las huestes guerreras las que dieron en tierra con aquella fortaleza de la fe fundada por San Benito: hubo días en que, arrastrados por la universal corrupción, los monjes de Monte Cassino se trocaron en dueños ávidos, esclavizando, explotando, vejando, escandalizando a la población de la montaña y del llano, de la cual el abad cassinense era el señor feudal. Y entonces los campesinos, armados de hoces y azadas, asaltaron el convento con la vengadora ferocidad de todas las "jacqueries".

Pero los beneditinos representan hoy la más bella tradición monástica. A ellos la humanidad debe en gran parte el patrimonio de la cultura; ellos lo salvaron, ellos lo difundieron, ellos lo ampliaron.

Los catorce siglos de vida benedictina son catorce siglos de gloria.

Bajo otro aspecto, frente a la figura de San Benito de Marcia, el hombre se encuentra en la misma posición de admirativo asombro que le impone la figura de San Francisco de Asís. Uno puede no ser católico o no saber de verdad si lo es; pero reclina la cabeza, meditando.

Y esperando también.





# Bibliografía

## LETRAS ARGENTINAS

*Alma sola*, por FELISA DE ONRUBIA.

Vamos a escribir unas líneas sobre un libro de mujer que nos ha gustado, que nos ha gustado a pesar de ser un libro de mujer. En general, el libro de mujer no gusta al hombre. De la mujer todo, menos la literatura. Cuando el hombre elogia un libro de mujer, procede como el soldado placero que elogia al niño porque le gusta la niñera.

¿Por qué este desapego? Porque la mujer diluye sus temas preferidos — la infancia y el amor — en un jarabe palabrero que empalaga a los hombres, gustosos de platos fuertes y bien condimentados. Hay algo de merengue en el romanticismo de las solteronas que escriben. Reemplazan los reminiscencias librescas, con fantasías, la falta de experiencia vital. De ahí que los hombres toleren sólo a las literatas cuando escriben como hombres.

Pero cuando la mujer no hace literatura y, sin melindres, desfonda su corazón sobre la página, nos brinda finezas espirituales que no alcanzamos nosotros, fruto de su constitución más delicada. Y está bien que el arte las recoja.

No hace mucho, el autor de *Barcos de papel* — delicioso ramillete de cuentos infantiles — consideraba como una epidemia, como

un escándalo, el erotismo de que hace gala la poesía femenina. Ciertamente corren por ahí versos de caliente sensualidad. Delmira Agustini ha hecho escuela. Pero lo común es que la mujer no caiga en lo sexual sino en lo sentimental, o en lo cursi-sentimental.

La protesta no es del todo justa. Si la mujer siente el amor con más persistencia que el hombre, si lo hace centro de la vida, es natural que el amor sea el *leit-motiv* de su literatura.

Que cada uno escriba sobre sus sentimientos dominantes. Es mejor esa actitud que la del muchacho neosensible que no canta a su novia, aunque el corazón le brinque como un cachorro, porque sería descender a los temas agotados por el pasatismo. Y entonces canta a los aguanes vacíos y a los grifos goteantes.

Felisa Onrubia ha escrito una novela de amor. Nada sucede en ella que no hayamos leído hasta el cansancio. Es la historia de una mujer singular, anacrónica, sensitiva, razonadora, que vive al margen de la frivolidad humana. Pasa por su vida un hombre, un escéptico trotamundos, culto y analizador como ella. Se sienten afines. La mirada tierna y penetrante del hombre despierta en ella una escondida y potente capacidad de amar. Súbito el amor es pasión, pasión de ambos. Pero he aquí que cuando esperamos un final de cine, todo se viene al suelo. El hombre — ignoramos las causas — de pronto se hace humo. Crisis, decepción profunda y viajes para olvidar. Corre el tiempo. Un día se encuentran y se cruzan como dos extraños. El corazón de la muchacha, ya domesticado y dormido, no ha sufrido la menor vibración. "No hay fibra que gima al recuerdo". Todo ha terminado. Su alma, como antes, queda sola en medio de amigos y de parientes que no la comprenden porque viven en un clima espiritual distinto.

Eso es todo. Pero el asunto en las novelas tiene secundaria importancia. Nos engolosinamos otras virtudes. La autora de *Alma sola*, en una prosa diáfana, firme, de factura clásica, ha ido filmando las tribulaciones íntimas de la heroína. Lo externo casi no cuenta. Ni ubicamos bien el escenario de la novela, ni sabemos gran cosa acerca del físico de sus criaturas. En cambio, penetramos en los repliegues más escondidos de un corazón de mujer.

Esta penetración psicológica, común en las literaturas nórdicas, resulta excepcional en la nuestra. Acaso por razones de clima y de raza carecemos de aptitudes para la visión interior. Somos callejeros y amigos de andar en pandilla. Por eso nuestro arte es pura superficie y conjetura. No tenemos tiempo para el soliloquio íntimo. *Alma sola*, con su subjetivismo romántico, es una excepción. Por eso nos ha gustado este libro de mujer.—*Cándido Semeur*.

*La verdadera historia del gato con botas*, de JULIO FINGERIT, con ilustraciones de ARGERICH.

Con este nombre el señor Julio Fingerit ha reunido en un volumen dos cuentos y un entremés: titúlense aquéllos "La verdadera historia del gato con botas" y la "Historia de Judas el Bueno", y éste "El entremés del figonero que quiso cobrar el humo".

La sola enunciación de estos nombres basta para entrar en sospecha de que el autor trata de asuntos que no son de estos tiempos; y, en efecto: cuando no ha tomado la inspiración inicial en la leyenda bíblica la ha buscado en la vieja conseja repetida por tantas generaciones desde Perrault hasta nuestros niños, o en alguna frase sugestionadora de Rabelais, como lo denuncia el autor en el epígrafe del entremés. Pero ello no va en menoscabo de la originalidad de sus historias, pues en la del "Gato con botas", por ejemplo, podemos afirmar que el relato es un nuevo hilo que se anuda al tradicional precisamente en el punto donde este último termina.

Vemos así al "Gato", después de casado su amo con la hija del Rey, llegar al palacio y hacer de modo que logra conquistarse la real confianza gracias al singular conocimiento de los asuntos públicos, que pone en evidencia en los consejos de Estado. Y aquí comienza la historia de un nuevo ministro que, por ser gato en cuerpo y alma, suple la falta de talento humano con unas botas maravillosas que le infunden el don de la palabra y del pensamiento y lo acercan a todos los rincones del reino con sus pasos de siete leguas, que es como poseer el privilegio de usar para sí solo del aeroplano y la telegrafía antes de su invención para el resto de los mortales.

Mas, en su propia fortuna yacía la causa de su desgracia. El hijo del Molinero, mentecato de nacimiento y ambicioso por añadidura, acusa a su ex protegido—y actual protector—de haberlo desalojado de la confianza del Rey, su suegro, y conspira. La tupida corte de adulones que habían vivido hasta entonces a expensas de la estimación real, también conspiran porque el Rey ya no quiere oír en los consejos sus voces melosas y huera, y porque ven que el pueblo prospera y el reino se democratiza por la influencia del "Gato con botas".

Sólo el Rey comprende el talento de su primer ministro y sabe estimar el enorme contenido que traen consigo la prosperidad de sus súbditos y la paz de su reino. Pero en la hora de su muerte sintió la tristeza de comprobar cómo el "Gato con botas" había vuelto a su primitiva condición de gato a solas, oyéndole, junto a su lecho, contestar con un melancólico maullido a la lectura del testamento por el cual lo nombraba gobernador general del reino. El caso fué, pues, que los conjurados habían logrado destruir las botas maravillosas del envidiable ministro, lo que era como si en nuestros tiempos se

condenara a un buen ciudadano al ostracismo, por obra de algunas de esas infamias que se agitan ante las multitudes irreflexivas y ávidas de escándalos.

\*

Las narraciones de que es autor el señor Fingerit están compuestas con naturalidad y soltura, cualidades que se destacan más, a nuestro juicio, en la "Historia de Judas", donde la pureza del género se matiza con algunos diálogos breves y oportunos para el desarrollo de la fábula. En el "Gato con botas" la necesidad de presentarnos con toda su importancia al protagonista, ha exigido del autor mayor lentitud narrativa, especialmente en cierto pasaje donde el Rey, acuciado por la admiración que el gato le causa, intenta descubrir el secreto de su sabiduría y buena información de los sucesos ocurridos en el reino. Es ahí donde el "Gato", en una especie de soliloquio interminable, expone pesadamente sus ideas sociales y políticas, como cualquier filósofo del siglo XVIII, aunque, entiéndase bien, el símil sólo se refiere a la forma del discurso.

En el "Entremés" está bien caracterizado el "Figonero" que quiso cobrarse el humo, especie de Sylock ávido del dinero ajeno y como él herido en su extraordinaria codicia por las propias argucias legales recibidas de rebote.

Queremos terminar esta nota poniendo de relieve que el libro del señor Fingerit refleja el encomiable propósito de formarse un estilo en el sentido clásico del término, es decir, de escribir según una manera personal, pero sin olvidar que los elementos de la expresión literaria no nos pertenecen ni podemos individualmente tratarlos a nuestro capricho y sabor. Con este fin, es evidente que ha mirado hacia la escuela de muchos, aunque precisamente la menos frecuentada por los jóvenes escritores: los clásicos castellanos. Lo denuncian la dignidad de la prosa, el enlace ajustado de sus períodos, la bien tajada separación de los miembros y la sistemática ausencia de rebuscamientos literarios para adornar la expresión; si bien es verdad que cuando la prosa quiere ponerse a la altura de pensamientos que vuelan más allá de la simple experiencia, como en el aludido pasaje del "Gato con botas", se torna pesada y hasta diríamos aburrida; por lo demás, páginas como éstas no abundan en el libro de que nos ocupamos.

Con lo dicho no queremos significar que en el señor Fingerit exista el propósito de resucitar los viejos moldes literarios, aunque el fuerte sabor rancio del "Figonero que quiso cobrarse el humo" puede hacérselo pensar; creemos que se trata de un escritor que está en plena evolución artística y en vías de hallar el punto de coincidencia entre su temperamento y el medio de expresión; entretanto, nos resulta grato descubrir en su libro, como el recuerdo de un lejano sueño perfumado, el aroma diluido de la vieja prosa de la raza.—L. Matharán.

## LETRAS ESPAÑOLAS

*Loyola*, por JOSÉ M<sup>o</sup> SALAVERRÍA. (Ediciones "La Nave". Madrid, 1929.)

Este es el momento de las biografías novelescas. Aquí mismo\* he señalado ya la formidable apetencia del público respecto a ese género, que se desarrolla profusamente en todos los climas literarios, y cuyas delimitaciones imprecisas ha intentado demarcar uno de sus mejores peritos, André Maurois, en su serie de conferencias "Aspects de la biographie".

La bibliografía española cuenta actualmente con dos series importantes de "vidas novelescas". Una de ellas es la que bajo el signo de "La Nave" ha empezado a publicar la editorial "Atenea", inaugurada con el *Goya* de Ramón Gómez de la Serna, y que se continúa con este *Loyola* de Salaverría. Anuncia además otros volúmenes cuyo interés criticista superará el novelesco, pues versan sobre figuras contemporáneas, y sabido es que faltando la perspectiva histórica hácese difícil obtener la dimensión pintoresca de una vida. Con todo, no es posible dudar que algunas de ellas contendrán elementos documentales de un interés primordial, tales como la vida de "Azorín" por Ramón Gómez de la Serna; "Falla", por Adolfo Salazar; Ortega y Gasset, por Fernando Vela; Juan Ramón Jiménez, por Pedro Salinas, y Pío Baroja, por Giménez Caballero. Otra serie, enfocada, por el contrario, con cierta perspectiva de valoración histórica, es la que auspiciada por la editorial "Espasa-Calpe" y dirigida por un profundo conocedor del siglo XIX — Melchor Fernández Almagro — comprenderá varias figuras de españoles de esa época. Entre los tomos ya anunciados más interesantes figuran: *Eugenio Avinareta*, por Pío Baroja; *El Empecinado*, por Juan de la Encina; *Sor Patrocinio*, por Benjamín Jarnés; *El general Serrano*, por el marqués de Villaurrutia; *Sanz del Río*, por Fernando de los Ríos; *Antonio Maura*, por Angel Ossorio y Gallardo, etc. . .

La "vida" que suscita esta nota, aun hallándose hábilmente concebida y realizada, es sobre todo una demostración de las excelencias y de los riesgos que comporta tal género. En efecto: una "vida" puede transformarse en apología, si predomina la intromisión novelesca, o devenir un frío relato documental, si el autor respeta excesivamente los límites de la verosimilitud. Salaverría, aunque rehuye ambos términos, roza, en ocasiones, el último de los riesgos mencionados. Cierta es que la vida de un santo, y no de un hombre, presenta singulares escollos. Aunque en este libro su autor haya preferido atenerse a las dimensiones estrictamente humanas del héroe.

\* SÍNTESIS, N<sup>o</sup> 23, pág. 229.

"Al nombrarlo Iñigo y no Ignacio — escribe Salaverría prefacialmente — y al suprimir la palabra santo, creo haber significado mi intención de imparcialidad." Soslayando los presuntos reproches que esta conducta suya merezca, aclara más adelante: "No faltarán voces que alaben su santidad, ni voces que denigren su memoria. Yo me contento con seguir los casos de un hombre, nada más que un hombre, pero hombre de un extraordinario y original resalte."

Leyendo sincrónicamente a este *Loyola* un libro de Emil Ludwig, *El hijo del hombre*, he encontrado que la actitud del gran escritor alemán respecto a la narración de la vida de Cristo, denota una curiosa similitud de procedimientos. "Este libro — escribe Ludwig en el prólogo de su obra — no trata más que de Jesús considerado como un ser humano, y no del Cristo". Pero esta reducción a sus proporciones humanas nos priva, tanto en el caso de Cristo como en el de Loyola, de sentirnos elevados, con ambos héroes, a las regiones cálidas de su excelencia. Muy otra fué la conducta de Joseph Delteil, por ejemplo, en su *Jeanne d'Arc*, libro que por su misma exaltación, ingenuidad y aun truculencia, nos introduce maravillosamente en la atmósfera espiritual de la heroína.

Pero a nadie es honesto exigirle cosa distinta de lo que se ha propuesto realizar, y este *Loyola* de Salaverría se ajusta rigurosamente a los designios del autor, antes expresados. La primera figura épica del siglo XVI, la transfiguración en santo del caballero andante que es Iñigo de Loyola, alcanza en estas páginas una imagen muy nítida. Salaverría nos describe la trayectoria esforzada del héroe con acentos de veracidad, sin deformaciones apasionadas. Paso a paso, vamos siguiendo al fundador de la Compañía de Jesús en todas sus empresas y andanzas, desde los días de Monserrat hasta lo que titula con un término actual, "la marcha sobre Roma", esto es: el momento crucial en que San Ignacio emprendió — según expresión insuperable de Oliveira Martins en su *Historia de la civilización ibérica* — "que el sepulcro de Cristo que había que rescatar en su tiempo no era ya el de Jerusalem sino el de Roma".

La estructura del libro, su bien graduado desarrollo, el lenguaje terso y el estilo límpido con que se adornan, evidencian esa cima de madurez, esa perfección de recursos expresivos que ha alcanzado Salaverría a través de tantas páginas como han salido de su pluma infatigable.—Guillermo De Torre.

*Lecciones de Psicología*, por D. ROUSTAN. Traducción castellana de Gregorio Fingermann. (Ed. Poblet, Madrid-Buenos Aires, 1929.)

Escribir un texto que al mismo tiempo sea una obra; componer un manual escolar que, sin perder su carácter, tenga personalidad, vigor propio, es tarea nada fácil. Roustan ha logrado realizarla con pleno éxito. Sus *Lecciones de Psicología* son más, mucho más que una simple colección de los lugares comunes tan abundantes en la materia de que tratan. Su libro, del cual hoy nos ofrece una pulcra y muy feliz versión castellana el señor Fingermann, es, en efecto, un insuperable tratado didáctico y, al mismo tiempo, una obra de acento personal. Roustan plantea los problemas de la psicología con claridad, con precisión. Conduce al estudiante a través de sus múltiples cuestiones, con método, sencillamente; es siempre accesible, sin caer en lo trivial.

A pesar de su frecuente inspiración bergsoniana, sería erróneo considerar el libro de Roustan como una obra orientada exclusivamente dentro de una determinada tendencia filosófica. El autor expone, respecto de cada uno de los temas que aborda, las distintas doctrinas que se han formulado, después de referirse detenidamente a los hechos mismos, a su comprobación, mediata o directa. El espíritu filosófico de Roustan, su sólida ilustración, se ponen de manifiesto en la abundante información histórica, atinadamente utilizada en su libro. El estudiante puede adquirir, por tal modo, conciencia plena de los problemas de la asignatura por el conocimiento de sus soluciones diversas y a menudo contradictorias. Junto al conocimiento de los fenómenos que estudia, logra comprender su ubicación dentro de una perspectiva filosófica y dentro de la tradición histórica.

Por lo que enseña y por lo que sugiere, por los datos que abarca y por el estímulo intelectual que constituye, este libro de *Lecciones de Psicología* de Roustan es, sin duda, el mejor de cuantos hay en nuestro idioma.

Comienza la obra del profesor francés con una introducción sobre "la filosofía en general" y en las cuatro secciones que le siguen estudia sucesivamente los problemas generales de la psicología, la vida afectiva, la vida intelectual y la vida activa. Al final de cada uno de los veintinueve capítulos que integran el libro, inserta Roustan la bibliografía correspondiente a los asuntos que en ellos son tratados; bibliografía adecuadamente seleccionada, sin pecar de abundancia pedantesca.

Es de celebrar que el Ministerio de Instrucción Pública haya resuelto la adopción del libro de Roustan como texto para los esta-

blecimientos de instrucción secundaria. Su empleo contribuirá a elevar el nivel de la enseñanza de la psicología.

La traducción de Firgerman es excelente. Fidelísima, casi literal, está escrita, al mismo tiempo, en forma flúida, castiza, sin ninguna de las fallas frecuentes en traducciones. La versión de Fingerman, hecha del francés, da la impresión de ser una obra originalmente castellana.—L. Dujovne.

### LETRAS FRANCESAS

*Valencia!*, por ADOLPHE FALGAIROLLE. (Ed. Flammarion, París, 1929.)

Al comentar hace poco en estas mismas páginas el *Panorama de la littérature espagnole* original de Jean Cassou y trazar, incidentalmente, una nómina de los escritores franceses que actualmente vierten su atención hacia las letras de lengua hispánica, recordaba justicieramente el nombre de Falgairolle. Es uno de los espíritus mejor preparados para llegar a adquirir una idea exacta, una visión nítida del conjunto difícil y de las particularidades discordantes que ofrecen no sólo la literatura española, sino también la de los países americanos. Pero no es del Falgairolle hispanoamericanista de quien hoy debemos ocuparnos rápidamente, sino del novelista, con motivo de su reciente *Valencia!*, que lleva este epígrafe encantador: "Amours d'Espagne".

En la tendencia viajera que hoy día caracteriza a un buen sector de escritores franceses, España sigue ocupando el primer plano. A prueba: esa media docena de libros aparecidos en el último semestre y que de un modo o de otro mezclan personajes y lugares españoles en sus ficciones: así *La petite infante de Castille*, por Montherlant, *Printemps d'Espagne*, por Francis Carco, *Lettres espagnoles*, de Jacques de Lacretelle, *Profondeurs de l'Espagne*, por René Schwob, etcétera.

Falgairolle supera quizá a todos los autores citados en el conocimiento devoto y minucioso de España. Es algo más que el turista eventual, prendado de algún aspecto pintoresco, al cual consagra todas sus potencias observadoras — y a veces deformadoras, como en el caso de Carco —, con mengua de la verdad psicológica total. El autor de *Valencia* ha penetrado en la intimidad de la vida española, en sus repliegues familiares, en sus vivencias cotidianas. De ahí esa luz auténtica que resplandece en estas páginas, de ahí los primorosos retratos que nos da y sus finas percepciones paisajistas. *Valencia!* justifica bien su título y como la ciudad epónima está llena de jovencitas florales, de naranjos perfumados y de una poesía especial que irradian las menudas intrigas y los personajes curiosos.—G. De Torre.

*Las obras de don Raúl Sosa (Hipsias-Takaris, Amiclas, Judith).* (Alcaín, París, 1928-1929.)

Todas estas obras son intentos artísticos de reconstrucción y evocación de épocas que han tenido una profunda atracción para los artistas. El escritor publicó su primer obra, *Hipsias*, en Buenos Aires, y luego se dirigió a París para tener más cerca los elementos de estudio que necesitaría para organizar su obra. En verdad las obras anteriormente citadas son tragedias en las cuales el autor se detiene a reconstruir el ambiente de la obra mediante un estudio minucioso. Es aquí que el habla de la emoción decorativa de la tragedia.

La época histórica que a él le interesa para colocar sus dramas es aquella en que la cultura griega se combinó con el orientalismo, produciendo uno de los espectáculos más extraordinarios de la historia. Es así como sigue las huellas de Pierre Louys en su *Afroditá* y de Paul Adam en *Basilio y Sofía*. Pero los temas que busca Sosa tienen cierta inquietante angustia. Las ciencias esotéricas y los conocimientos ultraterrenos, la astrología, las diferentes ramas de la adivinación son utilizados por el escritor para producir ese ambiente que él llama emoción decorativa de la tragedia y que se encuentra tanto en *Hipsias* como en *Salomé*.

Los temas son de una originalidad intrincada, si se nos permite decir de esta manera. *Hipsias*, por ejemplo, atrae por esta razón. El argumento de esta obra es el "andriásmo o pasión carnal por las estatuas bajo las proyecciones luminosas de las hipetrías o ventanales de los templos". *Takaris* es la lucha de la filosofía con el amor, *Amiclas* la lucha del amor con el misterio, *Judith* la lucha de la raza con el amor. Esta última obra puede ser por muchos conceptos discutible; la base histórica del asunto y las características de la protagonista han sido en cierta forma alteradas; sitúa la acción en Babilonia, en el siglo VII; pero eso no impide que el autor nos diga que sólo busca el color externo de un ambiente libre de los versículos bíblicos.

La filología es para la sensibilidad de Sosa lo que para Rodin la penumbra de los cuerpos a través de un intenso reflector. Y es así que una noche, en su taller, descubrió entre la aparente serenidad de un torso griego, el trazo pasional del artista. Pero esta pasión filológica, no muy disciplinada, lleva al autor al uso de palabras por él mismo inventadas a base de raíces griegas. Este hecho vuelve de difícil lectura las obras de Sosa, escondiendo en cierta forma el sentido de lo que pretende expresar. Creemos que con un poco de buena voluntad, el autor podría adecuar esas ideas antiguas a las palabras modernas. Con las características de estas tragedias, se hace cada vez más necesaria esta condición.—Pablo Rojas Paz.

## FILOSOFÍA

*Les théories de l'induction et de l'experimentation*, por ANDRÉ LALANDE. (Ed. Boivin et Cie. París.)

André Lalande, profesor en la Sorbona, ha reunido en el volumen que nos ocupa sus clases dictadas sobre la inducción y la experimentación durante el curso de 1921-1922. Lalande es escritor conocido por su obra sobre *La disolución opuesta a la evolución* y por su *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*. Conocido y justamente reputado. Su nuevo trabajo versa sobre un tema de teoría de la ciencia. Ya anteriormente ha publicado unas *Lecturas sobre la filosofía de las ciencias*. Familiarizado con el asunto que aborda en *Les théories de l'induction et de l'experimentation*, Lalande lo estudia con prolijidad erudita y agudo sentido crítico.

Dentro de la filosofía contemporánea en Francia ocupan lugar importantísimo las investigaciones relativas a la estructura y a los fundamentos lógicos del saber científico. Resultaría excesivamente extensa la enumeración de la larga serie de libros dedicados a problema tan interesante. Trátase, en efecto, de una de las orientaciones dominantes en la filosofía francesa. Dentro de ella cabe ubicar el libro de Lalande.

Tres aspectos diferentes y complementarios ofrece el problema de la inducción: el técnico, el de los principios y el de los fundamentos de la inducción. Lalande estudia las teorías expuestas a su propósito por sabios y filósofos. Comienza por el estudio de los orígenes del método experimental; señala su carácter en la física medieval y en la del Renacimiento. A continuación ocúpase detenidamente de su aplicación a partir de Bacon hasta la actualidad.

Los principios de la inducción son tres. El primero es el de *deducibilidad*; le sigue el de *eliminación por improbabilidad*. La tercera regla del pensamiento inductivo la formula Lalande en los términos siguientes: "Ante la ausencia de toda indicación contraria, se debe juzgar que lo que siempre ha ocurrido según cierta ley continuará ocurriendo igualmente." Nuestro autor explica y comenta el significado de dichos principios, la eficacia de su aplicación en la investigación científica, su valor normativo.

Concluye la obra de Lalande, sabia y penetrante, con estas palabras: "Así las conclusiones inductivas y experimentales forman una larga cadena en la cual unas sólo tienen una débil probabilidad, mientras que a otras se une el más alto grado de confianza que podríamos acordar. El derecho mismo de inducir por experiencia es la certeza mejor y la condición lógica de todas las otras. No es que no haya nada más allá, sino que lo que la excede sólo es movi-

miento inagotable del espíritu que se siente siempre capaz de suspender y de examinar su juicio, dispuesto siempre a buscar algo más, puesto que sólo tendría reposo y satisfacción completa en una asimilación y una disolución integral de lo otro, que suministra contenido y materia al conocimiento."—L. Dujovne.

## LETRAS HISPANOAMERICANAS

*El modernismo y los poetas modernistas*, por RUFINO BLANCO-FOMBONA. (Editorial Mundo Latino. Madrid, 1929.)

A quien conozca bien las características temperamentales que definen la personalidad literaria de Blanco-Fombona le producirá, sin duda, alguna extrañeza verle suscribiendo un libro de crítica literaria, como es el presente. En efecto, el autor de *La lámpara de Aladino* — una de sus obras más sugestivas, aquella que da la medida más exacta de su movilidad y de su independencia espiritual — posee ciertas cualidades de apasionamiento, parcialismo y aun arbitrariedad que, los adictos a la separación rigurosa de géneros, estimarán como opuestas a las cualidades de equilibrio, moderación y desprendimiento necesarias para el ejercicio normativo de la crítica. Por mi parte, sin solidarizarme con los que así piensan, y aun estimando que un mínimo de apasionamiento, de interés fervoroso — en pro o en contra, pues en arte, como decía Cocteau, la justicia es una cierta injusticia — es deseable en la crítica, no por ello dejo de reconocer la conveniencia de poseer las cualidades de templanza enunciadas. Mas, según he dicho, las virtudes propiamente críticas están lejos de prevalecer en Blanco-Fombona. Al contrario, hay en él un vigoroso panfletario, un hombre ardiente que mezcla, a veces, sus intereses personales con los puramente estéticos. Su espíritu polémico asoma cada dos páginas, ganando éstas así en movilidad y donaire lo que pierden en rigorismo y veracidad.

Pero hagamos la salvedad de que en ningún momento Blanco-Fombona se propuso trazar en este libro la historia definitiva de los poetas americanos pertenecientes al período modernista finisecular. Ya nos lo advierte él mismo, sagazmente, en el prólogo, dando a estas páginas el valor de elementos basamentales para que algún otro escritor — menciona certeramente, entre los capaces para ello, a Pedro Henríquez Ureña o Jesús Semprum — escriban más tarde la historia crítica del modernismo poético de Hispanoamérica, complementada con la parte correspondiente a los poetas españoles que, en efecto, nadie mejor que Díez-Canedo podría llevar a cabo.

Aun careciendo de un plan orgánico y de una vertebración rigurosa, el libro de Blanco-Fombona marca ya exactamente los jalones principales del período modernista. (Señalaré entre paréntesis que

este epíteto sigue pareciéndome inadecuado, impreciso. Contiene, como las malas definiciones, el género próximo — en este caso la demarcación temporal — pero no la diferencia específica. De modernistas pueden ser motejados cuantos períodos y cuantas personalidades se destacan en un momento, con intención innovadora, modernizadora, frente a lo anterior, a lo periclitado. Ese término tiene, pues, un sentido abstracto pero carece de una concreción individualizadora. Es sensible que habiendo surgido el modernismo hispanoamericano un poco a la zaga del denominado simbolismo francés, no tomase, al modo de éste, un nombre diferenciador de las anteriores escuelas. Ciertamente el nombre no hace a la cosa, pero la nomenclatura exacta facilita grandemente la tarea posterior de los críticos. De ahí que, sin mayor jactancia, yo me considere muy satisfecho de haber contribuido a formar y propagar el término de ultraísmo — correspondiente al período lírico español posterior y derrocador del modernismo —, el más feliz, según declaró luego Ortega y Gasset en *La deshumanización del arte*, que se ha inventado para designar el nuevo estado de espíritu o de sensibilidad que hoy prevalece. . .)

Comienza Blanco-Fombona trazando un cuadro panorámico del momento en que se incubó el modernismo. Momento riquísimo, repleto de figuras y direcciones, al igual que acontece con el simbolismo en Francia. Señala la importancia precursora de las personalidades principales: José Asunción Silva, Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, el máximo Rubén. Trata luego de fijar los caracteres del modernismo, bastante similares en los poetas citados, empero su diferencia de latitudes. (Mas la mejor definición, en lo formal, estaría hecha aplicando la que Valéry ha dado del simbolismo: "reprendre à la Musique leur bien.") Establece una certera distinción entre modernismo y rubendarismo, que es muy necesaria desde el momento en que este último ha venido a ser — en la acepción corriente — por antonomasia lo primero. Y finalmente bosqueja animados retratos, vivaces críticas de los poetas modernistas más representativos ya citados, y de otros como Herrera Reissig, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Guillermo Valencia, etc. . . Son bastante desiguales tales estudios. Los hay excelentes y ecuanímenes — el de Silva, por ejemplo — pero también incompletos y parciales. En varias ocasiones el polemista virulento arrasa con todo, olvidándose de la más elemental objetividad crítica y dejando transparentar demasiado sus filias y sus fobias personales. Cuando acierta plenamente es al evocar sus recuerdos y darnos, mejor que un estudio más, unos capítulos vivaces, evocadores, casi novelescos sobre la vida de Rubén Darío.

La actitud del venezolano Blanco-Fombona en lo que respecta al problema general del americanismo literario y a la relación de

estas diversas nacionalidades con España nos parece muy acertada. Acierta a situarse en un plano verdadero y equilibrado. Merece leerse su capítulo "El criollismo" con atención y abierta simpatía. Por lo mismo que sostiene la autoctonía espiritual criolla, afirma la común identidad idiomática. Y agrega: "El criollismo es otro modo de ser español. Por él florecerá España en nueva e insospechada juventud. Recuerdo esta frase que me escribió Unamuno hace muchos años, a principio del siglo: "Nuestra lengua nos dice, desde allende el gran mar, cosas que aquí no dijo nunca".—Guillermo De Torre.

### LETRAS ITALIANAS

*Rosalino Pilo*, por GIUSEPPE MAGGIORE. (Colección "I Prefascisti", Ediciones Augustea. Roma, 1929.)

Giuseppe Maggiore ha escrito un interesante y original perfil de Rosalino Pilo, figura que, si no muy conocida por el público, es indudablemente una de las que descuellan en la historia del "Risorgimento" italiano. Su vida — breve y ardiente (1820-1860) — se desenvuelve en el curso de las tres revoluciones de Sicilia: la primera separatista en 1820, la segunda federalista en 1848, la tercera nacional y unitaria en 1860. Su infancia transcurrió entre los clamores del pueblo en tumulto y el crepitar de la fusilería. "L'ardire è tutto", escribía a un amigo en 1856. Esta máxima, traducida en acción, es la que lo llevará al apostolado y al martirio.

En la revolución de 1848 Pilo se muestra audaz combatiente, y al mismo tiempo hombre de gobierno equilibrado y enérgico, en el comité provisional presidido por Ruggero Settimo. Sofocada la revolución y obligado a salir de Sicilia, se embarca con otros prófugos, entre los cuales Crispi, para Marsella. En Génova entra en "fraterno contatto" con Mazzini, del cual siempre sintió la irresistible fascinación, también cuando ve el método mazziniano siempre más confuso por las duras lecciones de la historia. Mientras tanto los acontecimientos apremian.

La guerra de Crimea hace virar todas las miradas hacia el Piemonte. Mazzini, Garibaldi, Crispi, entran en el surco que, serrados los otros caminos, lleva el movimiento de la independencia a la fórmula: "Italia e Vittorio Emanuele". La revolución es inminente en Sicilia. Pilo pide armas a Garibaldi. Junto con Giovanni Corrao desembarca en la isla y marcha hacia Palermo, animando a los isleños con la fuerza irresistible de la fe y de la esperanza. Garibaldi, antes perplejo e irresoluto, se decide a iniciar la empresa. Rosalino Pilo es por lo tanto el heraldo de los "Mille", que allanó a Garibaldi el camino de la gloria y a Sicilia el de la libertad. Pero él, que vivió toda la revolución, no pudo verla victoriosa.

El 17 de mayo Garibaldi está en Alcamo, el 18 en Partinico, y avanza hacia Monreale. El 20 escribe a Rosalino: "Marchad pronto sobre San Martino con las fuerzas disponibles, para cooperar con el grueso de la expedición".

Pilo obedece. Recoge sus doscientos cincuenta hombres y a la mañana siguiente está en San Martino. Pero las tropas del rey lo apremian; favorecidas por las posiciones que ocupan, fulminan a cañonazos la pequeña legión, inferior en número, mal armada, mal nutrida. Pilo ve el peligro y pide socorro a Garibaldi. El general contesta: "No puedo por ahora mandar municiones y cañones. Pienso marchar hacia Monreale en las últimas horas de la jornada. Decid a vuestros compañeros que en Lombardía y en Sicilia nosotros siempre hemos derrotado al enemigo que tenía cañones, y nosotros no".

Rosalino, con una faja tricolor sobre el traje civil, y con la gorra de oficial, entre el silbido y el humo de los proyectiles, alentaba con el ejemplo a sus hombres. Cuando se vió casi acorralado, dió las órdenes de la extrema resistencia y quiso mandar el último saludo a Garibaldi. En la cima de la Neviera, dobló la rodilla en el suelo y, calmo, apoyando una hoja sobre la otra, se puso a escribir.

Una bala lo alcanzó en la cabeza, y lo fulminó.

Giuseppe Maggiore ha sabido evocar la figura heroica de Pilo con acentos originales y artísticos; y ha sabido encontrar en él al prefascista, al héroe, que por impulso de sentimiento y espíritu de sacrificio y por la concepción sublime de la vida, precorrió las actuales corrientes políticas italianas.

Elegantísima la edición.—L. Sorrentino.

*Il nipote di Rameau*, de DIDEROT, sátira, traducida al italiano por Gildo Passini, con dibujos de Mario Zampini. (Ediciones Formiggini. Roma, 1929.)

Es el libro singularísimo de un ingenio soberano. Libro de pensamiento, de sátira, de crítica y de estética musical; libro de batalla, lleno de observaciones profundas e intuiciones geniales tiradas a granel a través de una narración efervescente y un diálogo todo choques, chispas y rayos luminosos. Es un libro moral. El protagonista que da el nombre al libro no es una creación de la fantasía. Se llamaba Jean François Rameau, nacido en Dijon en 1717, cuatro años después que Diderot, y era verdaderamente el sobrino de Jean Philippe Rameau, el famoso compositor y teórico de la música, tan querido por Debussy. El sobrino, tan diferente del tío, fué un extraño personaje, un espíritu vivo, inquieto, voluble, ocioso; huido del seminario, vagó por el mundo como maestro de canto y de clavicémbalo, y llegó después a ejercer este y otros oficios, no todos con-

feasibles, a París, como compositor de trozos para clavicémbalo, futuristas en su tiempo, colaborador en una opereta junto con el célebre Zazotte, en polémica musical con Rousseau, en la cárcel por injurias a los directores de la Opera, muerto no se sabe dónde, ni cuándo, ni cómo.

Todo lo que el grande enciclopedista le hace decir en diálogo admirable, no es evidentemente todo de Rameau; Diderot se ha hecho de él un maniquí y le ha puesto en las manos un palo para arremeter contra todos sus enemigos, contra la corrupción de su tiempo y de todos los tiempos. Y como la corrupción en este mundo parece ser inmortal, se puede decir que *Il nipote di Rameau* no golpeará nunca en el vacío; será por esto inmortalmente útil y útilmente moral.

Excelente es la traducción de Passini, el magnífico traductor al italiano de Rabelais, que ha sabido vencer brillantemente las dificultades del idioma y del estilo. De buen gusto las ilustraciones del pintor Mario Zampini.—L. Sorrentino.

*Penelope dei nostri giorni*, cuentos de LUCIO D'AMBRA. (Ediciones Ceschina. 350 págs. Milán, 1929.)

Lucio D'Ambra es demasiado conocido en la Argentina por sus colaboraciones en *La Nación* para que necesite presentaciones. Es conocido en uno de sus aspectos más brillantes, es decir, de *croniqueur* documentado y sutil, ameno y a veces sentimental, siempre interesante, personalísimo, entusiasta, bueno... Este adjetivo "bueno" puede parecer extraño en una nota literaria, pero estoy convencido de que la bondad fundamental de su obra de divulgador es uno de los mayores orgullos de Lucio D'Ambra. El cual, nacido en 1887 en Roma, a los diecinueve años ya había publicado con discreto suceso un libro de versos, entrando en la vida literaria de la capital italiana y ocupando un puesto destacado de periodista, crítico, autor, de dinámico de la literatura, amigo sincero de medio mundo y especialmente de los escritores extranjeros que pasaban por Roma. Este puesto destacado a pesar de los años y de las nuevas tendencias, Lucio D'Ambra lo guarda con honor y altivez. Hace poco hemos leído, en una de sus crónicas en *La Nación*, sobre Domenico Oliva, que no va más a los teatros, por no soportar la tristeza que en su corazón producen ciertas butacas vacías: las butacas de los críticos de la pasada generación, coetáneos suyos, que uno por uno se han ido, dejando a Lucio solo con un caudal de recuerdos que — es fácil comprender — le vuelven amargos los olvidos de las nuevas generaciones que ve en torno suyo, animadas por otros ideales y usando diversos sistemas de trabajo y de lucha.

Con esto no quiero decir que Lucio D'Ambra sea un enemigo

de los jóvenes. Al contrario. Cuando descubre un poeta nuevo su alegría es grande como nunca. Recuerdo un artículo que escribió el año pasado en un diario de Milán sobre unos manuscritos de versos que le mandaba Claudio Allori, queridísimo amigo de mi adolescencia, del cual me dividió la guerra, y que ha sabido seguir escribiendo versos, también después del armisticio, solo de una bandada de muchachos que nos reuníamos alrededor de una revista titulada *Gioventù Latina* y que nos hemos dispersado en varias partes del mundo, desarrollando las más variadas y a veces pintorescas actividades. Claudio Allori encontró en Lucio D'Ambra no sólo el crítico sino el amigo, que lo presentó a los editores, lo acompañó en sus primeros pasos, le dió aliento para seguir la noble tarea de vivir escribiendo versos. . .

De Lucio D'Ambra sin embargo en este país no es muy conocida su obra de creación, las novelas, las comedias, los cuentos. Es un trabajador formidable. Produce tanto que sus admiradores asombrados se preguntan cómo hace para encontrar tiempo para escribir tanto, entre un viaje a París y una recorrida por las varias ciudades italianas, en cuyos ambientes intelectuales es familiar y querido.

Ahora nos llega un libro de cuentos, editado por la casa Ceschina, que va reuniendo alrededor suyo a un grupo selecto de literatos de varias tendencias. Este libro se titula *Penelope dei nostri giorni*, como uno de los cuentos en él contenidos.

Imaginad a un grupo de amigos cultos y elegantes, que tienen la pasión y las horas para cultivar la vida de café, y en estas horas hablan de los temas más diferentes: filosofía, arte, literatura, política, mujeres, casos raros de la vida, acontecimientos sociales. Estos amigos que tienen el gusto de la conversación cuentan a menudo las historias de vida vivida, por uno o por otro; las aventuras de amor que uno u otro han tenido. De estas narraciones verídicas y sabrosas Lucio D'Ambra saca sus cuentos, escritos en su prosa llena como un camino asfaltado, cordial como un apretón de manos.

Como los hombres que viven intensamente sin poner los valores de la vida en la balanza, Lucio D'Ambra no es un pesimista. La vida le gusta demasiado en todos sus aspectos, y a él le parece haber cumplido con todo su deber cuando en los acontecimientos que narra ha sabido encontrar un poco de poesía, alegre o triste, no importa; algo que no sea del todo vulgar, que tenga un poco de perfume que valore el transitorio sendero de la vida.—L. Sorrentino.

*Grazia Deledda*, por MERCEDE MUNDULA. (Ediciones Formiggini. Roma, 1929.)

Seguramente no es el otorgamiento del premio Nobel a Grazia Deledda lo que ha inspirado estas páginas de Mercedes Mundula

sobre la gran escritora. Se desprende de ellas el profundo amor y la meditada lectura de todas las obras deleddianas, que son agudamente analizadas. La artista y la mujer son sentidas con vivacidad por una mujer a la cual son familiares tanto la una como la otra. La formación tesonera y lenta de la personalidad artística de la Deledda está puesta de relieve con claridad y con sensibilidad femenina. Más que detenerse a la coloreada superficialidad del folklore, la Mundula ha querido investigar la esencia profunda y la significación espiritual de toda la obra de la escritora sarda, deteniéndose sobre todo en un aspecto de los menos observados por los estudiosos de la Deledda: su feminidad.—L. Sorrentino.

*Duelli celebri*, por JACOPO GELLI. (Ed. Hoepli. Milán, 1929.)

Más que una narración de duelos, el nuevo volumen de Gelli es un estudio prolijo de las particulares situaciones de ánimo de las personas que recurrieron a los medios caballerescos para decidir y definir situaciones escabrosas a menudo insolubles de otra manera. A pesar de que no es un libro literario, la forma y el lenguaje son bastante cuidados, y la narración es siempre movida e interesante. Es la historia detallada, rica en anécdotas y noticias curiosas y divertidas, del concepto del honor y de la manera práctica de resolver en su nombre las cuestiones personales de la vida. Hay páginas de intensa dramática: sobre los amores de Lassalle, sobre los duelos políticos italianos, sobre los duelos generados por el boulangismo, el dreyfusismo y el panamismo, de los cuales son revelados los aspectos menos conocidos, a veces dramáticos, a veces ridículos.

Muchos grandes nombres salen de la lectura de este libro un poco disminuídos. Especialmente interesantes son los duelos entre mujeres del siglo pasado. Las ilustraciones (93) completan la edición clara y cuidada, como todas las del viejo editor milanés.—L. Sorrentino.

#### LETRAS ALEMANAS

*Julius Bab: Die Befreiungs-Schlacht* (La batalla por la Libertad), J. ENGELHORN, Nachf. Stuttgart, 1928.

Julius Bab ha recogido en este volumen una serie de ensayos críticos. Julius Bab toma partido en las luchas de nuestro tiempo. Ha procurado meter baza con estos ensayos. Los problemas a que atiende no son del todo políticos ni del todo literarios. Son aspectos políticos de las obras de algunos literatos. Cree Bab que las diferencias entre los espíritus no son ahora pocas. Para él no se trata de cosas baladíes. Cree que cierta literatura pone de manifiesto cierto sentido

de la vida con mayor significación que otra literatura. Bab examina este sentido. No trata, pues, de la literatura, sino de la vida en esta literatura. Para él lo que estos libros revelan es cuestión de vida o muerte. Va en ello la civilización. El, como es alemán, habla aquí del ser total de la cultura y de su expresión. Averigua si el mundo europeo se fosiliza o se renueva. Quiere entender si hay defensa, o si todo va a ser destruído. No cree Bab que cualquiera cosa que salga de diario a la luz del mundo, es un signo del mundo. Por lo menos, no cualquiera cosa es un síntoma. No todo es importante. Siempre la literatura—deliberadamente o no—mostró el sentido de la vida en un período. Pero nunca le mostró ni le significó con la virulencia con que ahora lo muestra o significa. A Bab lo que le importa ante todo es la literatura que se hace ahora; y de esta literatura lo que le importa ante todo, es la vida que revela ahora; la vida que se detesta, o la vida que se desea, pero en todo caso la vida que se reconoce, se estudia y se desnuda. Ni periodismo, ni literatura: nada de esto hace Bab; ni a lo accidental ni a lo ornamental: a nada de esto atiende Bab. Su punto de partida es una obra y un autor. La obra ha de ser literariamente digna; Bab ni la critica, ni informa gran cosa acerca de esto; da por entendido que su autor es un artista, o uno que sabe su oficio. Luego, a ver lo que de este autor o lo que de esta obra se concluye. De esta manera, Bab por fuerza tiene que tratar de personas ya muy conocidas; para que así con la autoridad que esta gente tiene adquirida en el mundo, a él se le tolere el que no nos diga nada técnicamente de su obra. En efecto, Bab trata en este libro de estas personas y obras: Bruno Frank: *Politische Novelle*.—Thoma Mann: *Der Zauberberg*.—John Galsworthy: *Forsyte Saga*.—Sigrid Undset: *Kristin Lavranstochter*.—Heinrich Mann: *Der Untertan*.—Romain Rolland: *Verzauberte Seele*.—Walt Whitman: *Grashalme*.—Bert Brecht: *Die Hauspostille*.—Emil Ludwig: *Bismarck. Wilhelm II.*—Henry Ford: *Mein Leben und Werk*.—Dostojewsky: *Die Brüder Karamasow*.—Oswald Spengler: *Der Untergang des Abendlandes*.—Shakespeare: *Heinrich IV.*—Como se ve, no necesitan ser presentados estos autores y sus obras. Así Bab puede dar de inmediato comienzo a su tarea.

Luego, lo que a mí me toca aquí decir, es cómo Bab examina estos autores y sus obras. Con toda deliberación ha escogido tales obras que le dieran motivo para tratar de sus ideas sociales; porque Bab, aunque idealista, empero tiene ideas. Pero sus ideales no veo cómo pueden encajar con sus ideas. Son vagos, son de esos que se llaman humanitarios; mientras que sus ideas son precisas y reales: tienen que ver con las cosas y con los hombres. Es cosa de peligro un idealista alemán con ideas políticas: es Hegel. Pero no hay cosa de mayor peligro que un alemán con ideas que tenga ideales políticos: es Marx. Bab es, guardadas las distancias, un alemán con ideas que

tiene en política ideales. Avanza desde lo cotidiano hacia lo histórico bajo el signo del porvenir cultural de Europa. Está de moda ahora en Alemania hacer el europeo. Alemania al parecer quisiera ser Europa, desde que no ha podido hacer de Europa Alemania. Quiere hacer ahora una conquista por absorción, porque no ha podido hacerla por expansión. Es la invasión en el modo pasivo, tras el fracaso del modo activo. Es Locarno tras el Marne. Todos los mejores alemanes lo intentan. Son así buenos patriotas. Pero no son todavía buenos europeos. Los alemanes que, resentidos contra el resto del mundo, quieren aislar a Alemania son sólo unos torpes. Son los conservadores que no entienden el sentido vital y beligerante de este cambio de postura que los socialistas y los demócratas practican tan bien. Por un lado, en Alemania miman a Rusia, principalmente en la literatura; por otro lado, halagan a los Estados Unidos, principalmente en la política; se dicen europeos, y se complican con uno y con otro para dividir en contra del resto de Europa. Eso se siente y se explica. Los alemanes quizá no lo piensen. Pero lo hacen. Julius Bab acaso se crea de veras un buen europeo. Pero si Alemania hubiese ganado la guerra y hecho la conquista de Europa, él y los otros hubiesen propugnado la cultura alemana; no la europea, como ahora lo hacen; y no se hubiesen preparado para aliarse a los Estados Unidos en contra de Europa como lo hacen ahora, ni para conspirar con Rusia en contra de Inglaterra, como lo hacen ahora; sino para ir con estos países tal vez conquistados y enfeudados en contra de los Estados Unidos. Bab pretende traer un mensaje europeo. Pero sólo trae el mensaje de un alemán. Es un alemán excelente. Pero no porque nos hable de los problemas de Europa y del mundo, deja de ser lo que es, ni de mostrar que es un patriota más que un europeo. No está mal que lo sea. Pero tampoco está mal que yo lo diga aquí cuando él no lo declara o no lo sabe.

La batalla que Bab da por la libertad es una batalla por Alemania; y como Alemania ahora está en una política de combinaciones pacifistas, por eso Julius Bab hace ahora una literatura pacifista. También ha comprendido que conviene la democracia, porque la democracia hace más fuerte a su patria; pero él es tan político y tan poco crítico, que pretende conciliar los Estados Unidos con Rusia. Mas tal conciliación no puede sino ser cosa teórica y dialéctica, como la de los extremos opuestos; porque los Estados Unidos son un cuerpo rico con un alma pobre, y Rusia es un alma rica con un cuerpo pobre. ¿Qué quiere entonces Bab para Alemania? Quiere el alma de Rusia y la riqueza de los Estados Unidos. Nada menos. Cree que así podrá resolverse el problema europeo, cuando Alemania no tenga más nada que pedir. Pero no se puede servir a dos amos. Esto vale para los pueblos como para los hombres.—*Julio Fingerit*.

Franz Koehler: *Untergang Oder Aufstieg der Abendländischen Kultur* (Decadencia o ascensión de la cultura de Occidente), Rosl & Cie., München.

El profesor de filosofía Augusto Messer publicó no hace mucho un pequeño libro en el cual denunciaba los errores de hecho que ha cometido Spengler en su Decadencia de Occidente. Messer comprobaba, por ejemplo, una falsedad histórica, y así deducía que la conclusión de Spengler también era falsa. De esta manera Messer refutó algunas opiniones de Spengler. Pero en general no le hizo daño. Spengler afirmaba, por ejemplo, que las culturas son como las plantas: esta analogía es intuitiva. Pero las cosas intuitivas no pueden ser demostradas de manera racional, y en cuanto las cosas intuitivas son cosas concretas dan ocasión a conclusiones diversas. La teoría de Spengler es toda intuitiva. Sus premisas son analogías. Estas analogías también son intuitivas. Se podría demostrar que son materialmente falsas, y a pesar de la demostración, podrían en el fondo ser verdaderas. Luego, solamente la historia puede al fin dar o quitar la razón a Spengler, pero la historia al fin sólo prueba algo con el futuro. De manera que se puede tener fe en Spengler o no tenerla. Su teoría no obliga a más que a admirar al autor. Tiene mucha imaginación. Por eso al parecer dice muchas verdades, aun cuando cita a veces falsamente. Suele ocurrir que para un pensamiento verdadero en el fondo, trae a cuento circunstancias que no lo son. Yerra así en el ejemplo, pero no en el sentido. Koehler ha entendido a Spengler mejor que Messer. No cree en la decadencia de Occidente. Dice que Spengler es más un profeta que un historiador. Pero si lo que denuncia en contra de Occidente es un mal cierto, lo que anuncia en contra de Occidente es arbitrario.

El fuerte de Spengler no es la lógica. Denuncia desgracias y anuncia desgracias. Denuncia decadencia y anuncia decadencia. Pero esta deducción no es rigurosa. Tras la decadencia no es fatal la decadencia ni la muerte. Köhler admite el método de Spengler. Le sigue paso a paso. Spengler se vale de la historia: Köhler no busca en la historia argumentos de hechos aislados para oponerlos a Spengler. Acepta la historia de Spengler y contesta a las profecías de Spengler con la afirmación cristiana de la permanencia. En efecto, Köhler examina el planteo de cada problema. Ya se sabe que según se planteo, así se responde a cualquier problema. En la proposición suele estar latente la demostración o la respuesta. Köhler, en fin, somete a prueba las categorías con que piensa Spengler. Hace un análisis de su valor. La forma cómo Spengler piensa no es siempre justa. Ni siempre su intuición alcanza una expresión valedera. Su posición suele ser mala. Köhler así, al paso de Spengler, demuestra que Spengler no toma el camino que debe. Para eso no se despega

de él. Mas no le estorba el paso, no le hace zancadillas. Cuando ha acabado de acompañarle, tras haberle mostrado a lo largo del camino las partes en que se iba a extraviar, le alaba el buen paso, pero le dice que si él está cansado y cree que todo se acaba en este punto, la verdad es que aún hay mucho camino que andar y quedan todavía muchas cosas que salvar. Los argumentos que hace aquí son también intuitivos; pero son tan buenos como los de Spengler. El espíritu al cabo no habrá de ser vencido. En el propio Spengler es el hombre de espíritu quien se ha levantado a denunciar al técnico. El profeta es tan bueno, que, sin quererlo, aun contra sí profetiza: Köhler dice que la Iglesia de Cristo está aquí entre los hombres para impedir que la técnica mate al espíritu. Así la civilización no acabará con la cultura. Siempre habrá hombres cristianos. Esos nunca serán puramente técnicos. No abdicarán de su jerarquía espiritual. Köhler se refiere aquí a una invisible Iglesia de Cristo; pero el sentido que esta Iglesia tiene en sus argumentos es el que ahora tiene en la realidad la Iglesia visible de Cristo.—Julio Fingerit.

## HISTORIA

*Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. VI, Nº 1. (Montevideo, 1928.) Un volumen de 374 páginas. *Revista de la Sociedad "Amigos de la Arqueología"*, t. I y II. (Montevideo, 1927-1928.) Dos tomos de 273 y 390 páginas.

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay ha entregado a la circulación la primera parte del tomo VI de su acreditada revista, presentando un variado material de interés para los estudios históricos americanos. P. Blanco Acevedo publica la conferencia que pronunciara en nuestra Junta de Historia y Numismática, la que versó sobre la *Impresión de Montevideo ante la Revolución de Mayo*. H. Arredondo, hijo, edita los *Apuntes estadísticos de Andrés Lamas*, precediéndolos con una introducción en donde valora la personalidad de Lamas y estudia el origen del trabajo en cuestión. El original de los apuntes se halla en el *Archivo General de la Nación*, de Montevideo. "La circunstancia — dice Arredondo — de estar incompleto me inclinó a utilizarlo como documento de referencia en las monografías montevideanas que preparo; pero, al tanto de su contenido, poseído de su importancia y apreciando el prestigio del autor, me determiné a publicarlo íntegramente tal como está, sin la menor alteración". Determina asimismo, Arredondo, que el autor del prólogo de la introducción que se publicó en París en 1851 fué Benjamin Poucel y no — como hasta ahora se suponía — A. Isabelle. En cuanto a los *Apuntes* mismos, debemos señalar que encierran un conjunto de informaciones muy diversas, de inapreciable

valor. Hemos podido cerciorarnos de la exactitud del trabajo de Lamas, pues al cotejar el "Extracto del Padrón" (pág. 43) con el que apareció inserto en las columnas de la *Revista histórica*, t. V, N° 13, pág. 254 (Montevideo, 1912), no hemos hallado alteración alguna.

Dos interesantes manuscritos de Sáinz de la Maza referentes a las invasiones inglesas completan este número, cuyo contenido — nutrido y selecto — revela por sí solo la nueva orientación que se le ha impreso a la *Revista*.

\*

No abundan esfuerzos de la laya del que acaba de realizar un entusiasta conjunto de uruguayos. Y lo que es aun más halagador y que constituye ejemplo que debe ser imitado, es que las personas que aunaron sus esfuerzos para obtener un éxito tan singular pertenecen a las más variadas actividades, lo cual no ha sido óbice para que no se notara en ellos el sincero anhelo de mejorar los estudios científicos de su país. Me refiero a la Sociedad *Amigos de la Arqueología*, fundada el 29 de junio de 1926. En efecto, merced a los esfuerzos de los señores H. Arredondo, hijo, F. Capurro, P. Blanco Acevedo, Simón S. Lucuix, A. Gallinal, J. Lerena Juanicó, etc., se logró darle vida a la nueva institución. Esta ha publicado ya los dos primeros tomos de su *Revista*, los cuales contienen un variado conjunto de trabajos que, aunque de desigual valor, indican bien a las claras el deseo de mejoramiento de que están animados los socios. En el tomo primero, además de los trabajos sobre arqueología, recordamos especialmente la monografía intitulada *Iconografía de Montevideo. Grabados de las invasiones inglesas*, de H. Arredondo, hijo. El segundo número de la *Revista* merece especial atención por doble motivo: en primer término, por su lujosa presentación y en segundo lugar por la calidad de sus colaboraciones. Se inicia este tomo con un estudio de Lucas Kraglievich intitolado *Apuntes para la geología y paleontología de la República Oriental del Uruguay*; luego y de más interés para las investigaciones históricas, señalamos la monografía de Fernando Capurro: *La Colonia del Sacramento*. La lectura de este estudio permite al lector formarse una idea bastante exacta de lo que fué la Colonia en los primeros años de su vida. Bien ilustrada y acompañada con la reproducción de numerosos planos de dicha plaza, la investigación del señor Capurro aumenta los conocimientos que sobre tal aspecto poseíamos. Finalmente recordamos un novedoso trabajo del señor Arredondo: *Temas de Museo: Abanicos*. Después de aportar noticias curiosas sobre los abanicos europeos describe con exactitud algunos ejem-

plares que posee en su rica colección particular y otros que le ha sido dable estudiar en los museos argentinos y uruguayos.

La comisión directiva de este nuevo centro de estudios merece el más franco aplauso, no sólo como justa recompensa por la labor realizada, sino también como aliento para perseverar firmemente en el estudio de temas tan objetivos como atrayentes.—Ricardo R. Caillet-Bois.

*¿Dónde está el pueblo?*, por JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE. Buenos Aires, 1929. Un volumen de 254 páginas.

El señor Eizaguirre, distinguido miembro de *La Prensa* y autor de varias obras de carácter histórico, ha entregado al juicio de la crítica un nuevo trabajo, bajo cuyo título—*¿Dónde está el pueblo?*—ha agrupado diversos artículos de que es autor.

Sin animosidad y sin prevención alguna, hemos ojeado este volumen que, por simple suposición, imaginamos colocado a la altura de *Cómo se formó el país argentino*, libro este último que la crítica juzgó con gran benevolencia.

El autor ha reunido en este tomo un conjunto de artículos periodísticos en donde campea una consideración no muy honda de los temas tratados y en los cuales está lejos de encarar la solución de los enigmas que presenta nuestro pasado, lo cual, por otra parte, no parece haber sido la intención del señor Eizaguirre.

Con todo, debería retocar ciertos puntos, algunos de los cuales se señalan a continuación. En esta forma este trabajo, sin llegar a constituir nada que pueda valorarse como algo superior, podrá considerarse como una producción más o menos estimable.

El segundo capítulo (págs. 43 y sigs.) se intitula *El primer periódico*.

"Los libros y folletos trataron en su totalidad, materias didácticas, especialmente temas religiosos y enseñanzas de la misma índole, catecismos, pastorales y almanaques". Nos parece un tanto aventurada la afirmación: "... todo lo que vió la luz por la imprenta de Buenos Aires, desde su fundación hasta 1810, no se redujo simplemente a pastorales, almanaques, novenas, ejercicios devotos, trisagios y vidas de santos", ha dicho con su indiscutible autoridad el Pbro. Pablo Cabrera (1).

En efecto; a la larga lista de pastorales, etc., debe agregarse el *Tratado preliminar sobre los límites de los países pertenecientes en América Meridional a las Coronas de España y Portugal*; las *Noticias recibidas de Europa por el Correo de España*; los *Princi-*

<sup>1</sup> *Imprenta e impresos en nuestro pasado*, p. 8, Córdoba, 1924.

pios de la ciencia económico-política, etc., que están lejos de poder catalogarse en el rubro indicado por el señor Eizaguirre.

Luego y a renglón seguido, dice:

"A pesar de la legislación económica que pretendía cerrarnos el mar...". El señor Eizaguirre debió precisar a qué época se quiso referir, pues de querer abarcar toda la colonia caería en un error, tal como lo han puntualizado distinguidos profesores de nuestra Universidad.

Sin que lo que a continuación se expresa signifique indicar un error de magnitud, declaramos que nos parece aventurado afirmar que la desaparición del "Telégrafo" no fué sentida ni lamentada". Los contados testimonios (dados a conocer por C. Correa Luna) permiten poner en duda tal creencia (2).

Señala el autor, muy especialmente, que "Se observa en ellos [en los artículos del "Semanario" de Vieytes] la tendencia informativa y de propaganda comercial..."; es exacto (3); recuerdo, eso sí, que Vieytes preparó su plan de trabajo teniendo como mira especial de sus esfuerzos "hacer florecer, y prosperar a nra languida Agricultura, y ver ocupados útilmente los brazos que hoy se hallan concentrados en la más reprehensible ociosidad". Más adelante añade: "En un tiempo en que casi todos los Pueblos del Mundo conocido han buuelto sus miras al adelantamiento y fomento de la mejor, y la más noble de las Artes sería incontestable el cargo que aun por las Naciones menos cultas se hiciere á la porción más pingüe y más feraz de nuestra América deno haber adelantado un solo paso en los precisos conocimientos de su Agricultura, y de su Industria". Esto le valió una observación del Síndico Escalada: "... debe prevenirse al Edictor que se contraiga más al ramo de Comercio y extracción; pues en habiendo ésta, y mejor si concurre la importación de brazos, de necesidad se aumentará la Agricultura, y entonces será el tiempo más oportuno de su instrucción y fomento: pero no habiendo extracción, es perder tiempo el hablar de Agricultura, en un País tan feraz que no se necesita sino arañar la

2 Un casamiento en 1805, págs. 15 y 16, Buenos Aires, 1920.

3 *Semanario de agricultura, industria y comercio*, de H. Vieytes, reimpresión facsimilar hecha por la Junta de Historia y Numismática Americana. Continuando la ejecución de su propósito, la mencionada Junta ha entregado a la circulación la reimpresión facsimilar del conocido *Semanario*, del cual han aparecido ya los dos primeros volúmenes. Singular y valioso aporte éste que permite poner al alcance de los estudiosos y educacionistas uno de los periódicos de la colonia, con lo cual se ha facilitado aún más el contacto con dicha época. La reimpresión citada, que reúne las condiciones de un trabajo esmerado, está precedida por una interesante introducción, en donde se aclaran algunos de los asuntos relativos al *Telégrafo mercantil* y al *Semanario*. Sin embargo, he podido observar que en ella no se cita el expediente que se transcribe al final de esta nota.

Tierra, para que produzca lo necesario, y sobrante que se queda perdido con sacrificio y retraimiento del Labrador" (4).

No tomamos en cuenta el capítulo V: *La historia en la vida cotidiana* (5), porque su contenido es demasiado sencillo, demasiado simple para que merezca un juicio. De agradable lectura y animada composición resultan, en cambio, las páginas siguientes, en donde recuerda amablemente el entusiasmo con que el Buenos Aires antiguo festejaba el Carnaval. Lo mismo digo de las líneas referentes a los *Antecedentes de algunos alumnos de la Universidad de Córdoba*, donde el autor, sin ahondar el tema y valiéndose principalmente de la obra de Fray Zenón Bustos, señala los sacrificios que se impuso más de una familia de antaño para que su hijo pudiese cursar los estudios universitarios. Sólo que Fray Fernando de Trejo y Sanabria no fué el fundador de dicha Universidad, a pesar de que el autor lo afirme rotundamente (6).

Para no extender demasiado esta nota, me referiré finalmente a *La Confesión de un Caudillo*. Confieso que es un artículo escrito con desenvoltura, con frases bien hilvanadas, pero no creo que el juicio de E. S. Zeballos ("No se ha escrito nada más justo, nada más exacto, nada más ponderable...") corresponda en justicia al contenido del mismo, que no es sino una "causerie".

Corrigiendo en una nueva edición estos pequeños lunares, el libro del señor Eizaguirre habrá ganado, si no en belleza, a lo menos en precisión, razón ésta aún más importante si se recuerda que está dirigido al "público", que, por lo general, acuerda patente de verídico a más de una noticia errónea.—Ricardo R. Caillet-Bois.

#### APENDICE

EXPEDITE SOBRE EL SEMANARIO DE AGRICULTURA 8º QUE D.N. JUAN VIEYTES INTENTA DAR A LUZ EN ESTA CAPITAL.

S.res de la Junta de Gobierno.

Conosco la obligación con que nací de ser útil a mi Patria, y creo que de ningún modo cumpliré mejor con un deber tan sagrado como haciendo todo lo que este en mí parte para desempeñar el objeto, que se propone el *Semanario de Agricultura*.

4 *Expedite sobre el Semanario de Agricultura*, cit. Sobre la intervención de los curas párrocos en la difusión de noticias del *Semanario*, véase el *Apéndice*.

5 Páginas 65 y siguientes.

6 En la página 108 se ha deslizado un error; dice: "El Virrey Vértiz, nombrado en 1777, tomó el gobierno del Virreinato en Agosto de 1778...".

Es sabido que el progresista Virrey se hizo cargo del mando en junio de 1778 (cfr. EMILIO RAVIGNANI, *Creación y permanencia del virreinato del Río de la Plata*, en *Anales de la Facultad de derecho y ciencias sociales*, t. I, página 440, Buenos Aires, 1915).

tura, Yndustria, y Comercio, cuyo Prospecto tengo el honor de presentar a V. SS. alentado de la confianza de q.e sera admitido baxo su poderoso amparo, y proteccion.

Confieso q.e la ambicion de concurrir en algun modo con el generoso esfuerzo con q. ese Ill.e Tribunal ha propendido desde su ereccion a promober la felicidad de estas Provincias ha sido acaso el mas poderoso estimulo, q.e me ha hecho atropellar p.r aquel monton de dificultades, q.e de ordinario se presentan a los establecim.tos de esta clase, y q.e al crerme asegurado de la alta proteccion q.e VS. dispensa a los q.e de este modo se ocupan con provecho; me he tenido el estampar mi nombre a la frente de un papel, q.e solo tiene p.r objeto el hacer florecer, y prosperar a nra languida Agricultura, y ver ócupados útilm.te los brazos q.e hoy se hallan concentrados en la mas reprehensible ociosidad. Si SS. VSS. conocen mejor q.e nadie p.r una tan triste como lamentable experiencia q.ta necesidad tiene el Labrador de q.e se le enseñe practicamente el camino q.e debe seguir en sus ejercicios rurales, y q.e p.r falta de este auxilio se mantiene como aislado dentro de los escasos conocim.tos q.e le enseñaron los Padres. En un tiempo en q.e casi todos los Pueblos del Mundo conocido han buelto sus miras al adelantam.to y fomento de la mejor, y la mas noble delas Artes sería incontestable el cargo q.e aun p.r las Naciones menos cultas se hiciese a la porción mas pingüe y mas feraz en los precisos conocim.tos desu Agricultura, y de su Industria. Yo conosco q.e mis conocimientos y mis fuerzas son del todo insuficientes p.a llenar el grande objeto q.e mi Patriotismo se ha propuesto; pero tampoco dejo de conocer del mismo modo quanto puede una firme y constante aplicacion sacrificada oportunam.te en obsequio dela comun prosperidad, una vez q.e a el intento le anime todo el aliento q.e V. SS. incensanem.te exalan en promober p.r todos modos la felicidad de estas Provincias.

Quando en los fastos de nuestra Ystoria argentina registren los venideros los esfuerzos, q.e se han hecho en estos tiempos p.r propagar y difundir en el comun del Pueblo los útiles conocimientos, q.e la posteridad supo adelantar y transmitir hasta los suyos vendicira incensanem.te el decidido anhelo de ese respetable Cuerpo a cuya sombra y proteccion devieron su mas const.e apoyo los establecim.tos de esta especie; y yo aseguro con firmeza, q.e no se podrá desentender su gratitud de perpetuar la memoria de sus ilustres vienecheros consagránđoles los dulces y lisonjeros epítectos de PADRES DE LA PATRIA.

*Juan Hipólito Vieytes.*

B.s Ay.s Julio 28 de 1802.

Acordado p.r la Junta pasase esta Representacion, y Prospecto q.e le acompaña en vista al S. Síndico, y al intento se agregará lo obrado p.a admitir la proteccion del Telegrafo q.e se publica en esta Capital

*Belgrano*

S.res dela Junta de Gobierno.

El Síndico de este R.I Consulado: a la vista que se le ha dado del Prospecto del Semanario de Agricultura, Industria, y Comercio, presentado por d.n Juan Hipólito Vieytes en solicitud de que haciendose V. S. cargo delos beneficios que es capaz de producir este Periodico a tan interesantes ramos, se sirva dispensarle su proteccion conforme a las miras de su instituto, dice: Que siendo este el mismo caso del Telegrafo, parece debe ser V. S. conseqüente con lo que entonces dispuso: y es que se de cuenta a S. M. y mientras vengan las resultas, se observen los progresos anunciados, para modo y terminos como se le haya de fomentar por V. S. con proporcion a sus fondos y estrechezas: suscribiendose en los exemplares que forman el numero delos Individuos del Consulado.

Parece tambien mui propio que a este numero se agreguen, asi el Asesor y Escrivano, como los Diputados del Distrito, para q.e ilustrados estos, ensus respectivos destinos, delos conocimientos que les presente el Semanario, puedan contribuir asu execucion; y de ser para esto necesario algun fomento, o el rectificar las ideas en razon de las circunstancias locales, lo propongan y consulten a esta Junta, para q.e delivere lo mas conveniente: con cargo de q.e todos vayan pasando a sus sucesores los exemplares acopiados, pues no seles franquean a sus personas, sino asus oficios, y por razones bien claras es conveniente y necesario que anden siempre completos. De adoptar V. S. este pensamiento, es conseqüente que disponga lo mismo respecto del Correo Mercantil, y del Telegrafo.

Si como se anuncia, esta proximo a fenecer el Telegrafo, por irse el Edictor para España, podrá desde luego servir de regla lo que prevenga S. M. respecto de este Periodico para el del Semanario; y asi sera mas pronto su auxilio, en caso de que desempeñe lo ofrecido: bien que en concepto del Síndico debe prevenirse al Edictor que se contraiga mas al ramo de Comercio y extraccion; pues en haviendo esta, y mejor si concurre la importacion de brazos, de necesidad se aumentara la Agricultura, y entonces sera el tiempo mas oportuno de su instruccion y fomento: pero no haviendo extraccion, es perder tiempo el hablar de Agricultura, en un Pays tan feraz que no se necesita sinó arañar la Tierra, para q.e produzca lo necesario, y sobrante q.e se queda perdido con sacrificio y retraimiento del Labrador.

Uno de los medios mas eficaces a los fines del Semanario es que en todas las Juntas se conferencie sobre los puntos q.e vaya dando a luz, tomando pie delos q.e indiquen los Señores Vocales Diputados de los tres referidos ramos; y asi conviene que se acuerde y verifique, porque de lo contrario poco podra adelantarse con solo leerlo cada uno ensu Casa.

Otro delos medios no menos eficazes es el que los Curas Parrocos, a exemplo delos de Europa inclusa nuestra España, que tanto han contribuido en nuestros dias al aumento dela Agricultura e Industria, trasmitiendo a sus Feligreses las noticias adecuadas de semejantes Periodicos, e incitandolos y fomentandolos para que las realicen, se dediquen a executar lo mismo aqui: haciendoseles para esto entender por el conducto desus Superiores, que lexos de desdecir de su Ministerio Pastoral esta dedicacion, contribuye mas bien al lleno de sus obligaciones. Por lo tanto es el Síndico de dictamen que se pase por esta Junta vn oficio al Exmo. Señor Virrey exornandole este pensamiento, para q.e si le quadrase, como es de presumir, se sirva dirigir al efecto una circular a los Parrocos, con otro ruego y encargo al S.or Gov.or del Obispado, en Sede Vacante, para q.e contribuya por su parte a vn fin de tantas ventajas ala Patria. Es quanto el Síndico le ocurre por aora, salvo el mejor discernimiento de V. S. Buenos Ayres Agosto 16 de 1802

*Fran.co Ant.o de Escalada.*

B.s Ay.s Agosto 16 de 1802.

Acordado p.r la Junta se haga como lo dice el S.r Síndico en todas sus partes; dandole aviso al Edictor del Semanario para q.e tenga el cuidado de remitir a las Diputaciones los respectivos exemplares, y a los individuos del Consulado a sus casas, con mas uno p.a el Archivo y dos p.a la Corte.

*Belgrano.*

*Archivo General de la Nación, División Colonia, Sección Gobierno, Cabildo de Buenos Aires, 1801 - 1802, leg. 17, año de 1802, nº 18.*

## LETRAS MEJICANAS

Crucero, poemas, por GENARO ESTRADA. (Méjico, D. F. 1928.)

De la editorial cultura nos llega este libro cuidadosamente hecho. El autor ha querido armonizar la calidad de lirismo que sus poemas contienen con el cuidado tipográfico de las páginas en que irían inscriptos. No lo hubiera hecho mejor la editorial de cualquier otra parte del mundo. Cinco grabados de García Maroto, intercalados en el texto, aumentan la belleza de la presentación con la delicadeza de los temas que trata y la manera personal de ofrecerlos.

El verso de Genaro Estrada en general atiende las últimas tendencias, pero no le sacrifica en ningún momento su lirismo. De este modo podemos señalar la estrofa en que su lirismo es agua clara para el espíritu y aquella en que la habilidad del artista ha ofrecido un juego de maescoral. Y no es que ésto sea mejor que aquéllo. Sino que son dos cosas distintas y admirables. El poeta tiene derecho a jugar con la palabra, a evadirse de ella, a ocultarse con ella hasta ver que resulta como cuando va por un camino que desconoce pero que quiere saber a dónde va. El espíritu poético de Genaro Estrada es realmente complejo. Pero por encima de toda audacia expresiva hay una tranquila decisión de inteligencia que aclara, que corrige, que ordena. Romántico para el recuerdo, canta en tono elegiaco el momento en que revive; pero de pronto esta actitud espiritual desaparece y fija su mirada en el espléndido espectáculo del Góngora descubierta a última hora:

Pero es la incitación de la bandera,  
que señala el peligro estimulante  
al más rendido viajador lo fuera.

El paisaje teatral y la emoción le invade a la manera antigua; canta entonces en tono menor las pequeñas cosas de todos los días, hacia una realidad más vibrante:

Al instante reacciona con cierto pudor y acomoda sus palabras

los automóviles que en untuoso tránsito  
sellan con geometrías las calzadas,  
y turban a los Ulises sin blanca  
con el canto ronco de sus sirenas.

Ulises él mismo, busca este poeta un canto nuevo en cada isla de realidad a que se acerca. Deja así que todo le influya, le entre. Su sensibilidad está así siempre lista para viajes arriesgados. Marcha tranquilo pero lentamente como hacia un descubrimiento peligroso. Pero cuando ya ha hallado definitivamente su ruta, la alegría se traduce en un chisporroteo de imaginación que tuerce y amolda la dura realidad como hierro trabajado al yunque. Poeta es aquel que utiliza lo que los demás desprecian. Genaro Estrada sabe esto como pocos.—Pablo Rojas Paz.



# Cronicas

PAUL MORAND, COLABORADOR DE "SÍNTESIS"

A la lista ya ilustre de sus colaboradores franceses — Valéry, Montherlant, Mauriac, etc. — SÍNTESIS agrega el nombre soberanamente prestigioso de Paul Morand.

No es el caso de bosquejar ahora la biografía de este escritor, ni siquiera el de intentar un análisis de su obra. En cambio, y ya que la publicación de uno de sus artículos originales cobra en Buenos Aires aspecto de acontecimiento literario, tal vez sea oportuno no olvidar ni las alternativas más señaladas de su vida, ni las características esenciales de sus libros. El lector que las tenga presente gustará con entera plenitud de comprensión ese vibrante estudio *De la velocidad* que aparece en el presente número.

Se trata, en efecto, no ya de un artículo cualquiera de Paul Morand, sino de un artículo altamente representativo de su modalidad artística, en el que, acaso sin proponérselo y por el solo hecho de tratar asunto tan suyo, nos brinda, en cierto modo, una exposición lúcidamente resumida de su espíritu y de su obra.

*De la velocidad* es algo así como el prefacio de un posible tratado sobre los ritmos vitales y el vértigo mecánico de los tiempos nuevos. Y, ¿quién mejor que Morand podía redactar esa lírica introducción?

Hace algunos años, con motivo de una encuesta, el nuevo colaborador de SÍNTESIS decía gallardamente de sí mismo: "Paul Morand es d'une époque de vitesse". Hombre de una época de velocidad, cantor del tumultuoso movimiento ciudadano, de las grandes excursiones marinas y terrestres, de las comarcas remotas y de los

escenarios vírgenes, Morand lo fué siempre. Ya sus primeros escritos, incluso aquellos que como *Lampes à arc* revisten una comprimida forma poemática, muestran su complacencia en exaltar ese tumulto, esas excursiones y esos escenarios. Ya entonces, si excepcionalmente soslaya un asunto un poco al margen de su acostumbrado paisaje vital, no deja de insertarle, aunque sólo sea como melancólico tema de añoranza, el recuerdo de su atmósfera predilecta. A este respecto, la Oda a Marcel Proust nos parece ejemplo aclaratorio. No bien ha evocado el cuarto en que el creador de Odette y de Gisèle yace crucificado sobre la blancura yesosa de la almohada, cuando le asalta la inquietud de todo lo que en la perenne noche artificial de la habitación cerrada queda ausente para el amigo enfermo.

J'aime ça.  
Je conduis ma journée à la vitesse du chemin de fer aérien,  
j'invite mes amis par le mégaphone,  
je déjeune debout,  
les cours de la Bourse se dévident sur le plancher;  
le métropolitain me tremble dans les jambes.  
J'aime ça.

Esta nota, siempre la misma pero siempre con matices distintos, se reitera más tarde a lo largo de toda su producción novelesca. Nada más fácil que seguirla a través de *Tendres stocks*; que sorprenderla, dominante y magnífica, en *Ouvert la nuit* y en *Fermé la nuit*, los dos libros más paulmoranescos de Paul Morand; que descubrirla, unas veces latente, otras manifiestas, en *Lewis et Irène*. Y la lista es larga: *L'Europe galante*, *Boudha vivant*, *Magie noire*, *Rien que la terre*, *Le voyage*, *Paris-Tombuctou* y *L'hiver caraïbe*, que acaba de publicar Flammarion.

Diplomático primero, luego viajero casi profesional a causa de traslados continuos y voluntarios, pocos literatos (y Francia cuenta actualmente con un núcleo apreciable de escritores viajeros: Larbaud, Montherlant, Mac-Orlan, Cendrars y veinte más) tienen como Paul Morand la ocasión de observar y, más que de observar, de participar anchamente de lo internacional y cosmopolita. La vida de los grandes hoteles, de los centros de lujo y del deporte, de los transatlánticos y de los expresos, de los puntos de cita del nomadismo organizado y bien nutrido, no le es ajena. Conoce sus halagos y sabe sus fiebres. Viajar es hoy para él un acto más en la serie de los hechos cotidianos. . .

"El taxi que me lleva hacia la estación de Lyon — escribe graciosamente en uno de sus últimos libros — recorre los muelles, pasa por detrás de Notre-Dame. ¡Qué cómico es pensar que para ir a Tombuctú es preciso pasar por Notre-Dame! A menudo, cuando

camino por los alrededores de la Opera, me digo: "Londres está al extremo de la calle La Fayette", o bien, delante del Palacio de la Legión de Honor: "Para ir a Madrid no tendría más que descender esos escalones y en seguida continuar derecho".—*Ángel J. Battistessa*.

#### A TRAVÉS DE LAS REVISTAS

*Conmemoraciones del pintor Barradas*.—Apenas ha sido señalada en las publicaciones argentinas la muerte del interesantísimo pintor uruguayo Barradas, acaecida en Montevideo hace pocos meses. Bien es cierto que aquí—salvo el interés de aquellos cuya curiosidad de especialistas artísticos rebasa todas las fronteras—no existían razones especiales para que fuese generalmente conocido, ya que nunca expuso este pintor en Buenos Aires y su vida transcurrió en Europa, de modo concreto en Madrid y Barcelona.

En esas ciudades de España y en su lugar natal, Montevideo, es donde, por consiguiente, ha suscitado mayor número de glosas conmemorativas su vida y su arte trancos cruelmente en el momento en que aún prometían más granadas cosechas. La personalidad de Barradas se acusó con perfiles genuinos en el friso, estremecido por tantas corrientes renovadoras, de la pintura moderna. Su espíritu de buscador inagotable, le llevó a frecuentar las más arriesgadas regiones de lo plástico. Era Barradas—según he escrito en *La Gaceta Literaria* de Madrid y en *La Cruz del Sur* de Montevideo—"la tipificación de la Inquietud con mayúscula. Le interesaba más el camino que la posada. Prefería la ruta ardua a la meta segura. Para él cristalizar debía significar tanto como perecer. De ahí la constante fluencia de sus maneras y la extraordinaria versatilidad de su arte. Y de ahí también que, pese a dejar detrás de sí una serie de cuadros y de dibujos muy personales, la cifra de su personalidad genuina aún no estuviese plena y fijamente revelada."

Gervasio Guillot Muñoz, Montiel Ballesteros y Emilio Frugoni, tres valiosos escritores uruguayos, suscriben en la misma *Cruz del Sur* sendos artículos donde examinan circunstanciadamente otros aspectos sugerentes del malogrado artista. Pero el conjunto más nutrido de los homenajes que le han ofrecido sus compatriotas y los amigos españoles, nos lo ofrece la revista *Alfar*, publicación que apareció durante varios años en España, y que ahora vuelve a resurgir en Montevideo, regida como siempre por ese fervoroso y hábil timonero que es el poeta Julio C. Casal. De éste, en primer término, se destaca un artículo—que antes diera a conocer el suplemento de *La Nación*—y que empieza con estas melancólicas frases de despedida: "Ya estaba afirmado y su obra latía con el gesto de lo perdurable. Lo habíamos recibido en Montevideo echando a vuelo todas las campanas de nuestro alborozo. Y los poetas, los artistas, lograron

que su tierra le fuese diáfano musical y dulce. Venía a descansar de su obscura y gloriosa jornada. Y le ofrecimos el hombro de la fiesta de nuestro espíritu. Y así se nos durmió."

Recógense, además, en ese número de *Alfar* los artículos que le han consagrado algunos críticos españoles como Eugenio d'Ors, José Francés y Rafael Marquina. A ellos debe agregarse el sagaz y emocionado comentario que un buen camarada del pintor, Benjamín Jarnés, ha escrito en la *Revista de Occidente* (marzo) y del que extractamos los siguientes párrafos:

"Barradas—escribe—fué campeón de toda suerte de aventuras pictóricas. Frenético antipapa del arte. Gran desdén del primor, de las dotes menores. Trujamán violento de muchos ilusorios retablos. Teorizante empedernido que dilapidaba sus ideas sobre la mesa del café, dejando siempre de ellas algún efímero esquema trazado sobre el mármol". Y concluye: "Ha quedado impresa su huella entre nosotros. Fué y es comprendido entre nosotros. Su memoria tardará en borrarse; su arte llenará uno de los capítulos más curiosos de la evolución de la pintura española. Se habrán perdido sus palabras, pero no la vibración de sus ardientes encíclicas de antipapa, no su pulso de hombre heroico".

\*

*Ugo Ojetti replica a Giovanni Papini.*—El inquieto y bravío autor del "Uomo finito" sigue, empero la presunta serenidad espiritual que debiera haberle proporcionado su conversión católica, removiéndose insatisfactoriamente y agitando las mansas aguas de la literatura italiana. Pocas polémicas intelectuales han suscitado en Italia tantas voces entrecruzadas como la que ha promovido Papini hace pocos meses al hacer un agudo y tajante análisis de la literatura de su país en el primer número de la nueva revista *Pegaso*, que dirige en Florencia Ugo Ojetti. Titulábase aquel ensayo: "Su questa letteratura"—traducido después por nuestro colega *Criterio*—y en sus páginas Papini hacía varias inculpaciones a los actuales escritores de su patria, al reprocharles, entre otras cosas, que se obstinasen en cultivar el género novelesco cuando, a su juicio, el genio italiano en virtud de sus características individualistas hállase bien capacitado para cultivar otros terrenos, desde la lírica hasta la sátira y la polémica, pasando por la elocuencia y la historia, pero no para afrontar el arte narrativo.

"De novela—escribe Papini—, en el verdadero y propio significado de la palabra, no tenemos nada en Italia hasta el Ochocientos y bajo la influencia de las otras literaturas. El "Ortis" no habría nacido sin el "Werther"; los "Promessi sposi" sin la boga de Walter Scott; las novelas de Verga sin los naturalistas franceses; las

de D'Annunzio sin la "Weltliteratur". Y si nos ponemos a examinar la más bella y famosa de nuestras novelas, la de Manzoni, encontraremos sin trabajo muchos de los elementos que más arriba hemos señalado como propios de los italianos: la elocuencia en los discursos del cardenal; la sátira en los retratos de Don Abundio, del Azzecagarbugli, de Don Ferrante y de otros; la historia en las larguísimas digresiones sobre los *bravi*, sobre la carestía, sobre la guerra y sobre la peste. Y cuando Manzoni quiso dar una continuación a su novela, ¿qué escribió? "La Colonna Infame", ¡una monografía histórica!"

Son innumerables, como decía, las réplicas que han promovido tales afirmaciones. Pero entre ellos sólo queremos destacar la más importante, suscripta por Ugo Ojetti en la misma revista—*Pegaso*—donde apareció el texto incriminado. Este último refuta varias imputaciones papinianas, afirmando contrariamente "no sólo la capacidad del espíritu italiano para escribir novelas, sino su capacidad para resolver esa confusión entre la literatura y la novela que los escritores franceses e ingleses todavía no han llegado a precisar". Y acto seguido cita numerosos ejemplos de buenas realizaciones novelescas, tales como: las obras de Albertazzi, Panzini, Ada Negri, Fausto María Martini. Y más concretamente: "Fu Matías Pascal", de Pirandello; "Rubé", de Barges; "Uomini rossi", de Beltramelli; "Tempo di marzo", de Chiesa; "Angela", de Fracchia; el "Diavolo", de Bachelii.

Con todo, estimo que Ojetti, empero sus calidades de crítico—o por ello mismo—no recoge debidamente las alusiones que Papini hacía a la crítica, afirmando que "los más, en lugar de como dicta el corazón e inspira la mente, no hacen otra cosa que medir, pesar, descortezar y desmigajar las obras ofrecidas por los pocos que sudan para producir mal o bien".

\*

*El espíritu filosófico y la feminidad.*—Tal el título de un lúcido ensayo que ha publicado Manuel G. Morente en la *Revista de Occidente* (marzo, 1929). Fué, en su forma originaria, una conferencia pronunciada en un club femenino de Madrid y posee, como todos los trabajos de este profesor,—desdichadamehte no tan frecuentes como deseáramos, ya que sus más constantes empeños los consagra a la cátedra y a la labor editorial, asesorando a Ortega y Gasset en las publicaciones de su revista y dirigiendo la "Colección Universal" de "Espasa-Calpe"—una admirable densidad de pensamiento, unida a una perfección y una límpidez expositiva ejemplares. Dada la firme trabazón de ese ensayo y la estrecha solidaridad

de unos conceptos con otros, resulta tarea delicada y poco menos que imposible sintetizar sus principales términos.

Después de señalar el avance de la cultura femenina y la capacidad de la mujer para muchas empresas del intelecto, Morente advierte que la mujer hasta ahora no ha producido filosofía y trata de inquirir las causas de ello, estableciendo sagazmente las diferencias entre el espíritu científico, el espíritu práctico y, finalmente, el espíritu filosófico, que se diferencia del anterior por su despegue de la vida y su empeño en abarcar la totalidad de las cosas. "¿Es congruente—se pregunta—con este espíritu el alma femenina? A primera vista parece que sí. La índole peculiar del alma femenina parece ser su unidad natural, su desvío de toda atención particular, su recogimiento en el ámbito armónico de sí misma. La mujer propende a ver el mundo siempre bajo un solo ángulo. El varón es capaz de compaginar actividades diferentes, sin anular sus diferencias; es capaz de pensar y de sentir en diferente tono diferentes cosas. La mujer, por el contrario, tiende a uniformar el tono y el valor de cuanto penetra en su alma". Pero si el alma femenina, al repugnar lo incompleto y lo provisional, prefiriendo la quietud plena en la unidad del ser, tiene por un lado algunas cualidades que la facultan para la meditación filosófica, por otra parte esta actitud estática del alma femenina uniformiza lo real y borra lo peculiar y distinto. Sin embargo, Morente cree en una posible evolución de la estructura anímica femenina, que facilite su capacidad filosófica. "Yo espero—concluye—que a la postre no triunfe ni la facultad contemplativa ni la facultad expansiva de la mujer, sino que aquí, como en todo, sobrevenga una fecunda síntesis y la naturaleza de la mujer compagine la raíz vital, unitaria y solidaria de su alma con la variedad de funciones, de intereses y de actividades."

*Homenaje al poeta peruano Eguren.*—*Amauta* es una de las más interesantes y brías entre el reducido conjunto de revistas juveniles—con cierta solvencia literaria—que a la hora actual aparecen en esta América. Se halla dirigida por un escritor tan valioso y valeroso como José Carlos Mariátegui, a quien no aplico en vano el segundo epíteto, pues valor, en efecto, se necesita para mantener una revista de la tesitura política comunista—no hablemos de su carácter literario análogamente extremado—en el medio conformista peruano y frente a una dictadura hostil. En alguna ocasión señalaré con los debidos trazos admirativos la personalidad de Mariátegui comentando su último libro, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, repleto de ideas y de fecundos puntos de vista.

Por ahora, sólo pretendo subrayar el último número de su revista *Amauta*, consagrado, en gran parte, a festejar y a reivindicar al

poeta José María Eguren. En efecto, el autor de *La canción de las figuras* no es tan conocido como debiera, y empero la atención que le han consagrado algunos críticos extranjeros—véase el extenso estudio de Isaac Goldberg en *The Literary History of Spanish America*—, sus obras apenas han trascendido fuera de su país. Pero dentro de él su prestigio es grande. "Muerto González Prada—corroboraba Mariátegui—Eguren es el único entre nuestros mayores a quien podemos testimoniar una admiración sin reservas. En ningún otro encontramos la mismas puras dotes de creador. Y como ninguna consagración acaparadora o interesada compromete la independencia de su arte, podemos rodearlo con orgullo y con énfasis."

Por su parte, un poeta joven, Xavier Abril, tiende a subrayar el lado simbolista y misterioso que ofrece la poesía de Eguren. Jorge Basadre, Luis Alberto Sánchez, Estuardo Núñez, María Wiesse y Gamaliel Churata puntualizan otros aspectos de la obra del poeta. El primero de los nombrados escribe: "Si Ricardo Palma llegó a identificarse con la literatura que mira hacia el pasado, si González Prada se ha identificado con la literatura que mira hacia el porvenir y si Chocano se ha identificado con la literatura "continentalista", Eguren está entre los que pueden identificarse con la literatura estética, con la literatura que no quiere ser sino literatura".

*El cineísta Eisenstein y los nuevos films soviéticos.*—"El acorazado Potemkin" y "Octubre", los dos únicos films soviéticos que hasta la fecha nos ha sido dado admirar en Buenos Aires, bastaron para que los espectadores más atentos comprendieran inmediatamente el carácter singularísimo de la cinematografía rusa y el crédito de confianza que cabe abrir a directores escénicos como Pudovkin y Eisenstein. De este último viene hablándose insistentemente con motivo de su próximo film "La línea general", y ya Alvarez del Vayo en un capítulo de su libro *Rusia a los doce años* nos anticipó algunos datos que fortalecen nuestra esperanza sobre la realización y el alcance de tal obra.

Dos nuevos testimonios sobre el mismo asunto. Uno de ellos consiste en una *interview* celebrada con Eisenstein por Alfred Richman e inserta en *The Dial*, la excelente revista yanqui. Como es sabido, Eisenstein no utiliza nunca para interpretar los papeles principales de sus películas a actores profesionales, prefiriendo elegirlos en la vida corriente. Así nos cuenta que el actor que en su film "Octubre" encarnaba a Kerensky era un estudiante y la protagonista de "La línea general" una aldeana, la cual—según palabras de un artículo de Henri Barbusse sobre el mismo tema en *Monde*—, empero sus magníficas expresiones faciales, no tuvo nunca conciencia de tomar parte en una obra ficticia, produciéndose como en la vida real y permaneciendo extraña a la obra que interpretaba (!). De

ahí el asombro de Eisenstein cuando el periodista inglés, aludiendo a los artículos aparecidos en la prensa alemana y americana que adjudicaban a sus actores improvisados la categoría *stars* del Teatro de Arte de Moscú replicó: "Me divierte que mis anónimos actores, que no son nada artísticamente, sean llamados actores del Teatro de Arte de Moscú, el cual es, artísticamente hablando, mi enemigo terrible. Yo nunca utilizo *estrellas* y, por eso mismo, tengo mayor dificultad en encontrar los protagonistas para mis producciones.

Henri Barbusse, que regresó ha poco de Rusia, nos cuenta en su revista *Monde*, según he indicado, sus impresiones sobre los nuevos films soviéticos, no vacilando en afirmar que no tienen nada que envidiar en la técnica a los films de las grandes firmas americanas y europeas, y los superan por la intensidad, la vida y la amplitud de sus realizaciones. Entre los próximos films menciona "El canario alegre" de Kulechhoff, "El Arsenal" por Dojenko y una adaptación de *El cadáver viviente* de Tolstoi.—Guillermo De Torre.

#### LOS PREMIOS MUNICIPALES

En medio de una general indiferencia, puesto que los premios principales estaban poco menos que descontados, se ha expedido el jurado municipal.

Si los dos primeros premios de prosa estuvieron bien dados, el tercero no comparte la simpatía general. Es indudable que debió corresponderle a Fingerit. No lo obtuvo porque uno de los jurados, con entera buena fe, lo votó para el segundo, mas no para el tercer premio, en el cual su voto hubiera sido decisivo. Es el resultado de las admiraciones demasiado vivas.

Gache estaba ya consagrado como un fino humorista, al lado de Cancela y lejos de las barriadas de los adolescentes.

Borges, por lo contrario, cuenta con mayor simpatía entre la gente joven, cuya manera nueva y brillante seduce y provoca la imitación.

Borges, como Lugones, inicia un ciclo en la historia de las letras nacionales.

Lugones es todavía el cosmopolitismo; a pesar de su vibrante nacionalismo, no es un argentino sino un europeo que trata lo argentino.

Güiraldes siente genialmente la pampa, pero es todavía el campo que tanto da colonial como argentino. Es el campo de Martín Fierro, en donde apenas se insinúa la verdadera patria. (La patria que no es el gaucho y la pampa y el ombú de encargo, sino también la ciudad, el caudillo, el subterráneo.)

Borges es el primero en intuir lo argentino y en hacerlo simpático. La turba de sus imitadores sin talento, quizás sea el primer ejército literario de la Independencia. . .

\*

En poesía las cosas no han ido tan bien. Salvo el primer premio, que se imponía para el autor de *Achalay*, los otros no han entusiasmado a nadie. Caro, el autor de *Mapamundi*, había ganado — si no con votos, con arte verdadero — su premio de poesía.

En cualquier forma, es de notar que este jurado ha sido uno de los que con mayor corrección ha desenvuelto su labor. Claro está que nadie es perfecto en este pícaro mundo. . .—E. Vaccaro.

#### LA DESAPARICIÓN DE P. GROUSSAC

En el momento de entrar en máquina las últimas páginas de este número, la cultura del país ha experimentado la pérdida de Paul Groussac. SÍNTESIS dedicará, próximamente, preferente atención al estudio de su personalidad.—L. D.





## Notas de Arte

JOSEFINA BAKER

Buenos Aires no ha comprendido. Josefina Baker le llegó precedida de una fama considerable, y él creyó sinceramente que iba a asistir a algo sobrenatural. Hubo primero vacilación, luego decepción, luego franca protesta.

Yo nos creía dotados de suficiente esnobismo como para tomar en cuenta y admitir el de París, pero estaba en un error. Nosotros, por lo visto, esperamos mérito sonante, y cuando hemos pagado siete o cinco pesos por una platea, exigimos que el interés nos sea impuesto inmediata e irremisiblemente, y no tenemos que convencer a nosotros mismos, por procedimientos derivados o artificiales, de que debemos, o podemos, o algunos pueden, admirar. A espectadores que se preparaban al milagro, Josefina Baker no podía sino desencantar.

Y no es que nuestra joven y apenas tenebrosa huésped carezca de talento. Más lejos trataré de fijarlo y de analizar su personalidad. Pero es evidente que no se le puede conceder genio, ni siquiera una originalidad excepcional, sino agotando los recursos de una buena voluntad desesperante. ¿A qué se debe, pues, el desmedido entusiasmo de París? París la descubrió. París la encumbró. París

no la encumbró porque la juzgó maravillosa, sino que la juzgó maravillosa porque la encumbró. En ella admiró su propio poder de apasionamiento, su propia facultad de decidir de una gloria, de imponer un nombre al mundo entero. En ella también encontró un motivo de conversaciones, de discusiones, un derivativo—el momentáneo e indispensable derivativo—a su aburrimiento, un consuelo, un acto de fe para engañar su doloroso y secular escepticismo. Los intelectuales fueron por descontado los primeros en incensar a Josefina, en exaltar en ella el triunfo de lo instintivo, lo primordial, olvidando o negándose a ver que esa voluntad de huida de la civilización representa precisamente el colmo y el exceso de ella (1); los mundanos, casi unánimemente, siguieron el movimiento; los burgueses, o no concurrieron al espectáculo y alabaron entonces con confianza, o lo presenciaron silenciosa, a veces vergonzosamente desconcertados. La revancha del buen sentido la tomó, una vez más, el humorismo. En las "boîtes" del boulevard Barbès se cantaba todas las noches:

On parlait tout l' temps  
Du péril jaune il y a cent ans.  
On le voyait, c'était écrit,  
Envahissant Paris.  
Rien n' laissait prévoir  
En ce temps-là le péril noir:  
Tout-à-coup ça c'est déclaré  
Comme une envie d'... pleurer.

Seguían tan perfectas como intranscribibles bromas sobre "Madam' Joséphin' Béquère". Robert de Flers también quiso decir su palabra; recuerdo que en el *Figaro*, a propósito de una "revista negra", escribió que volvíamos al mono más rápidamente de lo que habíamos descendido de él.

Nuestra capital, como muchas europeas, sin nada que descubrir en Josephine Baker, sin nada tampoco que temer de ella, no puede juzgarla sino aislada e intrínsecamente.

¿Qué vale, en sí, Josephine Baker (si es que es posible poner una cuestión de estética en el campo de lo absoluto? No es aceptable, desde luego, protestar en nombre de la "cultura", de esa "cultura" que en nuestro país cubre tan a menudo la ignorancia, el "prima-

<sup>1</sup> ¿No ha dicho el mismo Valéry que el artificial retorno a lo primitivo en el arte marcaba "la fin du spectacle et le dernier moment du goût"?

risimo" más funesto. Es dado, en cambio, protestar en nombre del arte,—si es que arte significa o por lo menos supone estudio, disciplina, estabilidad, *necesidad*. Aun cuando la Baker no improvise, sus bromas, sus movimientos, su mismo baile guardan un carácter de inacabamiento, de perfectibilidad, que es mucho de lamentar y que hace pensar en lo dañoso que es, a los veinte años, el inmediato e incondicional aplauso de una ciudad como París. Josephine Baker tiene mucho que aprender. Hasta en el desorden y el frenesí es posible, necesario poner una medida o al menos una progresión. La inconsciencia de toda labor artística no puede ser sino aparente; además, la aparente inconsciencia es la terminal de las virtudes artísticas.

Y es lo que causa que lo más estudiado de cuanto nos presentó la simpática mulata, sus canciones, constituyeron el más aplaudido de sus números. Su "Pretty little baby", por ejemplo, fué hecho exquisito, a la vez muy femenino y muy negro-yanquí, sutilmente cantado y comentado por una mímica de una extraordinaria justeza aún en sus excesos. Su "baile de las plumas" no muestra sino una flexibilidad de invertebrado y sirve de pretexto a chanzas y visajes a veces de una espontánea y capotosa comicidad (en francés diríamos con más propiedad *cocasserie*) y que a menudo, en cambio, irritan por lo sobadas y groseras: ¿falta de sentido crítico? ¿mal entendido sacrificio al público? Su "charleston" ya no tiene nada capaz de sorprendernos; ella lo dió a conocer a París y al mundo, pero actualmente muchos lo ejecutan mejor: la reina del *charleston* baila un *charleston* de técnica muy vulgar y quizás insuficiente. Es muy tentador, en cambio, proclamar su "baile salvaje" el más acertado de sus números. Desgraciadamente, es el que más resiste, no sólo al análisis, sino a todo juicio estable. Esa "danse du ventre", esas rupturas del cuerpo a la vez firme e inquieto, esa lenta y sutil negación del ritmo, no tienen en realidad sino el interés que uno quiere prestarles, como varían también de sugestión sensual según las circunstancias, la proximidad de la escena y el estado de alma de cada espectador—según también nuestra concepción del *canon* femenino.

Dos observaciones darán fin a estas líneas. La primera lamentará en la esbelta morena el corpiño con que, obligada por nuestros reglamentos, niega a nuestra vista lo que llamaba Kahn el "gemelo milagro de la mujer"; la segunda confesará mi extrañeza al notar el cutis de nuestra huésped singularmente más claro que en París: ¿cuestión de impresión? ¿cuestión de pomada?—*Néstor Ibarra*.

## CRÓNICA MUSICAL

En la temporada del Colón han predominado durante su primer mes las obras muy conocidas, como *Madame Butterfly*, *Tosca*,

*Norma*, *Rigoletto*, *El barbero de Sevilla*, etc. Como "reprise" importante se ha realizado la de *Turandot*, la obra póstuma de Puccini, que no había vuelto a representarse en nuestro teatro municipal desde su estreno, acontecido en 1926.

Sin duda la nueva versión de esta ópera ha sido interesante, no sólo por los méritos presentados por su ejecución, sino porque al escucharla nuevamente, después de tres años, se han podido juzgar y aquilatar mejor las cualidades que en ellas muestra Puccini y la evolución que, bajo ciertos aspectos, imprimió a su temperamento musical la elección de un libreto cuya índole es muy diferente de cuanto asunto había tratado hasta entonces el compositor. En efecto, Puccini se caracterizó especialmente por su culto al "verismo", en el que produjo partituras que sirven de marco a dramas truculentos de escaso lirismo y aun antimusicales, como *Tosca* o *La Fanciulla del West*. Y ello fué lamentable, pues anteriormente había escrito bella música para obras de medio carácter, como *Manon Lescaut* y sobre todo *La Bohème*, que perdura como una de sus composiciones más felices. Después de varias obras de valor desigual, tuvo Puccini un acierto extraordinario tocando la nota cómica en el breve y admirable *Gianni Schicchi*. Luego deseó un asunto nuevo, en que su inspiración pudiera una vez surgir de un ambiente legendario y fantástico. Así nació *Turandot*, que si no es una obra maestra, contiene páginas bellas e interesantes. El primer acto, con la importante actuación del coro, es el más completo. Sigue en mérito el segundo, desigual, pero con aciertos evidentes, como la escena cómica de los ministros y la de los enigmas, en que el autor despliega gran habilidad de compositor dramático. El tercer acto es, musicalmente considerado, el más flojo de los tres, a excepción del sentido lamento que acompaña la muerte de Liú. Es probable que si Puccini hubiese podido concluir su partitura el dúo final hubiera sido más lírico. Según se sabe, fué Alfano el maestro que terminó la obra de su amigo fallecido, y, desde luego, la tarea era difícil.

*Turandot*, con Rosa Raisa y Thill en los dos principales papeles y dirigida por el maestro Panizza, ha constituido un excelente espectáculo, siendo más afortunada esta obra, en tal concepto, que *Falstaff* y *Hänsel y Gretel*, que no estuvieron, por su interpretación, a la misma altura.

En cuanto a los cantantes que hasta ahora han actuado, se han distinguido Rosa Raisa, que si bien ha perdido algo vocalmente, conserva el interés de sus interpretaciones; Gilda Dalla Rizza, que se encuentra en el apogeo de sus medios vocales; la joven soprano ligera Bidú Sayao, el tenor Thill, que comienza brillantemente su carrera por su voz e inteligencia artística; Kiepura, también con bella voz, etc.

Un éxito ha sido el "ballet" compuesto sobre *El amor brujo* de Falla por el coreógrafo Romanoff. Espectáculo de visualidad agradable y artístico movimiento, se destacaron en su ejecución las bailarinas Dora del Grande y Leticia de la Vega, los bailarines Romanoff y Stal, así como el director de orquesta José M. Castro, que actuó con lucimiento. Especial elogio merecen la decoración y los trajes, bellísimo trabajo de Rodolfo Franco.

\*

En el mundo de los conciertos, la nota que últimamente ha destacado más ha sido la clavecinista Wanda Landowska, artista exquisita, realmente aristocrática, que en sus audiciones de clave nos ha ofrecido lecciones vivientes de una época injustamente olvidada y llena de encanto indecible.—*Ernesto de La Guardia*.

